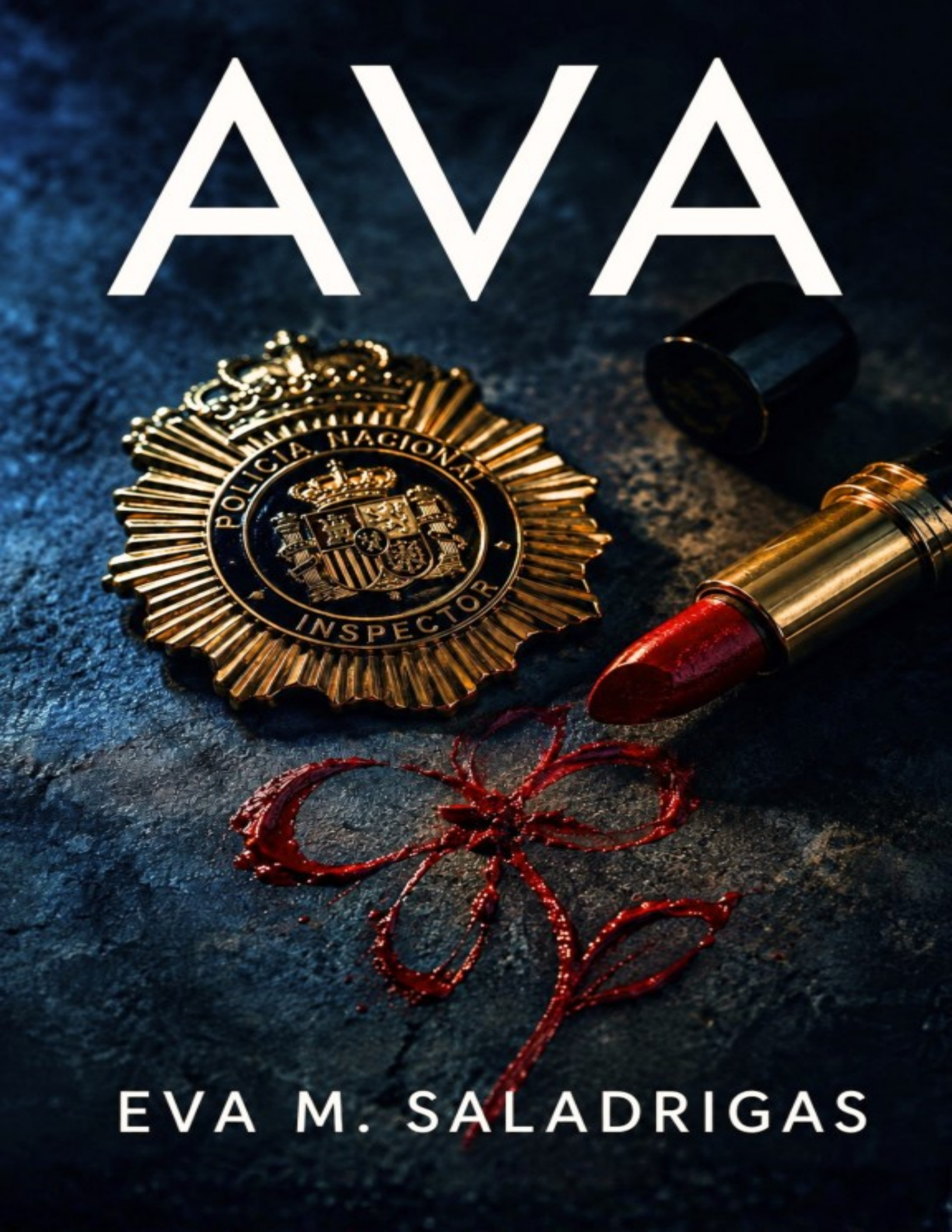
AVA



EVA M. SALADRIGAS

AVA

EL ORIGEN DE LA INSPECTORA AVA MARTÍN

EVA M. SALADRIGAS

© EVA M. SALADRIGAS , 2026

AVA

Todos los derechos reservados. Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios, no así los lugares donde se desarrolla la historia. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ISBN: 9798191780238
ISNI: 0000 0005 0373 05165
Número de registro: aRmRZ3Na-2026-08-09T18:10:23.365
Depósito Legal: CO1414-2026

Composición, diseño y maquetación: Magia de la Lectura Servicios Editoriales

https://eva-m-saladrigas.jimdosite.com
https://www.amazon.com/author/evam.saladrigas

LA MÚSICA COMO COMPLEMENTO Y PUNTO DE UNIÓN

Vivimos rodeados de música a todas horas. Las personas que vivimos en el siglo XXI escuchamos más música en un solo día que la mayoría de los habitantes del siglo XVIII en toda su vida. Es inevitable que la música acabe colándose también en los libros. Es por ello por lo que todas las novelas de Eva M. Saladrigas cuentan con su propia «banda sonora»; enlaces en determinados capítulos a una lista de reproducción en Spotify donde recoge la música que escuchan los protagonistas en ese preciso instante. Date el gusto de leer un libro con su propia música de fondo.

Si tu dispositivo no es compatible, escanea el código QR:

ÍNDICE

Prólogo
1. Ava (2004)
2. No quiero vivir así
3. Nueva vida
4. Despacio, pero sin pausa
5. Una mano amiga
6. Tal vez la vida pasa muy deprisa
7. Nuevas rutinas
8. Un año más
9. Despedidas
10. Madrid
11. Meta
12. Otra despedida
13. La inspectora Martín
14. Córdoba
15. Lucas
16. Pero ¿qué ha sido esto?
17. Bromas del destino

Nota de la autora

Gracias por acompañarme hasta el final de esta historia.
Agradecimientos
Acerca De La Autora
Otras Obras de Eva M. SALADRIGAS

AVA

Su significado se asocia con la idea de «vida», «agua» o «deseo». En cuanto a su etimología, se deriva de la raíz germánica «avi», que significa «desear» o «anhelar».

PRÓLOGO

Al adentraros en las páginas de esta historia, no encontraréis una novela al uso.

Cuando escribí *El dolor de la culpa*, comprendí que Ava era una protagonista que necesitaba contar su historia con su propia voz. Una trama dura, a veces por los sucesos que la marcan, otras porque ella misma sabotea su felicidad. Pero ella me pedía a gritos que la relatara, y eso es lo que he hecho en estas páginas, en una precuela de aquella historia en la que Lucas y Ava se sumergían en un trepidante thriller que iba más allá de la investigación forense y policial.

Hoy, sin embargo, tenéis en vuestras manos una historia de origen —si se puede llamar así— donde conoceréis a Ava un poco más.

Os cuento también que el final, tal vez, no es el que esperáis. Si no habéis leído *El dolor de la culpa*, tendréis que hacerlo para continuar con la historia de Ava y su relación con Lucas. Si no es así, podéis dejar esta narración donde termina, o no continuar la lectura ahora. Solo quiero evitar decepciones.

Dicho esto, espero que entendáis a Ava, sus motivaciones y sus miedos. La mayoría la marcan durante mucho tiempo y hacen que se cierre a muchas cosas, incluso, como he dicho, a su propia felicidad. Ava es un personaje precioso, una niña a la que obligan a abandonar antes de tiempo ese período de la vida que nadie debería

perder como ella lo hace, y como, por desgracia, tantos niños lo pierden a diario en su propia casa, en su propia familia.

Ese dolor la hace empatizar con quienes han sufrido algo similar. La lleva, muchas veces, a blindarse para que nadie vuelva a hacerle daño, aunque eso se lleve por delante cualquier atisbo de felicidad. Y la lleva también a convertirse en la extraordinaria profesional que es, la que ya a los trece años sabía con certeza qué quería llegar a ser. Es la única decisión que toma sobre su propia vida hasta entonces. La que marcará su futuro.

1

AVA (2004)



«Si tuviese una niña tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y tan negra como la madera de este marco…».

— BLANCANIEVES, JACOB GRIMM.

No quiero volver a casa.
No quiero volver a casa.
No quiero volver a casa.

—López, es hora de irse.

La monitora del comedor se acerca a mí y yo, un día más, trato de alargar todo lo posible mi estancia en el colegio. Ella no tiene ni idea de por qué, después de acabar la comida y quedarme a ayudarla a recoger el comedor, el patio, y a veces hasta las clases si me dejan, sigo sin querer marcharme. No es algo que le importe.

A nadie tiene que importarle, en realidad.

Solo tengo once años, pero para mí cualquier cosa es mejor que regresar a casa.

No tengo extraescolares, así que, alargando todo lo que puedo la jornada, salgo en silencio, sin decir nada a nadie, y camino hasta el centro comercial que hay junto al colegio. Bueno, muy cerca.

En el McDonald's hay padres con niños, grupos de amigos, chicos de mi edad. Todos parecen felices, todos ríen y se empujan entre risas. No lo sé del todo, nunca he entrado, solo los miro desde fuera, con la nariz casi pegada al cristal y el aliento empañándolo. Mis padres nunca me han llevado a una hamburguesería, ni a un parque. Yo no tengo amigos.

No voy a cumpleaños.

Nadie me invita.

No podría llevar un regalo aunque me invitaran.

Soy la rarita de la clase.

Desde que mis abuelos murieron, cuando yo estaba en tercero, siento que sobro en todas partes. El último recuerdo que tengo de algo parecido a la felicidad es el día de mi comunión. No hubo una gran celebración, mis padres ni siquiera querían que la hiciera, pero mi abuela (la madre de mi madre, la única que nunca entendió por qué su hija se comportaba así conmigo, la única, junto a mi abuelo, que me dio cariño, abrazos y esos besos impregnados de un perfume que jamás olvidaré) se empeñó.

Fueron ellos quienes me llevaron a catequesis y, cuando estuve lista, me compraron un vestido. Uno con el que, según mi abuela, parecía una princesa. Yo nunca lo vi así. Quizá era el azul de mis ojos, heredado de ella, lo que la hacía pensar eso.

Ojalá hubiera ido con ellos en ese coche.

Ese día.

Ese en el que mi infancia, o la poca que me quedaba, murió con ellos.

Fue poco antes de la feria. Yo ni siquiera había cumplido nueve años. Solo recuerdo mucha gente, recuerdo que a ellos los quería todo el mundo, y recuerdo no volver a verlos jamás.

Aprendí a marchas forzadas lo que era perder a tu familia, perder el amor incondicional de una abuela que fue mucho más que eso, y empezar a vivir una pesadilla de la que no creo que vaya a despertar nunca.

Entro en el Toys "R" Us y me pierdo entre sus pasillos. Miro las muñecas, esa Barbie que siempre he querido y que sé que jamás tendré. Los peluches, como los que mis abuelos me regalaban y que

mi madre tiró sin que yo entienda por qué. Y por fin llego a la sección de los cuentos. Allí me siento en el suelo, con las piernas cruzadas, y cojo uno. Vengo casi todos los días y ya casi lo he terminado.

—Eh, oye, ¿dónde están tus padres? Aquí no se puede leer, esto no es una biblioteca.

El vigilante, uno al que no había visto nunca, me arranca el libro de las manos de un tirón y me obliga a levantarme y abandonar la zona.

Salgo a la carrera, con el corazón golpeándome el pecho. Nunca me había pasado eso. Siempre vengo y nadie me había reñido, pero hoy ha sido distinto.

Vuelvo a la calle arrastrando los pies, como si con eso pudiera evitar cruzar las dos manzanas que me separan de mi casa.

Llego al portal, pero no subo. Me siento en el escalón. Todavía hace frío, en marzo a veces caen días bonitos, pero hoy no, hoy es de esos días grises, ha llovido y la humedad se cuela por mi abrigo viejo y estrecho. No recuerdo cuándo lo estrené, si hace uno o dos años, ya da igual.

No quiero subir a casa.

—Nic, ¿qué haces aquí? Cariño, hace mucho frío, vamos a mi casa. ¿No están tus padres?

Es mi vecina Angustias. Me ve sentada en el escalón, con la mochila tirada en el suelo, y se compadece de mí. Es la única persona a la que parece importarle lo que me pasa.

A veces, cuando mis padres discuten y yo salgo a la escalera para no escucharlos, ella me abre la puerta de su casa. Es un piso un poco más grande que el nuestro, o eso me parece, claro que mis padres tienen muchas cosas acumuladas, sofás viejos y muebles que llevan años encontrándose por la calle. El de mi vecina es, no sé cómo decirlo, bonito. Huele bien y se está calentito.

—¿Has comido?

Asiento con la cabeza.

—Pero seguro que te apetecen unas galletas y un vaso de leche caliente. Tengo de las de chocolate que te gustan. ¿Quieres? Ven,

quítate el abrigo y siéntate, que tengo puesta la estufa y se está muy bien aquí, en el sofá.

Creo que la vecina vive sola. Nunca he visto a nadie en su casa, ni niños, ni un marido, ni nada.

Se marcha y me deja en el salón. Me siento donde ella me ha dicho y, sí, se está calentito. Vuelve con un vaso de leche, cacao y unas galletas rellenas de chocolate.

—Gracias.

—Cuéntame, ¿cómo te ha ido el cole?

Me lo pregunta con un tono dulce que me recuerda a mi abuela.

—Bien. Es fácil, no hay mucho que hacer.

Y sin saber muy bien por qué, le cuento lo que me ha pasado en la tienda de juguetes.

—A ver, Nic, si quieres podemos ir a la biblioteca, y allí puedes leer los libros que quieras y sacar los que más te gusten.

—¿Y si mi madre se enfada? Es que no sé...

—Puedo hablar con ella y proponérselo.

Empuja las galletas hacia mí, porque todavía no las he tocado, y al ver que no las abro es ella quien lo hace. Saca unas cuantas y las pone en el mismo plato donde descansa la taza, una con un dibujo de un gatito que me mira divertido.

Justo cuando voy a darle un bocado a la galleta, los gritos que llegan del piso de al lado (del mío) me sobresaltan y casi tiro la taza. Angustias se da cuenta y coge mi mano entre las suyas, apretándola con suavidad.

—Nic, podemos intentar que salgas de ahí.

(«Eres una inútil, no sirves para nada, ¿te crees que la comida sale sola de la nevera? Zorra impertinente. Y eso que te gusta, ¿eh?»). No entiendo bien el significado de algunas de esas palabras, pero el tono de mi padre me recorre entera de escalofríos. Como se dé cuenta de que no estoy...

Se oye un portazo que retumba por toda la escalera, y después el llanto de mi madre, supongo que pegada a la pared del salón.

—Nic, por favor, quédate conmigo. Mañana podemos pedir ayuda y...

—No, tengo que volver a mi casa. Si mi padre se entera de que no estoy, le pegará más y...

La voz se me corta y las lágrimas me caen por las mejillas antes de que la vecina me abrace y me acurruque contra su pecho, que huele a suavizante y a un perfume que me recuerda al de mi abuela, aunque la vecina es más joven, o eso creo.

Me levanto para marcharme. Angustias me da el paquete de galletas, yo lo rechazo con la cabeza, pero ella lo mete en mi mochila igualmente y me hace callar con un dedo sobre los labios.

Voy hasta la puerta del piso de mis padres y abro con la llave que me dio mi madre hace tiempo. Al entrar, la oigo llamar a mi padre.

—¿Klaus?

—Soy yo, mamá.

Me acerco despacio y la veo tirada en el suelo del salón. Tiene la ropa desgarrada y el maquillaje que llevaba por la mañana ya no es más que manchas en su cara. Antes era muy guapa, o eso me parece, aunque no lo recuerdo bien. Ahora nunca sonríe, siempre está como floja, dormida algunas veces. A veces mi padre trae a otras personas a casa y se encierran todos en su habitación, mientras a mí me recluyen en la mía.

Solo se oyen gritos y suspiros que trato de no escuchar, tapándome las orejas con las manos.

Nunca dejo de oírlos.

La oigo.

Todas las veces.

Luego se marchan y ella llora, y a veces se queda dormida.

Cuando mi padre regresa, todo empieza de nuevo.

—Ah, Nic, pensé que era tu padre. Creía que estabas en tu habitación. Ayúdame a ir a la ducha, anda. Papá volverá pronto y tengo que estar guapa para sus amigos y para él.

—Mami, vámonos. Vámonos de aquí. No quiero que llores más, papá te hace llorar. No le quiero, me da miedo, te hace daño.

Levanta los ojos, llenos de churretes negros de lo que se pone en las pestañas, y me mira con rabia, o eso creo. Suelta la mano que le he ofrecido y tambaleándose se levanta con esfuerzo.

—Niña desagradecida. ¿Dónde te crees que vamos a ir? No tengo trabajo. No tengo dinero. No tengo dónde caerme muerta. Tu padre nos quiere. Nos cuida. Por eso trae a sus amigos. Está orgulloso de mí, de nosotras. Tenemos que hacerlo feliz. ¿Lo entiendes?

Ahora baja el tono. Su voz parece casi una caricia, pero no es así. Es como si las palabras le salieran huecas, vacías de sentido.

Me agarra la muñeca con fuerza. Tira de mí y me arrastra hacia el baño.

Encima del váter hay ropa. Una prenda que no había visto antes. Mi madre la aparta de un manotazo y se sienta a hacer pis sin soltarme. Me tiene sujeta todo el rato.

—Hoy es un día especial, Nic. Hoy papi te va a presentar a sus amigos. Vas a ser una niña buena. Harás lo que te digan. Quiero que te des una ducha y te pongas esa ropa. Ven, vamos a ducharnos juntas. Hay cosas que necesito enseñarte.

Me duele la barriga solo de pensar en lo que me ha dicho mi madre. Sé que cuando vienen los *amigos* de mi padre ella acaba hecha polvo y yo no quiero eso. No quiero llorar. No quiero que nadie me toque como hacen con ella.

—Mami, tengo deberes —le suelto como excusa.

—Eso puede esperar. Ahora déjame prepararte. Ven. Vas a estar preciosa. Eres una muñequita muy bonita.

Me quita la ropa casi a la fuerza. Me unta una crema que huele muy mal en mi zona privada, esa que en el cole nos dicen que nadie debe tocar sin permiso. Tengo un poco de pelito ahí, pero cuando me lo quita con la crema asquerosa ya no queda nada. Hace lo mismo con el resto del cuerpo y después se mete en la ducha conmigo. Las juntas de los azulejos dejaron de ser blancas hace años y huele a moho.

—Mamá, no quiero ponerme eso. Es feo y hace frío.

No me hace caso. Me obliga a ponerme un sujetador negro que me queda grande, igual que las braguitas, transparentes, incómodas, que se me meten por todos lados, unas medias de rejilla, como las de las niñas de mi clase que van a ballet, pero con agujeros, una falda cortísima, y una camiseta de tirantes como si fuera verano.

Siento cómo me arden los ojos. Las lágrimas salen solas, sin que a ella le importe. Después me peina con dos coletas apretadas, me pinta los labios con brillo y me pone máscara de pestañas. Pero primero me seca el llanto con un pañuelo para que no se estropee el maquillaje, dice.

Me lleva a su dormitorio y me ordena que espere ahí hasta que ella vuelva.

Tiemblo.

Hace frío, pero no es solo por eso.

Recuerdo las palabras de mi vecina Angustias. Ahora pienso que debería haberle hecho caso.

Salgo de la habitación tratando de no hacer ruido, pero ella, que está en el salón, me ve al llegar a la puerta. Al instante, me agarra del brazo con fuerza.

—¿Dónde crees que vas? —Nunca he oído ese tono en su voz. No es que sea cariñosa, nunca lo ha sido, pero esta vez es mucho más aterrador o, al menos a mí, me da miedo como me ha hablado.

—Me he dejado una cosa en casa de Angustias —miento con rapidez mientras el murmullo de mi padre conversando con otros hombres llega desde el otro lado de la puerta.

—Ya irás después o mañana. Esa vieja no se va a marchar. Ojalá lo hiciera y dejara de meterse en la vida de los demás. Le hace falta un buen polvo.

No alcanzo a entender el significado de sus palabras ni tengo tiempo de preguntar. Mi padre entra en la estancia y me observa con una mueca que me hiela la sangre. Detesto esa sonrisa.

Quiero salir corriendo.

Quiero huir de esta casa.

Se acerca a mi madre, que viste un vestido tan corto que apenas oculta su cuerpo, y la sujeta por la cintura. Con la otra mano, le acaricia el escote sin apartar la mirada de mí. Detrás de él, dos hombres nos observan de manera alternativa, como si fuera un partido de tenis de los que veo cuando me escapo a unas pistas que hay cerca de casa.

Cuando sueño con ser una niña normal.

Cuando imagino que mi familia lo es.

Intento refugiarme en mi habitación para quitarme la ropa que mi madre me ha obligado a poner, pero apenas doy un paso, ella me agarra de nuevo y me arrastra hacia la cocina. Mi padre y sus acompañantes, o lo que sean, permanecen en el salón. Los oigo hablar, aunque las palabras resultan ininteligibles. Ahora mi padre no grita; solo murmura.

—Tómate estas pastillas.

Mi madre me tiende una píldora pequeña y un vaso de agua.

—No estoy enferma, no me duele nada. No quiero tomar nada.

—Niña caprichosa y consentida, abre la puta boca de una vez —replica mientras me sujeta la cara con fuerza y me obliga a abrirla. Deja caer las pastillas en mi garganta; intento escupirlas, pero es inútil.

Las lágrimas surcan mis mejillas, pero a ella le resulta indiferente. Tira de mi brazo y me arrastra fuera de la cocina hasta devolverme a su habitación, donde me empuja contra la cama. Retrocedo hasta el cabecero y me acurruco pegada a él. Pronto noto cómo mis piernas y brazos pierden fuerza y me entra mucho sueño.

Oigo voces lejanas, la de mi padre y otras dos que no reconozco, risas ahogadas. Noto cómo mi cuerpo se mueve, ajeno a mi voluntad. Siento mucho frío y unas manos, o eso creo, me tocan por todas partes. Intento encogerme, buscar un refugio en mí misma, pero no lo consigo. En algún momento, mi mente decide huir y la oscuridad me envuelve hasta la mañana siguiente.

Me despierta el sonido de mi reloj, uno que me regaló mi abuela para la comunión; un despertador que proyecta luces en el techo y emite el sonido de las olas del mar. Suena lejano. No puedo moverme. Intento buscarlo en la mesilla de noche, pero mi cuerpo pesa como si no me perteneciera. Oigo a mi padre gritar que lo calle. Sigo inmóvil. Al no conseguir apagarlo, la puerta se abre de golpe. Él aparece de mal humor, le da un manotazo y el reloj cae al suelo.

—¡Nooo! —exclamo con un hilo de voz. Es de lo poco que me queda de mis abuelos.

—Haberlo apagado, pequeña zorra —grita antes de salir de nuevo.

Vuelvo a intentar levantarme. Cuando por fin lo logro, el dolor es tan intenso como si me estuvieran clavando miles de agujas, igual que cuando me ponen las vacunas. Bajo la mirada hacia mis piernas y las veo llenas de marcas, como si me hubieran golpeado desde las rodillas hasta... El recuerdo de lo sucedido anoche acude a mi mente y el llanto se intensifica. No sé a ciencia cierta qué ocurrió, pero no llevo mi pijama. Solo unas braguitas manchadas de sangre y una camiseta de manga corta, también sucia. Me levanto la prenda y descubro más marcas en el vientre: rojas, rosas, algunas ya tornándose moradas. Mis pequeños pechos también muestran señales y me duelen al rozarlos.

Me incorporo y miro la hora en mi reloj de muñeca, un Casio de hace mucho tiempo que mi abuelo me dio al ver que me gustaba. Todavía me da tiempo de ir al cole. Si es que soy capaz de moverme.

No puedo.

Nada más poner un pie en el suelo, el dolor se agudiza en todo el cuerpo y las náuseas me invaden. Intento llegar al baño, pero no lo consigo y acabo vomitando en el pasillo.

—Espero que limpies toda esa mierda que acabas de soltar —dice mi madre con la voz pastosa, como tantas otras veces—. Me duele la cabeza y no pienso levantarme.

Como puedo, me dirijo a la cocina, cojo el cubo y la fregona, los llevo al baño para llenarlos de agua y limpio el vómito del pasillo.

Mientras froto el suelo, me pregunto cómo será tener una familia. Ser una niña de once años en un hogar normal, donde los padres quieren y protegen a sus hijos, donde no ocurren las cosas de ayer y que no quiero recordar. O tal vez no ocurrieron. Y solo lo he soñado...

2

NO QUIERO VIVIR ASÍ



«Llévate a la niña al bosque, no quiero volver a verla más. La matarás y me traerás como prueba el pulmón y el hígado».

— BLANCANIEVES, JACOB GRIMM.

Desde aquel día, las visitas a casa no han dejado de sucederse. Sobre todo los fines de semana y en vacaciones, cuando las marcas se borran con el paso de los días y no tengo que faltar al colegio para que, según dicen mis padres, «no se ponga en alerta a los servicios sociales».

Ahora ya sé que lo que pasó fue real. Demasiado real. Y también sé que sigue ocurriendo cada vez que a mi progenitor —he aprendido esa palabra, porque *padre* le queda inmensa— se le antoja volver a hacerme «jugar», como él lo llama, con sus amigos o con cualquiera de esos tipos a los que les debe dinero por no sé qué. En casa, la mitad de los días, no hay ni para comer.

Ha sido él quien me ha enseñado a complacer —antes ni siquiera sabía lo que significaba esa palabra— a todo el que entra aquí, con la boca, con las manos o con cualquier parte de mi cuerpo. Sí, sigo siendo una niña. Acabo de cumplir doce años. Y este verano se está volviendo un infierno tan sucio, que a veces pienso en ir hasta el puente que hay cerca del recinto de la feria, esa a la que hace años

que no me llevan, y tirarme desde allí. Al menos así estaría con mis abuelos. Porque, si todo lo que existe es esta mierda de vida que me ha tocado y después no hay nada, entonces todo es una enorme putada. Ya sé que no tengo edad para decir tacos. Tampoco la tengo para follar, y aun así es lo que hago. Desde que empezaron las vacaciones y apenas salgo de casa, casi nadie ve las marcas.

Ni siquiera la señora Angustias puede acercarse a mí, aunque sé que viene a menudo y pregunta por mí.

Mi vida se reduce a limpiar la suciedad que mis padres dejan tras sus «fiestas» y a permitir que cualquiera que cruce esa puerta haga conmigo lo que se le antoje. Da igual la hora. Da igual el lugar. Da igual la postura.

Según ellos, que todavía no me haya venido la regla es una ventaja. Así ni siquiera tienen que usar condón. Como si no importara que puedan pegarme Dios sabe qué. Sí, me he informado. Lo he hecho en la biblioteca del centro cívico, leyendo a escondidas, pasando las páginas horrorizada.

Si antes ya no tenía relación con niños de mi edad, ahora mucho menos. ¿De verdad hay alguien que dirija el destino de las personas y permita cosas como esta? Siento que en estos meses he crecido más que en los doce años anteriores. El día de mi cumpleaños ni siquiera me felicitaron. Para «celebrarlo», me tenían preparada una cita con dos de sus amigos. Luego se unió el cabrón que dice ser mi padre.

En esos momentos intento dejar la mente en blanco. Si consigo que mi madre me dé una de sus pastillas mágicas, como la que me dio el primer día, todo se vuelve borroso y lejano. Y si no, procuro desaparecer de otra forma. Es como si el cuerpo se quedara allí y mi cabeza se marchara a un sitio donde nadie puede tocarme.

Un día de agosto, con un calor insoportable en el que mis padres no están, decido ir a casa de la vecina. Tengo la camiseta pegada a la espalda y el corazón me golpea tan fuerte que casi no puedo respirar. Justo cuando levanto la mano para llamar, el ascensor se abre en mi planta y mis padres salen de él muy risueños, pero al verme allí, quieta ante la puerta de Angustias, sus caras cambian. La

sonrisa se les apaga de golpe. Cuando Angustias abre la puerta y me ve, en su gesto aparece algo que se parece al espanto.

No me da tiempo a decir nada.

Mi madre me agarra del brazo con unas uñas que se me clavan en la piel. Mi padre me sujeta por el otro lado y tira de mí hacia dentro de casa con una fuerza seca, rabiosa. El olor a sudor, tabaco y ascensor cerrado se me mete en la nariz. Tropiezo, noto el borde de la puerta golpeándome en la cadera y escucho la voz de Angustias detrás, ahogada, temblando, preguntando qué pasa.

Yo ya lo sé.

Sé lo que viene ahora.

No me da tiempo ni a refugiarme en mi cuarto donde, algunas veces, consigo atrancar la puerta con la cama y arañarle unos minutos al miedo. Mi padre me derriba de un empujón antes de que pueda reaccionar. Caigo al suelo con las palmas abiertas y me golpeo las rodillas contra las baldosas. De su boca salen insultos que una niña de mi edad no debería conocer, palabras sucias, afiladas, lanzadas para herir casi tanto como sus manos.

Luego me agarra del pelo. Tira con fuerza, obligándome a alzar la cabeza, y me arrastra hasta el dormitorio que comparte con mi madre. Ella está allí. Mira. No dice nada. No hace nada.

Se quita el cinturón y me pega con él una y otra vez hasta que mi piel está tan roja que parece a punto de brotar la sangre.

Mi madre sigue allí, inmóvil, como si lo que ocurre no fuera conmigo.

Y no termina ahí.

Lo que viene después es otra forma de violencia, una más, la de siempre. No necesito ponerle palabras para saber que me deja convertida en un temblor, en un cuerpo tirado en el suelo frente a la cama, incapaz de recoger los pedazos de mí misma. Noto el frío de las baldosas en la mejilla, el zumbido en los oídos, el sabor salado de las lágrimas bajándome hasta la boca, mezclado con sus fluidos. Y noto, sobre todo, la humillación. Esa que se queda cuando el dolor físico empieza a bajar y lo que permanece es algo más hondo, más oscuro, más difícil de arrancar.

—Ahora vete a la ducha. En un rato tienes visita.

Lo dice mientras se recompone la ropa, como si acabara de ordenarme cualquier tarea doméstica. Yo me quedo en el suelo, encogida, temblando, sin poder dejar de llorar.

—¿No me has oído?

Su grito llega desde el salón, mezclado con la voz apagada de mi madre, que dice algo que no alcanzo a entender.

Le obedezco. No tengo elección.

En el baño abro el armario con dedos torpes, buscando las pastillas mi madre me dio el primer día. El pulso me golpea en las sienes. Pienso, con una claridad que da miedo, qué pasaría si me las tomara todas. Una detrás de otra. Sin agua, sin pensarlo demasiado. Dormirme. Callarme por fin. Dejar de notar el cuerpo, la casa, el asco.

Pero no están.



Antes de que acabe el verano, me viene la regla por primera vez. No hay alivio ni consuelo en eso, solo otro motivo para la furia de Klaus. Me niego a llamarlo padre, papá o cualquier otra palabra por el estilo. No merece ninguna. Cuando ve la mancha, cuando entiende lo que significa, me da una paliza que me deja varios días en la cama.

En cierto modo, al principio pienso que eso me dará un respiro. Creo que, al menos durante esos días, me dejarán tranquila. Que ni él ni los asquerosos hombres que aparecen por casa quieran acostarse conmigo.

Me equivoco.

Algunos de los que vienen encuentran placer incluso en eso. Nada sirve. Nada detiene esa maquinaria de suciedad y abuso en la que estoy atrapada.

Cuando comienzan las clases y en el instituto se dan cuenta de que estoy todavía más ausente, empiezo a tener problemas.

Soy la rarita, la empollona, la *nerd*, y sí, mis notas siguen siendo muy buenas, porque espero que en algún momento pueda escapar o que mi padre muera en una pelea.

Mi madre ya ni se molesta en darme las pastillas que me adormecían y evitaban que sintiera lo que siento ahora. Cada vez que uno de esos hombres me toca, o siquiera me mira, mi mente se refugia en un mundo distinto, uno donde esto no está pasando y solo soy una adolescente de doce años con amigas, que sale los fines de semana, a la que invitan a cumpleaños y que puede contarle a su madre lo que le ha pasado en el colegio.



El curso ha pasado muy rápido. Acabo de cumplir trece años. Mi única vía de escape eran las clases, y con la llegada del verano ya no me queda ni eso. Los días se alargan, eternos y calurosos, con esa espera agónica de no saber si esa noche habrá fiesta privada o si tendré la suerte de que me den un respiro.

No me ha bajado la regla desde hace tiempo. No sé cuánto. No es algo que controle, no tengo ni idea. Mi madre, en cambio, parece que sí, y hoy está más nerviosa de lo habitual.

—Nicole, vamos al baño.

Con ella todo es igual: no lo pide, lo ordena. Y a mí no me queda más remedio que obedecer antes de que monte un numerito y alerte a mi padre, que imagino tumbado en la cama, drogado o vete a saber.

Una vez allí, saca un aparatito de una cajita y me dice que haga pis encima del palito. La miro sin comprender al principio, y después, al ver la caja, caigo en la cuenta de lo que es.

No, no, no, no puede estar pasando.

No puedo estar embarazada.

Solo tengo trece años.

La suerte, una vez más, no me acompaña, y las dos rayitas confirman el peor de los destinos.

—Niñata idiota. Verás cuando tu padre se entere.

—Será culpa mía —escupo con toda la rabia que llevo acumulando desde hace más de un año, en el que no he dicho ni una palabra—. Tú debiste protegerme. Eres mi madre, o eso dices. No creo que tu madre te perdonara nunca en la vida lo que me estás haciendo. Ojalá te pudras.

No llego a soltar todo lo que en mi vida pensé que sería capaz de decirle, porque una bofetada me cruza la cara y me hace tambalear contra el lavabo. El golpe me deja un pitido en el oído y el sabor metálico de la sangre en el labio partido.

El llanto, compañero fiel del último año y pico, me asalta de nuevo, y huyo a mi cuarto como si pudiera escapar así de mi destino.

Me refugio en un rincón bajo la ventana, oculta a medias por la cama, hecha un ovillo, las piernas encogidas entre los brazos, dándole mil vueltas a todo. ¿Cómo voy a hacer esto? ¿Cómo voy a seguir estudiando? ¿Cómo voy a ir al instituto con una barriga, y después, qué será del bebé?

No me da tiempo a pensar nada más. Mi padre entra como una fiera y me agarra del pelo sin que me dé tiempo ni a cubrirme la cabeza. No es la primera vez. Sabe perfectamente cómo pegar y dónde, y por una vez no me resisto. Le dejo hacer mientras grita y los golpes se suceden por todo mi cuerpo, hasta que dejo de sentir nada. Oigo a mi madre gritarle que me va a matar, y deseo que lo haga. Quiero que esto acabe de una vez. Después, voces —creo que la de Angustias— y ya no recuerdo nada más hasta que despierto en una cama de hospital.

Huele a desinfectante y algo pita cerca de mi cabeza. A mi lado, mi vecina; una señora que no he visto en mi vida, y una policía de rostro amable.

Las lágrimas se desbordan de nuevo, y cuando Angustias me ve, se levanta de un salto de la silla en la que está sentada junto a mi cama y viene a abrazarme. Su jersey huele a la colonia de siempre, y por un segundo es lo único que tiene sentido en esta habitación.

—Angustias, tenía que haberte hecho caso cuando me dijiste...

—Ya, cariño —me acaricia el pelo con la ternura que, desde que murió mi abuela, solo ella me ha dado—, todo va a estar bien. Esta señora te va a ayudar. No van a ponerte una mano encima nunca más. Te lo aseguro.

—Pero mi padre irá a por ti —sollozo, y le agarro la manga con la mano que no tengo vendada.

—Voy a mudarme a casa de mi hermana. Estoy harta de esa calle y de ese bloque. Mis sobrinos se han ido fuera y ella está sola. No te preocupes.

—Hola, Nicole —la señora que no conozco se acerca con una sonrisa cansada—. Soy Carmen, de Asuntos Sociales. Vamos a sacarte de ahí, ¿vale? Se ha denunciado a tus padres y...

—Nooo, cuando mi padre dé conmigo…

—Eso no va a pasar —afirma Carmen con rotundidad.

—Angustias, quiero quedarme contigo.

—Nicole —interrumpe de nuevo la mujer—, eso no es tan fácil, y ella no está en condiciones de pedir tu acogida, por diferentes motivos. Te prometo que estarás bien.

—No prometa lo que no puede cumplir —le digo, y noto cómo la voz se me rompe a media frase—. ¿A dónde voy a ir con un bebé y con trece años? Yo quiero estudiar, no quiero la vida que ha tenido mi madre. No puedo con eso.

—Cariño —interviene Angustias, y me aprieta la mano—, has perdido al bebé.

El alivio que me recorre entera me hace sentir la peor persona del mundo, pero es así como lo veo. Para mí, esa criatura que no tenía culpa de nada solo habría sido el recuerdo de todo lo que he pasado, y ni siquiera sé si habría podido amarla como un hijo se merece.

Un sanitario entra en ese momento y les pide a la policía y a Carmen que salgan. Solo deja quedarse a mi vecina.

—Hola, Nicole, soy el médico que te ha intervenido —se sienta en el borde de la cama, despacio, como si temiera asustarme—. Hemos hecho lo posible, pero había lesiones muy graves y no logramos salvar a tu hijo. Lo siento.

—No me importa.

La cara del médico apenas cambia de expresión.

—Es lo mejor —continúo—. Solo tengo trece años y no tengo a nadie. ¿Cree que, después de esto —me señalo las vendas, el brazo inmovilizado que apenas puedo mover—, tener un niño era el mejor de los planes?

—Supongo que no. Pero soy médico, mi labor es salvar vidas. Ahora toca sanar y salir de esto.

—Como si fuera fácil —respondo, y sé que sueno borde, pero ahora mismo todo me da igual.

3

NUEVA VIDA



«Si quieres cuidar de nuestra casa, cocinar, hacer las camas, lavar, coser y remendar la ropa, y si estás dispuesta a mantenerlo todo en orden y limpio, entonces puedes quedarte con nosotros y no te faltará de nada».

— BLANCANIEVES. JACOB GRIMM.

Sé que el médico no tiene la culpa, pero tal vez, y solo tal vez, y por un segundo o dos, vuelve a mi cabeza la idea recurrente de que ojalá me hubiera quedado en esa mesa yo también.

Ya no habría dolor.

Ni sufrimiento.

Ni angustia.

De todas maneras, nadie lo sentiría.

—Nicole.

Me habla despacio, con una voz calmada, como quien ha vivido más de una batalla y ha tenido que ganarlas, aunque dudo que haya luchado como yo, día tras día, por sobrevivir mientras todo el mundo parecía girar a otro ritmo.

—¿Puedo pedirle una cosa? —interrumpo.

—Por supuesto. Si está en mi mano, cuenta con ello.

—Llámeme Ava.

Nicole López es la niña que sufrió. La que tuvo miedo. La que aprendió demasiado pronto que sus padres podían convertir su propia casa en un lugar del que solo se podía escapar cerrando los ojos. Quiero dejarla atrás. Quiero ser Ava.

—¿Ava? —pregunta, extrañado—. ¿Como la actriz de los cincuenta?

—Sí. No es solo por ella, es por lo que significa el nombre. Nicole murió cuando le arrebataron su vida.

—Por mí no hay problema.

Anota algo en el informe. Imagino que es mi deseo de que me llamen de otra forma, o tal vez piensa que me estoy volviendo loca. Quién sabe, a lo mejor es verdad.

—No sé si podrás hacerlo de manera oficial —añade.

—Ni yo.

—Quería decirte que en unos días sabremos qué tipo de lesiones, o mejor dicho, de secuelas, te han quedado tras la intervención.

Angustias se acerca y toma mi mano, apretándola con cariño. No entiendo muy bien lo que quiere decirme, pero al ver la mirada de pena de mi vecina, puedo suponer que tal vez tenga que ver con que igual no puedo...

—¿Secuelas? No sé lo que quiere decir.

En realidad no lo sé, y además quiero que me lo diga.

—Pues que tal vez…

—Doctor, ¿no será mejor que dejemos eso para cuando vaya sanando? —interviene mi vecina.

—Quizá tenga razón. Bueno, Ni... Ava —rectifica—, te dejo descansar. Te he pautado calmantes. El brazo solo está roto, pero es una fractura limpia y sanará bien, y el resto de los golpes y contusiones también. Lo que necesites, avisa a la enfermera. Mañana tengo guardia, así que me pasaré a verte.

—Gracias.

Es Angustias quien lo dice. Yo solo asiento.

El doctor se marcha, y vuelven a entrar la policía —que no sé si se ha presentado o si me ha dicho algo— y Carmen.

—Hola, Nicole, soy Sandra. Trabajo en la Unidad de Atención a la Familia y Mujer, y voy a ayudarte.

—¿Y puede ayudarme a cambiar de nombre? No quiero ser Nicole nunca más.

—Bueno… Eres menor, y en teoría hasta los dieciséis no se puede, pero tu caso es especial. No te prometo nada, solo que haré lo que pueda. Eso sí, te pido que confíes en mí y en Carmen. Y lo más importante: no vas a volver a tu casa. Tu madre está detenida y tu padre, en busca y captura.

El corazón se me acelera, y veo que el monitor conectado a mi dedo empieza a subir el conteo de pulsaciones. No me van a dejar ir tan fácilmente, estoy segura.

Sandra debe de darse cuenta, porque mira la pantalla y luego a mí antes de hablar de nuevo.

—Te sacaremos de aquí. Málaga y Sevilla es donde más pisos tutelados tenemos. No sé dónde podremos ubicarte, si encontraremos una familia que te acoja o...

—No, no quiero ir a vivir con nadie, salvo que sea ella —señalo a mi vecina—, pero no puedo ponerla en peligro. Mi padre la buscará. Tiene compañías no muy recomendables y… ¿Puedo escoger?

—No. Tendremos que ver lo que hay disponible. No obstante, ¿tienes alguna preferencia?

—Málaga. Pero no quiero ir a una casa de acogida, ni a un centro de menores, ni...

—A ver, Nic... Bueno, vamos a olvidarnos de Nicole, al menos nosotras, Ava. A los centros de menores normalmente suelen ir chicos con problemas de delincuencia, adicciones y ese tipo de casos. El tuyo no es eso. Tú eres una víctima, y tu situación es la idónea para un piso tutelado o un hogar de acogida. Eso sí, ya veremos.

—No me gusta la palabra *víctima*.

—A mí tampoco —responde la policía, y veo que la mujer de servicios sociales asiente.

La puerta se abre y una enfermera, o lo que sea, entra como si estuviera en su casa. Bueno, tal vez lo esté, a fin de cuentas.

—Hola, Nicole. Voy a llevarte a rayos. Tenemos que ver si el brazo puede seguir solo con la inmovilización o si hay que escayolar o intervenir.

Entra otro sanitario y, en la misma cama, me saca de la habitación, seguida de Angustias, que no me deja sola ni un segundo.

Hay unos cuantos chicos esperando lo mismo que yo. Uno de ellos charla con su madre hasta que una chica algo mayor, rubia y muy guapa, entra casi a la carrera y se acerca a ellos.

—Luc, ¿pero qué has hecho esta vez? —le pregunta al chico, que se encoge de hombros.

También es rubio, con el pelo algo más oscuro y los ojos claros, aunque no acierto a distinguir el color desde aquí. Parece algo mayor que yo, tal vez un par de años, y tiene una familia: la que supongo es su hermana, y su madre, que ahora atiende el teléfono. ¿Por qué me fijo en eso? Supongo que, al ser una situación tan distinta a la mía, me llama la atención.

—Ali, dile a Mario que estoy bien, seguro que está preocupado —le dice a la chica.

Ella contesta que ahora mismo, y la veo sacar el móvil y escribir a toda prisa.

Ni siquiera me doy cuenta de que me llaman hasta que el sanitario le indica a mi vecina que espere allí. Es entonces cuando mi mirada y la del chico se cruzan, y puedo ver que tiene los ojos verdes. Un color raro, según dicen, pero sí, los tiene así.

Confirman que el radio está roto, aunque por suerte ha sido una fractura limpia, así que habrá que escayolar. «*Uf, menuda suerte la mía*», pienso.

Al salir, mi mirada y la del tal Luc se cruzan de nuevo, y él me sonríe a medias. Sin darme cuenta, yo también lo hago.



Los siguientes días pasan entre curas de las heridas, visitas de Angustias —que en realidad casi no se separa de mi lado— y de Carmen, de servicios sociales, que me va poniendo al día de cómo

va todo. Sandra, la policía, también ha estado en alguna ocasión. Una de esas veces, para tomarme declaración.

Me ha contado que no dan con mi padre y que mi madre está detenida, ante la posibilidad de que se escape. La van a acusar de varias cosas que no entiendo muy bien.

El día que me dan el alta, Angustias aparece con una maleta y ropa que me ha comprado. Juntas, antes de que Carmen me aleje de la ciudad que para mí se convirtió en un infierno, las dos lloramos y nos abrazamos, con la promesa de vernos pronto.

Al final me han dado una plaza en un piso en Málaga y me han matriculado en un colegio concertado de la ciudad.

—En el piso hay otras seis chicas más —me informa la asistente, asegurando que son buenas y que nos llevaremos bien.

No es algo que me importe. Yo solo quiero estudiar, trabajar cuando me sea posible y salir de ahí valiéndome por mí misma.

Tal vez sea muy pequeña todavía, pero estos días en el hospital, y el trato que me han dado tanto la agente de la UFAM como Carmen y la psicóloga que me ha estado viendo, han forjado en mi cabeza una idea que hasta ahora no se me había pasado por ella.

Quiero ayudar a los demás.

No quiero que haya niñas que pasen por lo que yo he pasado, y si lo hacen, que al menos tengan una posibilidad de salir de eso, como la que estoy teniendo yo.

Tengo pesadillas, no puedo negarlo, pero la terapeuta me ha dado unas pautas para tratar de dejar atrás toda esa mierda de vida que he tenido.

Para nada echo de menos mi casa. Quiero empezar una nueva vida a pesar de la incertidumbre. Tal vez no tenga edad para pensar así, pero es que mi vida no ha sido la de cualquier chica de mi edad.

El nudo que llevo en el estómago desde que me subo al coche de Carmen no se deshace en todo el camino. Cuando, tras la hora y pico de tráfico —a ratos incómodo, o eso me parece, y a ratos fluido —, veo el mar en el horizonte, es como si ese nudo se aflojara un poco. Solo un poco.

Antes de subir al piso, paramos a comer en una hamburguesería. Ahí, Carmen intenta que hable con ella un poco más, pero lo cierto

es que ahora mismo me siento agobiada y no estoy muy colaboradora.

—Ava —desde que pedí que me llamaran así, todo el mundo lo hace, y en unos días podré, acompañada por un educador, según me han contado, ir a cambiar de nombre de manera legal; la policía que me ha estado atendiendo lo ha hecho posible, tenemos una orden judicial que lo permite*—, vas a estar bien. No tengo la menor duda. Este piso lo gestiona la ONG Nuevo Futuro y hacen una labor extraordinaria. Tienes mi teléfono, puedes llamarme cuando quieras. Aquí vas a empezar con una nueva terapeuta que te ayudará a superar todo esto.

—¿De verdad crees que esto se puede superar? —le pregunto.

Por la sombra que cruza sus ojos castaños, sé que duda.

—Al menos se intenta, y estoy segura de que lo lograrás. Eres muy fuerte, cariño. He visto muchas cosas en estos años que llevo trabajando de trabajadora social, pero la fortaleza y las ganas que tú le pones a la vida, a pesar de tu pasado, las he visto pocas veces.

Asiento sin quitarle la vista de encima mientras cojo una patata y la mojo en el kétchup. Esta comida me está sabiendo a la mejor del mundo. Hace más de tres años que no pruebo nada así. Ya sé que no es lo más saludable, pero me gusta, y me recuerda retazos de una vida en la que creía que era invencible y que siempre sería feliz. Con unos abuelos maravillosos y unos padres que, sin ser los más cariñosos del mundo, al menos —o eso creo— se preocupaban por mí. No sé en qué momento cambió todo, desde la muerte de mis abuelos, hasta que se convirtieron en los monstruos que son.

—Gracias por todo esto. Ya sé que es tu trabajo, pero…

—Es mi trabajo, sí, pero aun así quiero que todos los niños que pasen por mis manos tengan un futuro al menos igual al de los que tienen una familia que los apoya.

El murmullo del restaurante, con el parque de bolas donde los niños se persiguen y juegan unos con otros mientras los padres —no todos— están pendientes, me hacen abstraerme un poco, y por unos momentos dejo de pensar en qué será de mí a partir de ahora.

Pasamos un buen rato allí. Carmen me invita a que pida lo que me apetezca, y después, casi a las cinco de la tarde, ponemos

rumbo a mi nuevo hogar.

Es un dúplex, cosa que me sorprende en un principio. Tiene una habitación para cada una de las chicas que viven allí, y al entrar, Carmen me presenta a Lorena, una de las educadoras que trabaja en el piso. Está enfrascada ayudando con las tareas a una niña de unos diez años. Ella me mira con curiosidad y yo trato de sonreírle, sin conseguirlo del todo.

—Hola, Ava —me saluda la educadora, acercándose—. Ven, te voy a enseñar tu habitación. Ana, sigue con las mates, que ahora vuelvo —le pide a la niña, que sigue mirándome sin disimulo.

Carmen y yo vamos detrás de ella, que nos guía hasta un dormitorio al final del pasillo. Abre la puerta y casi se me saltan las lágrimas de la emoción.

No es muy grande, ni tiene muchos muebles, pero es acogedor y huele a limpio. Tiene unas cortinas muy ligeras que dejan pasar mucha luz, un armario empotrado con las puertas blancas, una mesilla, un escritorio y una cama algo más grande que la que tenía en mi casa. Hay algunos peluches encima de ella, y una lamparita sencilla en la mesilla. También una estantería con algunos libros, a la que me acerco con curiosidad.

Harry Potter, Los cinco, La sombra del viento. Este último es el que más me llama la atención.

La educadora me ve pasar los dedos por los lomos y me anima a leer los que me apetezcan.

—Las otras chicas también tienen libros —me dice—, así que cuando termines estos, puedes leer los suyos.

Recorremos el resto del pasillo y se detiene frente a una puerta.

—Mira, este es uno de los baños, tenemos dos y un aseo. Los turnos de las duchas están apuntados en la puerta del frigorífico; la idea es que no se gaste el agua caliente y que nadie se quede sin poder usarla. También hay turnos para algunas tareas domésticas en las que tienes que colaborar, como la colada, y a veces la cena, ya que tú eres de las mayores. Pero tranquila, poco a poco te irás haciendo con todo. Ahora, con el verano y las vacaciones, vamos a la playa varios días a la semana y hacemos muchas actividades.

Imagino que cuando te quiten la escayola estarás más cómoda —dice, señalando mi brazo.

—Gracias. Intentaré colaborar en todo lo que pueda.

—El resto de las habitaciones ya las irás conociendo. Esa puerta es el otro baño, y esa, el aseo. Acomódate, y ahora te enseño la cocina y te presento a las chicas que hay por aquí. Voy a ver cómo va la benjamina con su libro de vacaciones.

Desando los pasos hasta mi habitación y dejo la maleta sobre la cama. Abro el armario y veo un par de sudaderas con la etiqueta todavía puesta y unos pantalones de chándal. En la otra parte, toallas y sábanas, todo limpio y ordenado. Me da calma, una extraña calma que casi había olvidado.

Saco las cosas de la maleta y las voy colocando con la ayuda de Carmen. Apenas son cuatro cosas, así que acabamos enseguida.

—Ava, me tengo que marchar. Tienes mi número y el de Sandra, así que cualquier cosa, nos llamas.

—Gracias por todo. Todavía no me creo que no vayan a hacerme nada nunca más.

Se me quiebra un poco la voz al decirlo, y Carmen me aprieta el hombro antes de responder.

—Estás a salvo, cariño. Ahora te toca sanar y crecer. Vas a ser una mujer maravillosa. Estoy segura.

Al salir al comedor —o salón, no lo tengo claro—, hay un par de chicas más que me miran con curiosidad. Es Lorena quien me las presenta. Una de ellas, de piel morena y ojos oscuros, se llama Yaiza. La otra es justo lo contrario, pálida como la luna, con los ojos de un azul tan claro que parecen casi transparentes; a esta me la presenta como May.

Para ellas, y para todos en esta nueva vida, soy Ava. Ava Martín Espejo, apellidos que he tomado de mi abuela y de mi vecina Angustias.

---

* N. de la A.: En realidad hasta los dieciséis no se puede. Me he tomado esta pequeña licencia.

4

DESPACIO, PERO SIN PAUSA



«Cuídate de tu madrastra, pronto sabrá que estás aquí; no dejes entrar a nadie».

— *BLANCANIEVES. JACOB GRIMM.*

Los días se escurren lentos, uno detrás de otro. Hay algunos que apenas recuerdo, o ni siquiera lo intento; en otros me resulta imposible, y no solo por las marcas que todavía dibuja mi cuerpo o por el yeso del brazo, que aún me duele de vez en cuando.

Carmen me ha llamado algunas veces. Angustias dice que quiere venir a verme, pero todavía no lo ha hecho. No sé si no ha podido o si no se lo permiten. No tengo ni idea.

Llevo aquí un mes y creo que me he adaptado bien, o eso quiero pensar. Tampoco es que tenga mucha relación con mis compañeras de piso, salvo con May y con Ana, la más pequeña del grupo.

En unos días me quitarán la escayola, y no sé si me pondrán otra cosa o si por fin me dejarán libre. Los días que hemos ido a la playa han sido un rollo, porque he descubierto que me encanta y no he podido disfrutarla.

No tengo ni idea de si, cuando empiecen las clases, podré apuntarme a alguna actividad, como hacen los chicos de mi edad. No sé nadar y me gustaría aprender…

En estas semanas, la pesadilla en la que estuve sumergida durante años empieza a parecer solo eso, una pesadilla, si no fuera por las marcas de mi cuerpo y por esa idea que me asalta de vez en cuando, la de que nunca tendré una primera vez con un chico que me guste, que tal vez, cuando conozcan mi pasado, nadie querrá estar conmigo, que quizás toda la vida me miren raro, que…

He estado con una psicóloga varias veces estas semanas y no tengo ni idea de si servirá de algo. Ella pregunta, yo a veces respondo, otras me callo, tratando de no recordar. Quiero pensar que yo no soy esa niña a la que le robaron todo. Deseo creer que esa niña no existe, que Nicole López Jiménez murió el día que salió de casa inconsciente, en una ambulancia camino del hospital, el mismo día en que un monstruo tal vez hizo que esa niña nunca pudiera ser madre.



Casi sin darme cuenta llega septiembre, y con él mi incorporación al nuevo instituto, o colegio más bien, porque es uno concertado donde hay hasta bachillerato. Con un poco de suerte no tendré que salir de allí hasta acabar esos estudios, si es que me dejan hacerlo o puedo permitírmelo; todavía no sé cómo funciona esto. Lo que tengo claro es que, cuando cumpla los dieciséis, trataré de buscar un trabajo que me permita seguir estudiando, por si las normas del piso tutelado ya no lo contemplan. Es algo que debo hablar con alguna de las educadoras; si puedo, lo haré con Lorena, que es la que más afinidad muestra conmigo.

May también va a mi mismo colegio, solo que ella empieza tercero de la ESO y yo segundo. Lleva más tiempo allí que yo y me presenta a algunas de sus amigas. Ellas intentan que me integre, pero lo único que yo quiero es estudiar y, cuando llegue el momento, salir de donde estoy ahora. Si algo tengo claro es que no quiero ser víctima de un pasado que no merecía y que no puede condicionar mi futuro. He leído decenas de casos de niños o

adolescentes en mi situación que acaban repitiendo los pasos de sus padres, y no, no es lo que quiero. No tengo ni idea de cómo voy a conseguirlo, pero lo haré. Y si de paso puedo ayudar a que esto no le pase a nadie más —tal vez «nadie» sea una utopía, pero al menos al mayor número de personas que pueda ayudar—, lo haré.

En el tiempo que llevo aquí he tenido acceso a internet y he estado consultando estadísticas, y no quiero formar parte de ninguna de ellas. Ava Martín Espejo no va a permitir que el pasado condicione su futuro.

«Ava Martín, acude a dirección». Escuchar mi nombre por megafonía no es algo que me espere, y mucho menos que me tranquilice. May me mira y yo me encojo de hombros. Estamos en el recreo. Ella me aprieta la mano y me desea suerte, y yo, con pasos rápidos pero sin ninguna gana, me dirijo hacia donde me han reclamado.

El pasillo se me hace largo, interminable, y los nervios que anidan en mi estómago casi me hacen vomitar el bocata del desayuno. Tomo aire, como me ha enseñado Pilar, la psicóloga, y llamo a la puerta. Me coloco bien la falda y el polo del uniforme justo cuando oigo un «adelante».

La directora es una mujer de unos cuarenta años. Lleva el pelo por el hombro, en un peinado perfecto, y unos cálidos ojos color chocolate me sonríen al verme. Me encanta su estilo al vestir, moderno sin llegar a resultar vulgar. Lleva un vaquero blanco y un jersey amarillo pálido que resalta el bronceado de su piel, maquillaje discreto y las uñas perfectas en un suave tono pastel.

—Pasa, Ava, siéntate.

—¿He hecho algo malo? —pregunto. Pero, al ver su sonrisa, intuyo que no es eso.

—Oh, no, claro que no. Llevas aquí ya unas semanas y quería que me contaras cómo te sientes, si notas que te integras, cómo te tratan los compañeros... no sé, tus impresiones de este tiempo.

—Ah, estoy bien, gracias. Los compañeros también están bien, May me ha presentado a sus amigos y, bueno, pues yo en realidad vengo a estudiar y…

—Ya, y eso es lo recomendable, pero tienes trece años, y a tu edad también hay que divertirse y hacer amigos, amigos que probablemente conserves para siempre y que también te vendrán bien el día de mañana, para algún trabajo o lo que sea. Ya sé que no has tenido un pasado fácil, pero quiero que cuentes conmigo si tienes alguna inquietud. Tal vez en tu antiguo colegio hacían la vista gorda con ciertas cosas. Te garantizo que aquí eso no pasa. Sé muy bien por lo que has pasado y que no es fácil de superar.

—No lo creo —se me escapa, y rectifico de inmediato—. Perdón, no quería…

—Créeme si te digo que sí. Mientras yo siga siendo directora de este centro, las chicas como tú tendrán un lugar seguro.

—Gracias. Sé que queda tiempo, pero me gustaría saber si también podré cursar aquí el bachillerato —me animo a preguntar.

—Aunque los dos cursos de bachillerato son de pago, la subvención de la Junta no llega a todo, por más que lo pedimos. Hay un programa de becas del que estoy segura podrás beneficiarte. ¿Ya sabes qué quieres estudiar después? Imagino que, si deseas completar la formación, es porque quieres seguir estudiando.

—Psicología, pero quiero ser policía.

Parece sorprendida, aunque el cambio en su mirada solo dura un segundo. Me estoy volviendo una experta en interpretar gestos y lenguaje corporal, o será que la experiencia me obliga a fijarme en esos detalles más que en otros…

—Pues no me cabe la menor duda de que, decidas lo que decidas, serás una excelente profesional.

—Quizás no debiera apuntar tan alto, pero es que no quiero verme limitada.

—Escucha bien lo que voy a decirte —la miro, me enderezo en la silla, suelto el dobladillo de la falda con el que estaba jugando y le presto atención—. Nunca, jamás, te infravalores ni pienses que no eres capaz de hacer algo. El origen de una persona no define su vida ni su futuro si ella no quiere que lo haga. A veces es más fácil creer que sí, porque resulta cómodo, no solo para el niño que ha sufrido dejarse llevar hacia el lado oscuro, sino, sobre todo, para las autoridades, la administración, el sistema, para quienes solo somos

un número que engrosa las filas de las distintas etiquetas. Pero se puede, Ava, te lo aseguro. Y tú, con lo joven que eres y todo lo que llevas a cuestas, lo tienes muy claro, y eso es admirable. Así que sí, lucha, lucha por lo que quieres. ¿Me has entendido?

Asiento con la cabeza, pero no se da por aludida, y me lo vuelve a preguntar hasta que consigue que lo diga en voz alta.

—Gracias —añado, y ella me sonríe de una manera que solo le he visto a mi vecina, a la que sigo echando de menos.

Cuando vuelvo, la clase ya ha empezado, y al entrar todos clavan los ojos en mí, lo que hace que me sonroje. Busco a la profesora de inglés, que me indica con un gesto de cabeza que me siente.

May me mira, y le digo con un gesto que después le cuento, aunque supongo que ella pasó por algo parecido cuando llegó aquí.

Sigo acudiendo a mis citas con la terapeuta, y también he conseguido apuntarme a clases de natación. Es raro, porque los chicos de mi edad ya compiten y están en un nivel que ni sueño con alcanzar, pero al menos me da cierta seguridad saber que ya me defiendo en el agua.



Casi sin darnos cuenta se acercan las navidades, unas fechas que, desde que mis abuelos no están, no han vuelto a tener el mismo significado. Pero este año, en el piso, decoramos e incluso hemos salido a comprar regalitos, detalles pequeños, aunque al menos no serán unas fechas vacías, y la pequeña Ana las está viviendo con mucha ilusión. Ella llegó a la casa un poco antes que yo, y ahora parece que empieza a salir de su caparazón.

Estoy leyendo en mi habitación cuando May y Yaiza entran sin llamar.

—Ava, vamos a ayudar a Lorena y a María, que están cocinando.

—Acabo el capítulo y voy, ¿vale? Solo me quedan dos páginas.

—No sé cómo puedes estar todo el día leyendo —me recrimina la mayor, para picarme, como hace siempre que puede.

May le da un codazo y le dice que me deje en paz.

—¿A ti qué te importa en qué emplee su tiempo? Como a ti los únicos que te interesan son los chicos con los que sales —le suelta, y tengo que aguantarme la carcajada.

No es que Yaiza sea fácil de tratar, pero tiene que seguir las normas o no la dejan salir. Pronto cumplirá la mayoría de edad, y creo que se marchará.

—Mucho mejor que vivir en sueños, como ella, con esos libros que no cuentan más que mentiras —la oigo decir mientras sale al pasillo, arrastrando los pies con unas zapatillas que le quedan grandes y no parecen suyas.

Termino el capítulo y, tal como les he dicho, voy hacia la cocina, donde Lorena y María se afanan con la cena. Pregunto en qué puedo ayudar, y me dicen que coja hojaldre y lo rellene con los distintos ingredientes que ponen delante, queso, paté…

Cuando termino con el encargo, lo meten en el horno y me mandan a poner la mesa junto a la peque, que está pintando los hojaldres con huevo. Por un segundo, hasta podría creer que somos una familia.

Pero no lo somos.

Yo no tengo familia.

No creo que vaya a tenerla nunca.

Creo que mis sentimientos se redujeron a cenizas el día que mis abuelos desaparecieron, y quienes debían cuidarme hicieron justo lo contrario.

—Ava, ¿crees que mis papás me llevarán a casa algún día, en vacaciones? —me pregunta Ana, y a mí se me forma un nudo en la garganta. No tengo ni idea de qué responderle, ni siquiera conozco bien su historia. Lorena, que nos ha oído, viene en mi ayuda.

—Ana, cariño, tus papis este año no pueden. Ya sabes que están malitos y tienen que curarse, pero estoy segura de que, en cuanto lo hagan, te llevarán con ellos —le dice, agachándose a su altura y acariciándole la carita, ahora un poco triste.

Me mira, y sus ojos me dicen que no es verdad. Pero ¿para qué hacer sufrir a una niña que no entiende ni lo que está pasando?



Y las vacaciones pasan demasiado deprisa, porque sí, aunque me guste estudiar y mis notas hayan sido muy buenas, a nadie le importa. No tengo a nadie a quien enseñárselas, nadie que se sienta orgulloso de mí… Sé que las educadoras son amables, y también soy consciente de que no tienen por qué serlo; es solo su trabajo, no tienen obligación de implicarse, y sin embargo lo hacen.

—Ava…

Un chico de mi clase, uno que creo bastante empollón y también muy bueno en algunos deportes, me sorprende al salir de la clase de inglés. Nunca se había dirigido a mí.

—Hola, disculpa, ¿puedo hacerte una pregunta?

Me dan ganas de girarme para comprobar si de verdad es a mí a quien habla.

—Tú dirás, Bosco.

—Pensé que ni siquiera sabías cómo me llamaba —añade, sonriendo, y deja ver unos hoyuelos que no le había visto antes. No es que me haya fijado mucho.

—Tengo buena memoria. Voy a perder el bus si no me doy prisa, y May me estará esperando. Dime qué quieres, porfa.

—He visto que no tienes pareja para hacer el trabajo de biología, ¿quieres que lo hagamos juntos?

Lo miro como si tuviera antenas.

—¿Tú y yo?

Creo que he sonado demasiado sorprendida, porque vuelve a sonreír.

—No veo a nadie más por aquí. O espera, ¿hay alguien más con tu nombre en la clase?

—Vaya, así que, aparte de empollón, también eres gracioso —respondo con sarcasmo.

—Eh, para, para, que ya veo que te vas a ir por las nubes. Solo te he hecho una pregunta. Sé que sacas buenas notas, que apenas te relacionas con nadie y que eres una crack en la mayoría de las

asignaturas. Yo tampoco tengo con quién hacer el trabajo, y ya está. ¿Vale? Podemos tomarnos una hamburguesa mañana, si te parece, y quedar después para hacer el dichoso trabajo, que por otra parte odio hacer. Y si no quieres, nunca más te vuelvo a proponer nada.

Tal vez me haya pasado un poco, pero mi escasa o nula relación con compañeros de clase, de cualquier género, me hace suspicaz, y mi pasado todavía más. Además, es un chico muy guapo, si me fijo... o bueno, aunque no lo haga, si hago caso a los rumores y a las chicas que ahora mismo pasan a nuestro lado, me miran raro a mí y le sonríen a él como idiotas.

—Vale, a lo del trabajo, pero déjame que lo consulte. No sé si puedo mañana, mi vida es… algo complicada.

—Perfecto, dame tu número y así lo concretamos luego.

Buf. ¿Y ahora qué le digo, si no tengo móvil?

—Mejor dame tú el tuyo, porque he cambiado de número, no me lo sé todavía y hoy no he traído el móvil.

Saco la agenda que siempre llevo, y cuando voy a apuntarlo, me la quita y lo escribe él mismo, añadiendo una carita sonriente al lado de su número.

—¡Bosco! —lo llaman desde el final del pasillo, justo cuando May aparece por el otro extremo, buscándome a mí.

—Ya voy, pesados —responde, dándose media vuelta hacia donde viene la voz—. Hasta mañana, Ava. Mándame un mensaje luego y me cuentas, ¿vale?

Me guiña un ojo y se marcha, guardándose el móvil en el bolsillo del pantalón, justo cuando May llega hasta mí.

—¿Estabas hablando con Bosco? —pregunta sorprendida.

—¿Le conoces?

—Ava, es el tío más popular del insti. Da igual en qué curso estés, es la hostia jugando al fútbol y a no sé cuántos deportes más, va al conservatorio, sus padres son abogados famosos, es listo, está muy bueno y tiene a todas locas.

—Ah —es lo único que se me ocurre decir—. Quiere que hagamos juntos un trabajo.

—Joooder, ¿y qué le has dicho?

Creo que está a un paso de flipar.

—Pues, teniendo en cuenta que no tengo móvil y que se supone que hemos quedado mañana para comernos una hamburguesa y después hacer el trabajo... nada.

—¿Por qué no te has comprado un móvil todavía? Tienes dinero, ¿no?

—Sí, pero del dinero que me dio Angustias cuando vine no he gastado apenas nada, salvo en los regalos de Navidad, y tampoco gasto lo que nos dan para la semana. Pero un móvil es muy caro, y la línea y todo…

—El mío es de prepago, lo recargo cuando se me acaba, y en casa ya sabes que usamos el wifi.

—Ah, pues igual se lo digo a Lorena luego y que me lleve a comprar uno, pero tampoco quiero gastarme todo el dinero. Quedan años antes de que yo pueda trabajar. Aunque podía dar clases a niños pequeños o a gente de la clase a la que le cueste algo…

—Venga, vamos, que se nos va el bus. Lo otro, háblalo con las educadoras, a ver qué te dicen.

Y con esa idea en la cabeza llegamos a casa, donde huele de maravilla. Lorena ya ha puesto la mesa, y María llega en ese momento, tras haber recogido a las pequeñas. Yaiza no ha llegado, o no la he visto, ni siquiera cuando he ido a mi habitación a soltar las cosas.

Tras la comida, todas ayudamos a recoger y después nos vamos a nuestro dormitorio, salvo las pequeñas, que se quedan con las educadoras para hacer los deberes.

Cuando terminan, le pido a Lorena si puedo hablar con ella un momento, y responde que en un segundo viene. Mientras tanto, sigo hojeando los apuntes, mirando lo que nos han pedido para el dichoso trabajo, y organizo un guion para hacerlo más rápido y acabarlo cuanto antes.

—Dime, Ava —se sienta en la cama, y yo me doy la vuelta en la silla, tratando de poner en orden mis ideas, porque no sé cómo plantearlo—. ¿Qué te preocupa? ¿En qué puedo ayudarte?

—Verás, hoy en el cole nos han pedido un trabajo, y un chico…

—Te ha pedido hacerlo contigo —asiento— y no quieres.

Me encojo de hombros, cojo el extremo de mi trenza y lo enrollo entre los dedos. Me doy cuenta de que es un tic que tengo cuando estoy nerviosa.

—No es eso, es que… bueno, pues que… parece que es uno muy popular, en todo, y yo no tengo móvil, ni casa, ni familia, ni…

—A ver, lo del móvil se soluciona fácil, tienes dinero, ¿no? —vuelvo a asentir—. Vale, pues podemos ir ahora, antes de que me vaya, y comprarte uno. No será como los que tienen algunos de tus compañeros, pero te servirá igual. Y lo demás no es cierto: tienes una casa, o ¿qué es esto? —abre los brazos, señalando el entorno—. Porque yo veo un hogar, y nosotras somos tu familia. Algo distinta, sí, pero no todo el mundo tiene el mismo tipo de familia. Y si no quieres traerlo aquí, puedes ir a la biblioteca, o a su casa, o quedaros en el cole, no sé, hay otras opciones.

—Ya…

—¿Tú quieres hacer el trabajo con él?

—Tengo que hacerlo con alguien, y no es que me lluevan las ofertas. No tengo ningún amigo, que se diga, y ni siquiera sé bien quién es él, ni si lo hace por el trabajo o por otra cosa. No imaginaba que alguien así fuera a pedirme a mí compartir un trabajo.

—No veo por qué no. Eres preciosa, diría que de las niñas más guapas de la clase, o del instituto entero, y muy inteligente. Si él también lo es, es normal que quiera a la mejor para hacer el trabajo, ¿no crees?

—¿Y si no es eso?

—Pues entonces está en tu mano negarte. Pero, por lo pronto, cámbiate y vamos a solucionar lo de tu teléfono. ¿Tienes su número?

Asiento, y ella se levanta para dejarme espacio. Sale de la habitación, y yo me quedo sin saber muy bien qué decisión tomar. Cuando al fin pienso que lo de tener un móvil no está mal, me dirijo al armario y, entre mi escasa ropa, escojo un pantalón vaquero que una de las educadoras me regaló por Navidad y una sudadera. Saco las deportivas que uso en educación física y me visto con todo ello, recogiéndome el pelo otra vez en una coleta, como casi siempre.

Ahora lo llevo más largo. En estos meses desde que me fui, o me sacaron de mi casa, no me lo he cortado, cosa que antes hacía a menudo, porque sabía que a los tipos que iban a mi casa les gustaba largo, y yo no estaba dispuesta a eso. Así que, en cuanto tenía una oportunidad, lo cortaba yo misma. Me daba igual el resultado.

Los golpes nunca se hacían esperar cuando eso pasaba.

No me importaba.

Ahora mi pelo castaño oscuro luce más largo, y solo me corto el flequillo cuando me molesta; resalta mis ojos azules. Desde que estoy aquí, mi piel se ve más sana y ya no tengo ojeras. Creo que hasta he cogido algo de peso, no mucho, sigo siendo muy delgada, pero me veo mejor.

—Ava, ¿estás lista? —la voz de Lorena me llega amortiguada a través de la puerta entornada.

—Sí, solo tengo que coger el abrigo.

Salgo con él en la mano y una pequeña mochila, lo único que traje de mi otra vida, regalo de Angustias, donde llevo algo de dinero. No tengo ni idea de cuánto cuesta un móvil, así que he cogido parte del que guardo en una bolsita de fieltro debajo del colchón.

—Chicas, voy con Ava a hacer unas compras, ¿necesitáis algo? —pregunta Lorena cuando ya estoy en la puerta.

—Noo —dicen María y May casi a la vez, mientras la pequeña Ana pide chuches, a lo que Lorena responde que hasta el viernes no hay chuches, y que ella lo sabe de sobra.

Nos subimos al coche de Lorena en silencio. Ella enciende la radio al arrancar, y me gusta la canción que suena, aunque no tengo ni idea de quiénes son. Ahora es cuando empiezo a escuchar música de verdad, porque desde que mis abuelos ya no están, en mi casa nunca sonaba nada, igual que tampoco se leía…

—¿Te gusta? —me pregunta Lorena, al ver que sigo el ritmo con la pierna.

—Sí. Me gusta la música, pero desde que vivo con vosotras es cuando más escucho.

—Es Chambao, son de aquí, de Málaga. Los he visto varias veces en directo, dan muy buen rollo. ¿En tu casa no...? —deja la pregunta

a medias, como si no quisiera hacerme daño. Ella no sabe que todo el daño que pudieran hacerme en la vida ya está hecho.

—No. Ni eso ni otras muchas cosas habituales para todo el mundo, y que, bueno, prefiero no recordar.

—Siento haberte incomodado. La que suena ahora también mola mucho, es de El Barrio. Cuando te apetezca, dime alguna lista y te la paso.

La miro, asintiendo con la cabeza, y ella me sonríe con amabilidad. Me detengo a escuchar la letra.

—Es un poco triste, ¿no?

—Sí, pero ya sabes que en las canciones se refleja de todo, y según nuestro estado de ánimo, unas nos llegan más que otras.

—Pues con esta dan ganas de tirarse de un puente —bromeo, arrancándole una carcajada.

—Uy, niña, quita, quita, vamos a por otra más animada.

Trastea con el mando del CD, y a este sí lo reconozco: Melendi, con su *Rumbita para los pies*, anima el ambiente.

—¿Mejor? —me pregunta.

—Muchísimo mejor, ja, ja, ja. Gracias, Lorena.

—¿Por cambiar la canción?

Niego con la cabeza y la miro, aunque ella no lo hace; sigue atenta al tráfico denso de estas horas.

—Por todo lo que hacéis por nosotras.

Ella desvía la cabeza un segundo, negando.

—Sí, ya sé que es trabajo, pero antes tenías razón. Me haces sentir como si tuviera una familia, como si este fuera mi hogar.

—Hay muchas clases de educadores, pero en algo sí tienes razón: María, Lex y yo nos preocupamos de verdad por vosotras. Yo, al menos, necesito saber que estáis bien; es mi forma de comprobar que hago bien mi trabajo, y de poder dormir tranquila. Bastante mierda habéis tenido ya para que, encima, nosotras no hagamos lo nuestro bien. Ojalá ni siquiera tuvieran que existir sitios como este, ni los centros de menores, pero la sociedad es una mierda.

Llegamos a un centro comercial. Accedemos al parking y, tras rodear varias filas de coches apretados unos contra otros, encuentra

un hueco libre. Nos bajamos y caminamos juntas hacia la zona de tiendas, buscando una de telefonía.

Entre las ofertas que nos hacen —bueno, más bien a ella, porque el dependiente cree que es mi madre, o mi hermana, no sé; siendo menor, no me venderían ni una caja de pañuelos— consigo un móvil que también hace las veces de *walkman*. Salimos de la tienda* con mi nuevo número, una tarjeta que espero me dure sin tener que recargarla cada cinco minutos, y una sensación extraña, como si por fin fuera un poco menos rara.

He memorizado el número de Bosco. Le envío un mensaje diciéndole que ese es mi número nuevo y no tarda ni un segundo en llamarme. No sé si sus llamadas también las pago yo, así que dudo un instante, hasta que Lorena me mira y me pregunta con las cejas alzadas si no voy a responder.

—Hola.

—¿Ya has recuperado tu móvil?

—Que va, es uno nuevo. Por eso no me lo sabía, ¿recuerdas?

—Cierto, mi memoria no es como la tuya. —Se ríe, y noto en su voz un tono cálido que me reconforta un poco—. *Entonces, ¿cuándo quedamos? Mis padres llegan a casa sobre las cinco. Podemos vernos para comer después de salir del cole y les pido que nos recojan, si te parece...*

Lorena que no pierde detalle de la conversación —y no es que me importe—, levanta el pulgar para animarme a decir que sí. Pero una extraña sensación se asienta en mi estómago.

—Te lo digo en un rato, déjame que lo consulte primero, ¿vale? Es que luego no sé cómo volver a casa. Llevo poco tiempo viviendo aquí y yo...

—No te preocupes, le pido a mi madre que te lleve y te acompaño.

Es normal, ¿no? Pero mi experiencia no lo es, y todas mis alarmas se disparan a la vez. Me siento insegura, como si el suelo bajo mis pies fuera de cristal.

—Espera un segundo, te llamo enseguida.

Cuelgo. Lorena me observa con el ceño ligeramente fruncido, extrañada.

—¿Qué ha pasado? Ven, vamos a sentarnos. Te invito a un refresco.

Nos acercamos a una cafetería donde una mesa acaba de quedar libre. Ella se adelanta y coge la silla justo antes de que una pareja, que llegaba casi al mismo tiempo, pueda ocuparla.

—¿Qué te preocupa, Ava?

Se acerca una camarera a atendernos y yo, mientras intento pensar cómo responder porque no tengo ni idea, bajo la vista hacia la bolsa donde va la caja del móvil. Sostengo el aparato en la mano; los auriculares siguen dentro del envoltorio. Ahora mismo me gustaría tener una de esas listas de las que me habló Lorena y perderme en ella, dejar que la música tape este nudo en el pecho.

—Es que no sé...

—A ver… —Se inclina hacia adelante y baja la voz, como si quisiera que solo yo la escuchara—. Entiendo que tengas dudas, incluso miedo, pero no todo el mundo es malo, y ese chico parece interesado en trabajar contigo de verdad. Cariño, tienes trece años. La mayoría de los chicos de tu edad no tienen la menor idea de lo que has vivido, ni siquiera saben que existen esas cosas. Menos aún si, como me has contado, viene de una familia acomodada.

---

* N. de la A.: En 2006, según un artículo de la comisión Europea, un 70% de los adolescentes de entre 13 y 14 años tenían móvil en España.

5

UNA MANO AMIGA



«Espejito, espejito de la pared, la más hermosa de todo el reino, ¿quién es? A lo que el espejo respondió: —Mi reina y señora, aquí sois vos la más hermosa, pero en los montes, al otro lado, Blancanieves con los siete enanos mil veces más preciosa que vos es».

— BLANCANIEVES. JACOB GRIMM.

—¿De verdad lo piensas? Hace dos años, yo tampoco lo sabía, pero mírame ahora. Hay cosas que nunca podré recuperar. A veces siento que de repente tengo treinta años y estoy atrapada en un cuerpo de trece. ¿Por qué me tocó a mí? Solo quería estudiar y tener una vida normal. Era solo una niña, y ahora ni siquiera sé lo que soy. Cualquier cosa menos una adolescente normal. Lorena...

—Ava…

—Respóndeme una cosa —la interrumpo.

Ella hace un leve gesto con la mano para que siga.

—¿Crees que esto se supera? ¿Llegará un día en que deje de sentirme así? ¿Olvidaré lo que me hicieron? ¿Habrá un lugar en mi vida para una relación normal? O, en realidad, todas nosotras, y también los chicos que han pasado por algo parecido, ¿estamos

condenados a repetir la misma historia que hemos vivido hasta ahora?

Lorena da un sorbo a su batido con la pajita. Estamos en enero y, aun así, se lo ha pedido helado. Delante de mí descansa un ColaCao cuyo sobre sigue cerrado junto al vaso de leche. Ella me observa en silencio, toma una de mis manos entre las suyas y la aprieta con una calidez que consigue aliviar el temblor de mis dedos.

No sé si todas las educadoras son así o si Lorena es distinta. Si algún día la cambian de piso, yo...

—Ava, es verdad que no hablas como una chica de trece años. Eso salta a la vista. También te diré una cosa. Llevo casi quince años trabajando en esto y he visto de todo. Algunos niños han crecido y hoy son grandes profesionales. Otros no han tenido la misma suerte. Si me guío por lo que veo en ti, creo que estarás entre los primeros.

Hace una pausa antes de continuar, sin soltarme la mano.

—Respecto a si esto se supera, esa respuesta no puedo dártela yo. Estoy aquí para escucharte siempre que lo necesites, y también tienes a tu psicóloga. Pero, aunque suene extraño, depende en parte de ti. Yo creo que sí podrás tener una vida *normal*, si eso es lo que deseas. No será fácil ni rápido, pero llegará. Solo tienes que avanzar paso a paso. Quizá este sea el primero de muchos.

Bajo la mirada hasta el vaso.

—¿Y si me pregunta por mi familia? No lo conozco. Dicen que es el más popular del instituto. No sé de qué va... ¿Y si intenta humillarme? ¿O algo peor?

Lorena suspira despacio.

—Ava, no puedo aconsejarte y esperar que, si sale mal, me culpes a mí. No conozco a Bosco. Por eso te propuse que viniera al piso. Lo único que sé es que no puedes esconderte el resto de tu vida. ¿De verdad quieres vivir así?

Esbozo una sonrisa triste.

—Es justo lo que pretendo. ¿Cómo voy a contarle mi historia al primero que conozca?

—No tienes por qué hacerlo. En un piso tutelado hay muchas razones para vivir. Si alguna vez te pregunta, escoge otra. No le debes explicaciones a nadie hasta que tú quieras dárselas.

—Voy a llamarlo.

Marco su número y no da más de un tono antes de que responda.

—*¡Ava!* —Su voz suena alegre, como si hubiera estado esperando mi llamada.

—Hola otra vez, perdona lo de antes. ¿De verdad tu madre puede llevarme luego?

Aparta el teléfono un instante.

—*Mamá, mi amiga Ava pregunta si, cuando terminemos el trabajo de Biología, puedes acercarla a casa.*

Cubro el micrófono con la mano.

—Le está preguntando a su madre.

Lorena sonríe y levanta el pulgar. Después señala mi vaso y el sobre de ColaCao. Asiento. Ella abre el envase, vierte el cacao en la leche y comienza a remover con la cucharilla mientras escucho una voz femenina al otro lado del teléfono.

—*Claro que sí. Dile que no se preocupe. Incluso podemos recogerla donde vayáis a comer.*

Bosco vuelve a hablar.

—*¿La has oído?*

—Sí... Bueno, entonces quedamos mañana después de clase. ¿Dónde comemos?

—*¿Te gusta McDonald's?*

—Sí, claro.

—*Pues te invito. Es lo que te dije esta mañana.*

—No hace falta —respondo algo agobiada.

—*Ya has hecho hasta el planning del trabajo, es lo menos que puedo hacer.*

No puedo evitar sonreír.

—Vale. Gracias. Hasta mañana, Bosco.

—*Hasta mañana, Ava.*

Respiro hondo y dejo escapar el aire poco a poco. Ni siquiera era consciente de cuánto estaba conteniendo. Remuevo el ColaCao y doy un sorbo. Ya casi está frío. Nunca me ha gustado la leche templada.

Lorena observa mi gesto.

—¿Quieres que pida que lo calienten?

—No, da igual. Me lo termino y nos vamos. Te estoy entreteniendo mucho y ni siquiera forma parte de tu trabajo.

Ella niega despacio.

—Pensar en vosotras tampoco forma parte de mi trabajo, y aun así lo hago cada día. Es inevitable. Ava, solo quiero que seáis felices. Que todo lo que habéis sufrido sea lo único terrible que tengáis que soportar en vuestra vida.

Niego con la cabeza.

Ella sonríe con cierta melancolía.

—Lo sé. Suena utópico. Pero no por eso dejo de desearlo.

La miro unos segundos.

—¿Me pasarás canciones para ponerlas en el móvil?

Creo que sonrío más de lo habitual.

—Por supuesto. Te prepararé una lista... o varias. Muy eclécticas. Así irás descubriendo qué te gusta de verdad.

—Síí, por favor. Gracias.

Termino la leche. Recogemos los abrigos y mi bolsa antes de salir hacia el coche.

Esa noche, Ava Martín es un poquito más feliz, y Nicole López está un poquito más muerta.

Llego a casa y, después de comprobar que todavía no me necesitan ni en la cocina ni en ningún otro sitio, entro en mi dormitorio. Abro con cuidado la caja del móvil, saco los auriculares y me siento en la cama. Tardo unos segundos en averiguar cómo funciona la radio, pero al final encuentro las emisoras.

Algo tan sencillo para cualquiera se convierte, para mí, en un pequeño milagro.

Me coloco los auriculares y el mundo desaparece.

La primera canción que suena, según anuncia el locutor, es *Ni una sola palabra*, de Paulina Rubio. Escucho la voz de la cantante sin apartar la vista de la ventana. No conozco la canción, pero me dejo llevar por la melodía. Después llega David Bisbal. A él sí lo conozco. Empieza *Esta ausencia* y sonrío al pensar que habla de echar de menos a alguien con una intensidad que todavía me cuesta

comprender. Ni siquiera sé si yo echo de menos a alguien. Al menos, no de la forma en que lo cuenta la canción.

Es extraño descubrir que existen personas capaces de poner música a sentimientos que yo ni siquiera sé nombrar.

Estoy tan concentrada que no oigo abrir la puerta.

Solo me doy cuenta de que María ha entrado cuando se planta delante de mí y agita una mano para llamar mi atención. Me quito un auricular sobresaltada.

Ella se ríe.

—Llevo un rato llamándote.

—Perdón... No te había oído.

—Ya veo. ¿Qué tal con tu móvil? Está muy bien. Tiene para escuchar música y todo, ¿no?

Levanto el aparato como si todavía me costara creer que es mío.

—Sií, me encanta. Nunca había podido escuchar la radio cuando me apetecía. Lorena me ha dicho que me grabará canciones en una tarjeta para que vaya descubriendo música.

Los ojos de María se iluminan.

—Es una idea estupenda. Lorena tiene muy buen gusto para eso.

Asiento con entusiasmo.

—Dice que me hará varias listas.

—Entonces prepárate para escuchar de todo.

Sonrío. Cada vez me resulta menos raro hacerlo.

No sé si todas las educadoras serán como ellas, pero nosotras hemos tenido suerte. Ninguna intenta sustituir a nadie. No pueden hacerlo. Sin embargo, consiguen que este lugar se parezca un poco más a un hogar.

María da dos palmadas suaves.

—Venga, artista. Vamos a la cocina, que ya casi está la cena.

Me levanto de un salto.

—Sí. Tengo hambre.

Ella me observa unos segundos mientras caminamos hacia la puerta.

—Te veo distinta hoy. Más animada de lo normal.

Bajo la vista al móvil, que todavía llevo entre las manos.

—Puede ser...

—¿Tiene algo que ver cierto chico del instituto?

Siento cómo el calor me sube por el cuello.

—Solo vamos a hacer un trabajo de Biología.

María arquea una ceja con gesto divertido.

—Claro. Solo un trabajo.

Pongo los ojos en blanco.

—No empieces tú también.

Su risa llena el pasillo.

Salimos juntas del dormitorio y caminamos hacia la cocina. Desde allí llegan el tintineo de los cubiertos, el olor del tomate frito y las voces de las demás. May y Yaiza ya están colocando los platos sobre la encimera, mientras Ana termina de poner el mantel y reparte los cubiertos.

Al levantarme por la mañana, los nervios ya anidan en mi estómago. Solo de pensar que, en algún momento, Bosco y yo podemos quedarnos a solas, noto un nudo en el pecho.

¿Y si espera algo de mí?

¿Y si me hace alguna pregunta que no sé responder?

¿Y si descubre quién soy en realidad?

Apenas consigo desayunar. Me tomo un vaso de leche y doy un par de bocados a una magdalena que creo que hizo Yaiza la tarde anterior. O quizá la compró. No estoy segura. Sé que estudia algo relacionado con hostelería y el dulce está buenísimo, pero el estómago no me deja disfrutarla.

—Ava, si necesitas cualquier cosa, llámame —dice Lorena al ver que juego con la cuchara y que las migas siguen esparcidas por el plato—. Sé que es difícil, pero intenta confiar en tu instinto. Estoy convencida de que no te va a fallar.

Asiento despacio.

—Vale.

El camino hasta el instituto transcurre casi en silencio. May habla de una profesora que les ha puesto un examen sorpresa, aunque apenas la escucho.

Al llegar, ella se dirige a su clase y yo entro en la mía. Me siento donde la tutora decidió colocarme después de las vacaciones. Antes incluso de sacar los libros, mis ojos viajan hasta la segunda fila,

donde Bosco me devuelve la mirada con una sonrisa que, lejos de tranquilizarme, me pone todavía más nerviosa.

¿Siempre habrá sonreído así y yo nunca me había fijado?

Desvío la vista justo cuando entra la profesora de Biología. Empieza la clase repasando el trabajo en grupo y varios compañeros aprovechan para preguntarle algunas dudas. Intento concentrarme, tomo apuntes y copio fechas, pero mi atención se escapa con demasiada facilidad.

Las dos horas siguientes pasan despacio. Plástica y Música nunca han conseguido despertar mi interés. Hago lo que toca, entrego los ejercicios y saco buenas notas, aunque ninguna de las dos asignaturas logra decirme gran cosa.

Cuando suena el timbre del recreo, guardo los libros deprisa. Mi intención es escabullirme para reunirme con May antes de cruzarme con Bosco.

No llego muy lejos.

—Eh, ¿estás huyendo de mí?

Levanto la cabeza.

Él está apoyado junto a la puerta del aula, con esa media sonrisa que hace imposible saber cuándo habla en serio y cuándo bromea.

—No... Yo iba a buscar a May. Tú tendrás tus amigos y... nunca hemos hablado. Pensé que...

—O sea, que no podemos ser amigos.

—Ava, ¿vamos?

May aparece a mi lado sin que me haya dado cuenta. Basta una mirada para que comprenda que intenta rescatarme.

—Sí... mejor salimos del pasillo.

—Eso. Antes de que nos caiga un parte por quedarnos aquí plantados —añade Bosco, incorporándose para caminar junto a nosotras como si fuera lo más natural del mundo.

May lo observa de arriba abajo y, sin cortarse un pelo, le pregunta:

—¿Hoy no te vas con tus amigos pijos?

Durante un segundo temo que vaya a molestarse. Bosco, sin embargo, suelta una risa breve. Me mira, quizá esperando que intervenga, pero sigo demasiado sorprendida para abrir la boca.

—Iba a comentarle a Ava sobre el trabajo. Si os estoy molestando, ya hablamos luego, ¿no, compi?

—¿Qué querías preguntarme? —digo mientras atravesamos la puerta hacia el patio.

Noto varias miradas sobre nosotros.

Nunca me había fijado en sus amigos. Ahora sí. Algunos observan la escena con curiosidad. May también se da cuenta y tira con suavidad de la manga de mi abrigo para que los mire.

Nos detenemos en uno de los laterales del patio, donde el sol consigue calentar un poco el frío de enero. A nuestro alrededor, los alumnos forman pequeños grupos. Unos charlan mientras desayunan. Otros improvisan un partido de fútbol con una pelota hecha de papel de aluminio. Las risas se mezclan con el silbato lejano de un profesor.

—En realidad no quería preguntarte nada importante —confiesa Bosco en voz baja—. Es que tu amiga se ha puesto un poco a la defensiva. ¿No puedo hablar contigo?

Tiene una seguridad que me desconcierta. Da la impresión de que muy pocas personas le dicen que no. Y, aun así, no transmite esa sensación de superioridad que esperaba encontrar en alguien tan popular.

—Solo trata de protegerme.

May está hablando con otras chicas de su clase sin apartarse demasiado de mí. Siempre lo hace y me integran en su grupo. Hoy soy yo quien se mantiene más al margen, junto a mi nuevo *amigo.*

Bosco sigue mi mirada.

—Tiene pinta de buena amiga.

—Lo es.

—Pues me alegro.

No insiste. No pregunta. No hace bromas incómodas.

Simplemente permanece a mi lado.

Y eso, por alguna razón, consigue relajarme.

Al entrar en clase, algunos de sus amigos bromean por no haber ido con ellos a jugar al fútbol, pero él los ignora y se va a su sitio tras guiñarme un ojo.

¿En serio acaba de hacer eso?

—¿Bosco te ha guiñado un ojo? —me pregunta Ivana, mi compañera de pupitre. Hay algo en su tono que no me gusta.

Me encojo de hombros y no le respondo. Me siento y saco el libro de mates, que es lo que toca ahora.

—¿En serio, tía? ¿Llevas aquí dos minutos y el tío más popular del cole te guiña un ojo? —no, definitivamente no me gusta su tono.

—Vamos a hacer juntos el trabajo de Biología. Será por eso.

—Claro... Seguro.

El sarcasmo resulta imposible de disimular.

Desde que llegué al piso he aprendido a reconocer muchas cosas. La lástima. El desprecio. El miedo.

Y también el sarcasmo.

Decido no responder. La profesora entra en ese momento y comienza la clase.

Con Ivana nunca he tenido problemas. Tampoco confianza. Nuestra relación se limita a compartir pupitre y apuntes cuando alguno falta. Sin embargo, tengo la sensación de que algo acaba de cambiar.

No entiendo a algunas chicas. ¿Cómo puede cambiar tanto la forma de mirar a otra persona por culpa de un chico?

Miro a Bosco de reojo.

¿De verdad es tan guapo?

Es moreno, nada raro por aquí, y tiene unos ojos oscuros enmarcados por unas pestañas larguísimas que cualquiera diría que parecen dibujadas, y una sonrisa de anuncio. Y bueno, como hace deporte, pues tiene buen cuerpo. Pero ya está. No le veo nada extraordinario.

Yo qué sé, solo tengo trece años y no me interesa nada que no sea estudiar.

Aunque, pensándolo mejor...

Quizá lo extraordinario no sea él.

Quizá lo extraordinario sea que alguien como Bosco haya decidido fijarse en alguien como yo.

A medida que pasa la mañana, mis nervios se intensifican y, cuando llega la hora de salir, estoy a punto de decirle que tengo que

irme. Pero, al verlo caminar hacia mí con una sonrisa, no me queda más remedio que devolvérsela.

May me espera en la puerta. No sé si se ha olvidado de que hoy he quedado con Bosco o si, por si me arrepiento, ha decidido asegurarse de que sigo adelante.

—Ava, ¿te quedas? —pregunta.

—Sí. Vamos a comer y a hacer el trabajo. Luego su madre me lleva a casa, ¿verdad, Bosco?

—Sí, en eso quedamos. Pero, si quieres, la llamo para que te lo confirme.

Saca el móvil del bolsillo y me sorprende descubrir que es exactamente el mismo modelo que el mío, solo que de otro color. Sonrío y saco el mío para enseñárselo, lo que hace que él también se ría por la casualidad.

—Así no hace falta llevar un MP3 para la música y el móvil por otro lado —añade, encogiéndose de hombros.

May no se ha movido. Camina a nuestro lado hasta la salida, rodeados de alumnos. Los más pequeños corren hacia sus padres con las mochilas a la espalda. Otros se marchan en grupo, jugando o comentando lo que ha pasado durante la mañana. Algunas chicas se suben la falda nada más cruzar la puerta del instituto. No sé muy bien por qué... Bueno, en realidad sí lo sé, pero no lo entiendo. Esa necesidad de llamar la atención nunca ha ido conmigo.

Nos dirigimos a la parada del autobús y, cuando llega, los tres subimos. Nos sentamos al fondo, donde hay sitio para todos. May continúa con nosotros hasta el centro comercial; después seguirá sola hasta casa.

Charlando, parece que incluso May está más tranquila con Bosco. Casi se nos pasa la parada si no llega a ser porque un grupo de chicos se levanta para bajar y reaccionamos a tiempo.

Nos despedimos de mi compañera de piso y, con las mochilas al hombro, caminamos en silencio hasta la hamburguesería del centro comercial.

Nos sentamos en una mesa del interior. Aunque hace un día soleado y aquí, en la costa, el ambiente resulta menos frío, la humedad se deja notar.

—¿Qué quieres pedir? Quédate aquí, voy yo.

—Pues no lo sé. Hace mucho que no vengo y ni siquiera sé si seguirá habiendo lo que me gustaba. ¿Un Cuarto de Libra?

—Vale. ¿Con patatas Deluxe y refresco? ¿Quieres un helado?

Niego con la cabeza. No quiero que gaste tanto dinero.

—¿Qué refresco?

—Coca-Cola. Y sí, Deluxe. Espera, que te doy dinero.

—A la próxima, o a la otra, invitas tú. No vas a hacer el guion, te saco de casa y de tus cosas, y encima vas a pagar.

—Pero…

No me deja terminar. Se limita a sonreír y se marcha hacia la caja para hacer el pedido.

Me entretengo observando a los niños que juegan en la zona infantil, a las madres que conversan alrededor de las mesas decoradas con el payaso de la marca y a algunos padres que parecen aburridos, mientras otros no apartan la vista de sus hijos.

Un nudo se instala en mi garganta.

Los ojos empiezan a escocerme.

Pero no es eso, ¿verdad?

Yo ya no lloro.

No me quedan lágrimas.

Lloré suficiente... ¿o no?

—¿Estás bien? Oye, Ava, ¿qué te pasa? Si llego a saber que por no dejarte pagar te ibas a poner así, te habría dejado hacerlo.

Sé que intenta animarme, pero no consigo sonreír. Solo me doy cuenta de que estoy llorando cuando alarga la mano para secarme las lágrimas y, sin pensarlo, me aparto de él como si fuera a hacerme daño.

—Lo siento. Yo... Joder, no sé si esto ha sido buena idea.

Se queda inmóvil. Ya no sonríe. Parece debatirse entre sentarse o marcharse. Puedo ver la duda en sus ojos. Eso también he aprendido a reconocer.

—Eh, no pasa nada. Solo iba a limpiarte la cara. No pensé que pudiera molestarte. Lo siento. ¿Quieres hablar?

Niego con la cabeza.

Por alguna razón, en ese momento parece mayor de lo que es. Se muestra tranquilo, comprensivo.

—Vale. Pues comamos. Después decides lo que quieres hacer.

—Gracias.

Doy un sorbo al refresco para intentar deshacer el nudo que tengo en la garganta. Después cojo una patata y me doy cuenta de que, aunque le dije que no, ha traído dos helados.

—¿Te vas a comer dos helados? —pregunto, haciendo que se ría.

—No. Uno es para ti. A todo el mundo le gusta el helado.

—Gracias.

—¿Vas a darme las gracias todo el rato? —pregunta con un tono divertido.

—Mi abuela decía que había que ser agradecida —respondo, intentando sobreponerme al recuerdo, que sigue doliendo.

—Pero esto son tonterías. Además, lo hago con un propósito oculto. —Ahora sí tengo claro que está bromeando—. Sé que contigo los trabajos van a sacar un diez. Déjame contarte un secreto...

Se sienta a mi lado y se acerca un poco más. Sin embargo, por primera vez, esa cercanía no me incomoda.

—Odio hacer trabajos. Me da igual estudiar o hacer los deberes, pero no puedo con los trabajos. No sé organizarme. Me agobian los formatos, nunca consigo dejarlos como me gustaría... Uf...

—Ja, ja, ja... No puedo creerte, lo siento. —No tengo ni idea del tiempo que hacía que no me reía de verdad, y Bosco lo ha conseguido en un momento—. Dicen que eres el más popular del cole, juegas al fútbol y, por lo visto, bastante bien; nadas en el equipo de no sé qué, sacas unas notas buenísimas y tus padres son muy importantes. Bueno, eso cuentan por ahí. No soy de meterme en la vida de nadie, así que dudo mucho que no seas capaz de hacer un trabajo.

—Pues haces bien en no meterte. O, mejor dicho, en no creerte todo lo que dicen, porque la gente inventa cada historia que alucinas. A ver, ¿qué te gustaría saber de mí?

Desenvuelve la hamburguesa y le da un bocado sin dejar de mirarme, esperando mi respuesta. Yo doy un sorbo al refresco y

abro la mía. Solo verla hace que se me haga la boca agua. Ni recuerdo cuánto tiempo hace que no me como una.

—Es cierto. No me gusta que se metan en mi vida y yo tampoco lo hago en la de los demás. Te habrás dado cuenta de que no me sobran precisamente los amigos. —Hace amago de intervenir, pero lo detengo con un gesto—. Tampoco me estoy quejando, no te vayas a creer. No es algo que me quite el sueño. Ya no.

—¿Me he perdido algo? —Arquea las cejas, desconcertado. *Si tú supieras*, me digo para mis adentros—. Quiero decir, tienes trece años, ¿no? ¿Cómo no va a importarte tener amigos?

—Soy así, sin más.

—Bueno, pues te cuento mi versión. Hago todo eso que has dicho y sí, no se me da mal. Pero ahora viene lo mejor, lo que nadie sabe... Voy a dejar el equipo de fútbol. No me llena, odio ir a los partidos y detesto el ambiente que se respira en las gradas. No somos profesionales, aunque hay padres que parecen olvidarlo. Los míos no, por fortuna. No suelen ir a verme, cosa que les agradezco; en mi casa no hay costumbre de alimentar egos, por mucho que digan por ahí.

Hace una pausa para dar otro bocado.

—Seguiré nadando porque me gusta y porque hacer deporte me despeja la cabeza, pero tampoco voy a competir. No me voy a convertir ni en futbolista ni en nadador de élite; ya voy tarde para ambas cosas. Me lo propusieron, es verdad, pero lo hablamos en familia y decidimos que no. Mis padres curran mucho y prefieren que pasemos el tiempo libre juntos en casa.

—Vaya —admito, sorprendida por su madurez—. Ahora la que se ha perdido algo soy yo. ¿Cuántos años me has dicho que tienes? —Una sonrisa leve vuelve a asomarse a mis labios. Otra vez. La tercera o cuarta en lo que va de mediodía tras las lágrimas.

—Catorce. Los cumplí el día después de Reyes.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Le da otro bocado a la hamburguesa, a la que apenas le queda el último pedazo, y me mira sin pestañear. Sus ojos oscuros parecen escudriñarme por dentro y no logro decidir si esa sensación me agrada o me intimida. Al final, asiente.

—¿Por qué quieres que hagamos el trabajo juntos? —Lo contengo alzando una mano antes de que responda—. Sí, ya me has contado tus fallos de organización, pero seguro que hay docenas de chicos deseando hacerlo contigo, tus amigos incluidos.

—Me gusta conocer gente nueva y, además, tú eres más guapa.

Lo miro fijamente mientras una ola de calor me asciende a marchas forzadas por el cuello hasta las mejillas. Agacho la cabeza hacia la cajita de patatas y rebusco una pequeña para disimular la turbación.

—Oye, me has preguntado y te he dicho la verdad —añade con total naturalidad—. Me pareces la chica más guapa del colegio y creo que ni te das cuenta. Jamás había visto unos ojos de un azul como el tuyo. Con el pelo oscuro y la piel tan clara pareces Blancanieves. Se me va la olla, lo sé, pero es que me chiflan los libros y de pequeño leía un montón de cuentos.

—Los ojos los heredé de mi abuela. Era guapísima.

—¿Era? Perdona, no quería... —Todo el descaro de hace un instante se evapora de golpe. Parece tímido de repente.

—Murieron los dos. En un accidente, cuando yo aún no había cumplido los diez. Con ellos se fueron muchísimas cosas.

—Lo siento mucho, Ava. Aunque, si te pareces tanto a ella, cada vez que te mires al espejo sabrás que sigue a tu lado.

—No es suficiente.

—Me lo imagino —Extiende la mano sobre la mesa con la palma hacia arriba, ofreciéndomela en silencio. Vacilo un segundo antes de apoyar la mía. Su agarre es firme, cálido, me transmite un apoyo inesperado que me reconforta. Me gusta esa sensación—. Al menos tienes al resto de tu…

—¡NO!

Mi voz suena con demasiada agresividad. Varias personas en las mesas contiguas se giran a mirarnos. Me percato del numerito y la culpa me aplasta al instante.

—Perdón, no quería gritarte —murmuro, retirando la mano—. No tengo a nadie más. Pero preferiría no hablar de esto.

—Tranquila, no pasa nada —se apresura a decir—. No voy a preguntarte más. Solo quiero que sepas que, si algún día te apetece

desahogarte con alguien, cuenta conmigo.

—¿Por qué hablas como un viejo?

—Oye —se ríe, aliviado por el cambio de tono—, tampoco es que tú digas ni hagas cosas propias de una chica de tu edad. Todavía no te he oído hablar ni una sola vez de ropa, de maquillaje o de chicos.

—Que simples son para ti las chicas ¿no? —protesto, algo picada.

—Si te soy sincero, las que me rodean suelen serlo bastante. Por eso me resultas tan diferente.

—A veces me gustaría ser como las demás.

Exhalo un suspiro largo y agarro el vaso para apurar el último trago del refresco, ya aguado por la montaña de hielo. Sin darme cuenta, he acabado con todo salvo el helado, que empieza a derretirse en la tarrina.

—¿Te has quedado con hambre? Puedo ir a pedir más.

—No, no, estoy bien. Me como el helado y listo. Es que hacía una eternidad que no pisaba un McDonald's.

—¿Seguro?

Asiento con la cabeza, aunque su mirada desconfiada sugiere que no se lo cree del todo

—A ver, Ava Martín —a veces todavía me cuesta reconocerme con ese nombre—, ¿qué quieres ser de mayor?

—Lo dicho, eres un abuelo atrapado en un cuerpo de adolescente. ¿Qué chaval de catorce años pregunta semejante cosa?

—Yo. Y es solo para corroborar mi teoría sobre ti.

—Policía —respondo. Me observa con los ojos muy abiertos antes de esbozar una sonrisa que le dibuja un hoyuelo encantador en la mejilla—. Pero primero quiero estudiar Psicología.

—¿Lo ves? —exclama triunfante—. La gente de clase quiere ser modelo, actriz, como mucho profesora... No conozco a nadie de nuestra edad que aspire a ser policía y, mucho menos, a estudiar Psicología.

—No me has entendido —lo corrijo, moviendo el vaso de helado entre las manos—. No quiero ejercer como psicóloga. Quiero ser policía, pero no para poner multas o quedarme atrapada en una oficina. Quiero algo más, ayudar de verdad. Para aspirar a puestos

de más responsabilidad hace falta una licenciatura.* Y esa en concreto es útil y me atrae bastante. ¿Y tú?

—Con los padres que tengo, abogado. ¿Qué si no? —Se encoge de hombros con una sonrisa amarga. Para lo maduro que se muestra en otros aspectos, en este instante su gesto denota cierta resignación.

—Pero ¿es porque te gusta o por pura tradición familiar?

—Me gusta, no te voy a engañar, y además lo tengo bastante más fácil. Aunque no creo que me quede aquí; no me apetece que mi apellido me condicione el camino. Tal vez me dedique a otra rama de la abogacía, no lo he decidido aún. Así que aprovecharé mientras seamos compañeros de clase para hacer todos los trabajos contigo —añade, impostando una risa grave de villano de película.

—Vale, pero cuando cambiemos de curso tendrás que buscarte a otra pardilla. Aunque no tenga los ojos azules ni sea la más guapa —apunto. Apenas me creo el atrevimiento de soltarle semejante pulla, pero él me devuelve el golpe con total descaro.

—Eso lo tengo más que claro, Martín.

En ese momento, el teléfono de Bosco vibra en el interior de su mochila. Lo rescata entre los libros, consulta la pantalla con una mueca de fastidio y descuelga.

—Eres muy pesado —protesta de entrada.

Escucha en silencio la respuesta al otro lado de la línea.

—En el McDonald's —aclara.

Ignoro con quién habla, pero no me apetece que ninguno de sus amigos se pase por aquí. Cuelga al instante y me mira.

—Era mi hermano. Anda por aquí cerca y se ha ofrecido a llevarnos a casa.

—Ah, perfecto.

Primero su madre, ahora su hermano... Al final voy a conocer a la familia entera antes de terminar la semana.

—Eh, enano, ¿habéis acabado ya?

Un chico con un parecido asombroso a Bosco, aunque con unos cuantos años más, irrumpe junto a la mesa. Lo acompaña una chica guapísima, rubia, peinada con una coleta alta y vestida con

vaqueros, zapatillas impolutas y una sudadera de marca. Han aparecido tan de repente que no me ha dado tiempo a reaccionar.

—Hola, tú debes de ser Ava —se presenta el chico, dedicándome una sonrisa—. Soy Nico, el hermano de este capullo.

La chica le sacude un codazo rápido en las costillas antes de dar un paso hacia mí, cortándole el rollo.

—Ni les hagas caso, siempre están a la gresca —me dice con amabilidad. Se inclina sobre la mesa y me da dos besos—. Soy Tana.

Juntamos los envoltorios en la bandeja y Bosco se encarga de tirarlos al cubo de basura. Los cuatro caminamos en grupo hacia el aparcamiento subterráneo donde su hermano tiene estacionado el coche.

---

* N. de la A.: Hasta después del año 2008 no empezaron a imponerse los grados que sustituyeron a las licenciaturas en España, implantándose casi por completo en el curso 2010/2011.

6

TAL VEZ LA VIDA PASA MUY DEPRISA



«Blancanieves no temía nada malo, así que se situó ante ella y dejó que le atara al cuello la nueva cinta, pero la vieja la ató tan deprisa y tan fuerte que a Blancanieves se le cortó la respiración y cayó al suelo como muerta».

— BLANCANIEVES. JACOB GRIMM.

Tana, la novia de Nico, intenta entablar conversación conmigo, pero la verdad es que me he quedado sin fuerzas para socializar. Respondo con monosílabos breves mientras observo las chanzas y los empujones afectuosos entre los dos hermanos. Entre ellos flota esa complicidad mágica, una conexión que jamás tendré y que ni siquiera me veo capaz de imaginar. Es en instantes como este cuando la realidad me golpea y recuerdo todo lo que tendré que pelear si pretendo que mi vida sea mínimamente *normal*.

El personaje de Ava Martín no deja de ser eso: una máscara. Una coraza tras la que escondo experiencias imposibles de olvidar y más difíciles aún de compartir con nadie.

Jamás.

—Ava, ¿todo bien?

Me doy cuenta de que el murmullo de los hermanos se ha apagado de golpe cuando mi nombre brota de los labios de Bosco.

Me observa con una expresión que se parece demasiado a la preocupación.

—Sí, claro. Solo me he distraído un segundo.

Su casa se encuentra bastante cerca de la mía, mucho más de lo que calculaba, aunque el entorno no guarda el menor parecido. Viven en una urbanización llena de chalés donde el silencio se respira nada más cruzar la verja. Nico introduce el coche en el garaje, con espacio holgado para otro vehículo más; imagino que el de sus padres.

Desde ahí accedemos a la vivienda. El diseño parece sacado de una revista de decoración o de un programa de televisión. A pesar de ello tiene personalidad. Hay marcos con fotografías familiares, estanterías repletas de libros y algún trofeo escolar sobre una moderna chimenea. Es un hogar de verdad. O, al menos, de la idea que yo conservo del hogar de mis abuelos.

—Ven, te enseño esto un momento y nos instalamos aquí, —me señala la mesa amplia del salón, evitándome el trago de ir directamente a una estancia más privada.

Subimos a la primera planta pasando de puntillas frente al dormitorio de sus padres, ante el de su hermano —donde Nico se recluye con su chica— y junto a una habitación de invitados que parece vacía. Finalmente, llegamos a la suya. Aquí los trofeos y sus recuerdos más personales se exhiben con orgullo: fotos de torneos, recuerdos de viajes, maquetas de coches, cómics, algunos discos de vinilo... ¿En serio tiene vinilos?

—Muy chula tu habitación. Aunque mantengo mi teoría: tú no tienes catorce años.

—¿Lo dices por los vinilos? —Se ríe con ganas—. Eran de mi abuelo. Me los quedé cuando tuvieron que ingresarlo. Tiene alzhéimer, una variante muy agresiva y rápida. Es bastante joven para sufrirlo, la verdad.

—Lo siento.

—En fin… Vamos abajo, que al menos te eche una mano con el dichoso trabajito.

Me cede el paso para salir y descendemos las escaleras en silencio. De la habitación de su hermano, cuya puerta ha quedado

entreabierta, se filtra el rumor de una conversación pausada y una melodía suave de guitarra. Al notar que desvío la mirada hacia allí, Bosco me aclara en un susurro que Tana toca la guitarra.

Nos acomodamos en la mesa del comedor. Me explica que, si sus padres regresan y se instalan en el salón, nos trasladaremos al despacho, pero que prefiere estudiar allí o en su cuarto. Las vistas a través del ventanal son espectaculares: el jardín se funde casi con la línea del mar en el horizonte.

—Menudas vistas. Podría quedarme mirando toda la tarde.

—Sí, es una de las cosas que sé que echaré de menos en el futuro.

—Lo tienes clarísimo, ¿verdad?

—Por completo. ¿Te apetece tomar algo? ¿Un refresco, una limonada? Mi madre la prepara riquísima. Voy a por un par de vasos.

—No te molestes, de verdad...

Ni me da tiempo a completar la frase; ya ha puesto rumbo a la cocina. Aprovecho su ausencia para sacar el libro de Biología, el clasificador y mi estuche de bolígrafos de colores. Son mi único pequeño vicio; siempre le pido a Lorena que me busque los paquetes más económicos donde los encuentre, junto a un par de marcadores fluorescentes.

La puerta principal se abre con un chasquido metálico y una mujer entra en el vestíbulo. Imagino que es la madre de Bosco. Viste un abrigo cruzado de color beige a media pierna, porta un bolso elegante y un maletín de piel con pinta de caro. Me descubre al momento y me dedica una cálida sonrisa mientras cuelga el abrigo en el armario del recibidor.

—Hola, cariño, debes ser Ava, ¿verdad? Soy Mariana, la madre de Bosco y Nico.

—Hola, sí. Encantada —respondo, irguiéndome un poco en la silla —. Bosco ha ido a la cocina a por limonada. No me ha dejado ni negarme.

—Ja, ja, ja. Sí, mi hijo es la intensidad hecha persona. En realidad los dos lo son, y su padre tampoco se queda atrás, para qué engañarnos. Pero los adoro igual. Voy a saludarlo un segundo. Ahora vuelvo contigo, cielo.

Se encamina hacia la cocina dejando tras de sí una ráfaga suave de perfume, una fragancia dulce sin resultar empalagosa. No la había olido jamás, por lo que deduzco que se tratará de algo costoso. Todo lo que hay en esta casa trasmite esa sensación. Nada que se parezca, ni de lejos, al mundo al que estoy acostumbrada.

Bosco reaparece en el salón sosteniendo una jarra de cristal y dos vasos altos. La limonada no es algo que me apetezca demasiado en esta época —la asocio más al verano—, aunque la temperatura del interior de la casa resulta muy agradable.

—Bosco —interviene su madre, asomándose tras él—, tienes en la encimera un bizcocho que ha dejado Maite antes de irse. Saca un par de porciones por si a Ava le apetece.

—No es necesario, de verdad... —intento frenarlo, pero mi compañero ya ha vuelto a salir pitando hacia la cocina y regresa al instante con dos platos y un bizcocho cuyo aroma a limón y mantequilla perfuma la mesa.

—Prueba un pedacito, anda. Maite cocina que da gusto.

Me pregunto quién será Maite, aunque prefiero guardarme la duda. Corto un pellizco diminuto con los dedos. La masa se deshace al contacto y la explosión de limón en el paladar es tan intensa que se me escapa un murmullo de satisfacción.

—Está buenísimo —reconozco—. Pero bueno, o abrimos los cuadernos ya o no vamos a empezar en toda la tarde.

—A la orden, jefa —responde, llevándose la mano a la sien al estilo militar antes de regalarme una sonrisa.

Me hace reír.

Otra vez.

Una más.

Por fin, tras dar buena cuenta del bizcocho y la limonada, y después de que su madre nos sugiriera instalarnos en el despacho —opción que Bosco rechazó al instante, devolviéndome la calma—, nos pusimos de lleno con el trabajo. El tiempo se nos escurrió entre las manos sin que nos diéramos cuenta y, para cuando quisimos reaccionar, la noche se nos echó encima.

—Ava, quédate a cenar y te acerco a casa después, ¿vale?

Justo en ese momento, el teléfono empieza a vibrar en el interior de mi mochila. En la pantalla brilla el nombre de Lorena.

—Tengo que responder —me disculpo—. En cuanto a la cena, no lo sé... Es tardísimo y yo...

—*Ava, ¿va todo bien?* —pregunta Lorena al otro lado de la línea, con un matiz imperceptible de inquietud—. *Es tarde, ¿vienes ya hacia aquí?*

—La madre de Bosco me ha propuesto quedarme a cenar, pero... Sí, todo bien, tranquila —respondo mientras me alejo unos pasos de la mesa del salón.

Me pego al ventanal que da al jardín. Afuera se han encendido unas guirnaldas de luces cálidas entre los arbustos. A lo lejos, salpicando la oscuridad del mar, titilan los fanales de algunos barcos de pesca que navegan hacia la costa.

—*Quédate si te apetece* —me anima Lorena—. *No hay ningún problema siempre que te acompañen luego, aunque sea hasta la parada.*

—No te preocupes, me llevan en coche hasta la puerta.

—*Ava… vive, cariño.*

—Gracias.

Cuelgo el teléfono y me quedo unos segundos con la mirada perdida en el horizonte. Noto que Mariana aguarda detrás de mí, manteniendo una distancia prudencial para no invadir mi intimidad, aunque intuyo que le pica la curiosidad.

—¿Todo bien, Ava? ¿Te quedas con nosotros? —pregunta con voz suave cuando me doy la vuelta.

Bosco tampoco me quita el ojo de encima, esperando la respuesta.

—No querría ser una molestia.

—De molestia nada, cielo. Venga, terminad lo que tengáis entre manos mientras preparo algo. Voy a hacer una tortilla de patatas, ¿te gusta?

—Me encanta. Muchas gracias.

Regreso a la mesa y me encuentro con la sonrisa de satisfacción de mi compañero, que me muestra en la pantalla las últimas líneas

que ha redactado mientras yo hablaba. Nos va a quedar muy poco, tal vez una tarde más y listo.

Bosco ha ido pasando las notas a un documento de texto en el ordenador mientras yo completaba el trabajo a mano. Aunque la entrega debe ser manuscrita, acordamos conservar una copia digital por si acaso.

—¿Ves cómo elegí a la mejor compañera de trabajo posible? Prácticamente lo dejamos visto para sentencia.

—Menudo morro tienes —le espeto para picarlo—. Si lo único que has hecho ha sido teclear cuatro tonterías mientras yo cargaba con el trabajo duro.

Me da un empujón cariñoso con el hombro haciéndose el ofendido. Nos sostenemos la mirada un par de segundos, aguantando la risa, hasta que terminamos por soltar la carcajada al mismo tiempo. Otra vez.

Risas.

¿Acaso esto es confianza?

—Alucino contigo, qué maltratadora —bromea—. No me has dejado ni respirar desde que cruzamos la puerta.

—Chicos, dejad ya la cháchara —interviene Mariana desde la cocina, asomándose al comedor—. Venga, Bosco, poned el mantel y los cubiertos. Sube a avisar a tu hermano y pregúntale a Tana si se queda también. Papá acaba de llamar, está a punto de llegar.

El anuncio de la llegada del padre me provoca un vuelco inmediato en el estómago. La duda vuelve a asaltarme sobre si habrá sido buena idea quedarme a cenar, pero ya es tarde para echarme atrás.

Cuando llega su padre, Bosco me lo presenta y él me saluda con amabilidad. Me formula un par de preguntas sobre el cole y poco más, sin amago de darme dos besos ni tratar de acercarse demasiado, y eso también me da tranquilidad.

La cena transcurre entre risas y pullas constantes entre Bosco y su hermano. Al otro lado de la mesa, Tana me busca con la mirada, esboza una sonrisa cómplice y se encoge de hombros antes de susurrarme por lo bajo que siempre están igual.

Tienen entre ellos una dinámica tan sana, tan cálida, que se me encoge el pecho al contemplarlos. Una extraña nostalgia me invade al echar de menos algo parecido. Aunque me pregunto si de verdad se puede echar de menos algo que jamás se ha tenido.



El tiempo a veces pasa más deprisa de lo que imaginamos. Antes de siquiera darme cuenta, el curso se acaba. Bosco y yo nos hemos convertido en los mejores amigos. Desde el día que hicimos el trabajo juntos, no nos hemos sentado con otras personas en clase, al menos en las que podíamos. Hoy es la fiesta de fin de curso, a la que por supuesto yo no quería ir, pero Lorena me ha «casi obligado» y May me ha ayudado a buscar el *outfit* perfecto para la ocasión. Porque además, Bosco y yo somos los presentadores de los bailes de los niños de primaria. He elegido para el evento un pantalón ancho y una camiseta roja anudada al cuello, con la espalda al aire.

May me ha ondulado el pelo, ahora lo llevo mucho más largo, y como ya hace tiempo que vamos a la playa, mi blanco níveo ha dado paso a un dorado pálido. Tan solo he accedido a aplicarme un toque de brillo en los labios y una capa ligera de máscara de pestañas; el maquillaje cargado me trae recuerdos demasiado nítidos de una época y unas experiencias que jamás debí haber vivido.

Una vez terminada la fiesta, es Nico, el hermano de Bosco, quien me acerca en coche a casa antes de dejar a mi amigo en la suya.

Mañana hemos quedado para ir a la playa con sus amigos, los del equipo de natación, y no sé si quiero.

—Ava, ya verás como te caen bien —me suplica Bosco por enésima vez ante mis reticencias—. Por fin hemos acabado los exámenes, me has obligado a sacar las mejores notas de mi vida... Venga, vente con nosotros.

—Es que yo no pinto nada con vosotros.

Su madre me asegura que por la tarde bajará ella con las madres de los demás chicos, que no me preocupe por nada y que me

dedique a disfrutar del día.

Ahora me encuentro tumbada sobre la toalla nueva que me compró Lorena —a pesar de haberme negado mil veces a que gastara dinero en mí—. Se porta tan bien con nosotros que a menudo me cuesta verla como una educadora social y la siento más bien como alguien de mi propia familia.

A lo lejos, los chicos juegan un partido de vóley sobre la arena. Yo me refugio tras las páginas de *Marina*, la novela de Zafón que me ha prestado Tana. Veo a Mariana avanzar hacia mi toalla.

—Hola, cielo. ¿Qué tal estás? —me saluda con su tono dulce y cariñoso.

—Hola. Bien, no ha estado mal, pero empiezo a notar el cansancio. Creo que me he quemado un poco los hombros.

—Déjame ver. —Extrae un frasco de protección solar de su capazo de paja y comienza a extender la crema sobre mi espalda con la misma delicadeza con que lo ha hecho en otras ocasiones—. Luego te aplicas un poco de aftersún y arreglado. Oye, Ava...

Alzo la vista al notar que se interrumpe. El tono sobrio de su voz me pone en alerta de inmediato.

—¿Sí?

—Quería decirte algo. Llevo mucho tiempo dándole vueltas para no resultar invasiva ni metomentodo, pero no sabía muy bien cómo abordarlo. Solo quiero que tengas claro que puedes contar conmigo para lo que sea. Ignoro qué circunstancias te llevaron al piso en el que vives, pero quiero que sepas que puedes confiar en mí; haré todo lo que esté a mi alcance para echarte una mano. Sé de sobra que no es nada fácil lo que te ha tocado vivir si estás ahí.

—¿Cómo sabes…? —La sorpresa me deja sin aliento.

—No siempre he trabajado en el bufete de Nicolás —explica con voz pausada—. Hace años, antes de dejar la justicia de oficio, estuve en ese mismo piso y en otros similares, tratando con chicos y chicas que atravesaban situaciones complicadas. Tuve que dejarlo porque me afectaba hasta el punto de caerme encima una depresión gravísima, y Nic me obligó prácticamente a apartarme. Aun así, sigo en contacto con antiguos compañeros por si necesitan mi ayuda.

—Bosco... ¿lo sabe?

—¿Lo tuyo? —Asiento con un leve movimiento de cabeza—. No, jamás comento estas cosas con nadie, ni siquiera con mi marido. Tampoco sé qué te ocurrió a ti en concreto.

—Prefiero no hablar de ello —niego con la cabeza.

—No, por Dios, no te estoy pidiendo que me lo cuentes si no te apetece —se apresura a aclarar—. Tan solo me ofrezco a darte mi apoyo si en algún momento lo necesitas, en el aspecto que sea. Para desahogarte, si precisas ayuda económica... Lo que haga falta, Ava. Supe que eras diferente desde el primer día. El resto de los amigos de Bosco no se parecen en nada a ti. Al principio no sabría decirte qué me dio la pista, pero con el paso de los meses ha sido muy evidente.

—Bueno, si tenemos en cuenta que no me visto como ellos ni llevo nada de marca... Todavía me pregunto por qué Bosco sigue siendo mi amigo si soy tan distinta a todos ellos.

—Pues yo lo tengo cristalino: tú tienes muchísimo que aportar. Sus otros amigos son niños de papá que solo tienen pajaritos en la cabeza. A ti la vida te ha obligado a madurar a pasos agigantados y Bosco siempre ha sido muy adulto para su edad. Ya has visto la determinación que ha tenido con el fútbol y los motivos que lo han llevado a dejarlo. ¿Qué chaval de catorce años rechaza el fichaje de un club importante solo porque aborrece el ambiente de las gradas o los ademanes poco apropiados de algunos padres?

—Ya... En eso tiene razón. Aunque me cuesta verme encajando en su círculo.

—¿Te sientes a gusto con él? ¿Te sientes bien con nosotros? —me pregunta. Rebusca en su bolso, extrae una gorra de tela y me la ofrece para protegerme del sol.

—Gracias —la acepto y me la acomodo en la cabeza—. Sería imposible no estar a gusto a su lado. Ojalá mi familia se hubiera parecido remotamente a lo que tenéis vosotros.

Un chapoteo ruidoso interrumpe la conversación. Bosco viene corriendo directamente desde el agua. Como se ha dejado el pelo algo más largo estos últimos meses, al llegar a nuestra altura se sacude la cabeza con la energía de un perro mojado, acribillándonos a gotas heladas que nos sorprenden a las dos.

—Oye —protesto, sacudiéndome la arena que sus pisadas han levantado sobre la toalla—, ¿alguien te ha dicho que necesitáramos refrescarnos?

—Solo venía a rescatar a mi chica de la chapa insoportable de mi madre —replica con un tinte divertido.

Mariana lo observa con una ceja alzada, sorprendida por el posesivo que acaba de emplear. Yo no me molesto en desmentirlo; estoy exhausta de matizarlo cada vez que lo utiliza en público a pesar de que ambos sabemos de sobra que solo somos buenos amigos.

—¿Cómo que «tu chica»? —interviene su madre con curiosidad —. ¿Qué me he perdido aquí?

—Las cosas del intensito de tu hijo,—le aclaro a Mariana—. No soy su chica, pero es tan pesado que ya he desistido de llevarle la contraria. Además, me conviene: así sus amigos no me dan la paliza.

La tensión que notaba crecer en mi interior durante la charla con Mariana se disipa por completo ante el rostro desencajado de la mujer y la irrupción de mi amigo. Sin darme tiempo a reaccionar, Bosco me agarra de la muñeca y tira de mí hacia la orilla.

—¡Para, para, por favor! —me quejo mientras me arrastra—. ¡Que no me quiero meter!

Mis protestas caen en saco roto. Antes de darme cuenta, el agua del mar me ha calado hasta el último mechón de pelo, gorra incluida. Al salir a la superficie, me dirijo dando zancadas hacia donde Bosco se desencaja de la risa y trato de hundirlo de un empujón. Tarea imposible: me saca casi dos cabezas y posee una fuerza descomunal, así que la que termina tragando agua de nuevo soy yo.

—¿Es que no vas a aprender nunca que conmigo no tienes nada que hacer? —me desafía con aire chulesco.

Si hay algo con lo que no puedo es con los vaciles. Me aproximo a él con decisión y veo cómo se pone a la defensiva. Lo que no calcula es que me pego tanto a su cuerpo que lo descoloco por completo; aprovechando su vacilación, le cuelo una pierna entre las suyas y lo derribo con una zancadilla limpia. Es una de las técnicas

que nos enseña el instructor en las clases de artes marciales a las que Lorena nos lleva dos tardes por semana a Ana, a May y a mí.

—Creo que te equivocas, Bosquito —le espeto cuando emerge del agua escupiendo espuma y apartándose el pelo mojado de la frente—. Y ahora haz el favor de dejarme en paz, porque tengo los hombros al rojo vivo y prefiero estar bajo la sombrilla con tu madre antes que haciendo el cafre contigo.

Desde la orilla, sus amigos se parten de risa y me jalean. No son mala gente, solo que no creo que su interés en mí vaya más allá de ser «la amiga de Bosco».

—Solo pretendía librarte del sermón de tu futura suegra —murmura él con tono guasón, secándose los ojos con el dorso de la mano.

Uf, y dale. Me acerco un paso más y le susurro, casi rozando sus labios:

—No es mi suegra. Tú y yo solo somos amigos y siempre va a ser así. Deja de decir tonterías, Bosco.

—Algún día, futura poli —responde con una sonrisa.

—¿Cuándo aprenderás que «nunca» es un buen momento?

Lo dejo riéndose en la orilla a mi costa mientras salgo del mar escurriendo el exceso de agua de la gorra y de la coleta. Al regresar a la toalla, su madre me dedica una mirada afectuosa.

—¿Sabías que Tana y Nico empezaron exactamente igual que vosotros? —suelta de pronto, dejándome sin habla—. Tana tenía trece años cuando Nico y ella empezaron a tontear, y fíjate ahora...

—No creo que nuestro caso se parezca —la atajo, acomodándome bajo la sombrilla—. Mis planes no están aquí, y Bosco lo sabe de sobra.

—Los suyos tampoco, aunque me cueste asumirlo —reconoce con una sombra de melancolía—. Sé que va a estudiar Derecho casi por cumplir con el expediente familiar, pero no se quedará en esta ciudad. Yo lo tengo claro; su padre, todavía no.

—No creo que en mi vida haya sitio para una relación. Ni ahora ni más adelante. Tu hijo se merece todo lo bueno que le depare el futuro; sé que bromea cuando dice esas cosas, pero si intuyera que va en serio, me alejaría de él.

—Ava, cielo... Ni siquiera has cumplido los catorce. ¿Cómo puedes afirmar de forma tan tajante que no tienes hueco para el amor? Dudo que seas consciente de lo que significa enamorarse.

—Es verdad, no lo sé —admito, fijando la vista en la arena—. Pero sí conozco de sobra realidades que nadie de mi edad debería haber experimentado jamás. Cosas que me impiden arrastrar a alguien a una relación a la que no podría entregarme al cien por cien.

—Me entra un escalofrío al oírte expresarte con esa frialdad, cariño... ¿Qué demonios te hicieron?

Miro hacia el horizonte. Bosco ha vuelto a sumarse al juego de los chicos; de tanto en tanto me busca con la mirada y se lleva los dedos índice y corazón a los ojos en un gesto cómplice para indicarme que me tiene vigilada. Se me escapa una sonrisa inevitable.

—Tu hijo es un caso aparte, ¿eh?

—Sí —se ríe, ablandando el rostro—. Se parece muchísimo a su padre. Nicolás y yo nos conocimos algo más mayores, pero Bosco y él comparten bastante más que los rasgos físicos. Resulta increíble lo caprichosa que es la genética a veces.

Vuelvo a mirar al mar, aspiro despacio su aroma salado y me siento reconfortada. Por un instante efímero me permito la ilusión de creer que mi vida siempre ha sido así, que esta es la familia que me correspondía y no la que me tocó en suerte en la ruleta de la vida.



El día de mi cumpleaños, Bosco se empeña en que vayamos a comer los dos. Su hermano nos acerca en coche a la zona de la playa y, una vez allí, me dejan helada al guiarme hasta un chiringuito donde nos aguardan sus padres, Lorena, María y mis compañeras de piso. Han montado una pequeña fiesta sorpresa. Si Bosco ha encajado ya los detalles de mi situación personal, no dice una sola palabra, pero

la presencia del equipo del centro de acogida delataría la verdad ante cualquiera.

Además de la comida, me abruman con un montón de regalos: unos auriculares de buena calidad para sustituir los míos, varias prendas de ropa, un par de libros y, por parte de Bosco, un peluche de Blancanieves.

Se me hace un nudo en la garganta en cuanto cruzamos el umbral y los descubro allí reunidos, felicitándome entre aplausos. Las lágrimas se me agolpan tras los párpados peleando por brotar, y no estoy segura de poder contenerlas durante mucho más tiempo. Hace años que me juré no mostrar debilidad ante nadie, pero esta muestra de afecto desinteresado supera todas mis defensas. Nadie me hacía un regalo desde que mis abuelos no están. Es algo que no sé cómo asimilar.

—Ava, di algo o empezaré a pensar que estás planeando mi asesinato —murmura Bosco.

—Quiero matarte —susurro, hundiendo la cara en su hombro mientras me rodea con delicadeza.

—Pero al menos me quieres un poco —insiste él con guasa.

—Bobo.

Pasamos un rato divertido y para mí, además emocionante. Cuando las chicas del piso y las educadoras se disponen a regresar, me preguntan si prefiero volver con ellas, pero Mariana interviene para aclarar que me quedaré un rato más y que luego me acercarán en coche, como han hecho tantas veces a lo largo de estos meses.

Bosco me propone dar un paseo por la orilla y, al ser una costumbre muy habitual entre nosotros —y teniendo en cuenta que la familia se marcha de vacaciones en un par de días—, acepto sin dudar. Mariana y Nicolás se acomodan en una terraza frente al mar para la hora del tardeo, mientras que Nico y Tana se despiden tras la marcha de mis compañeras, cargadas con los regalos.

Caminamos hasta el extremo de la playa, remontamos el paseo de Levante y llegamos hasta la marina deportiva. Es un recorrido que nos conocemos de memoria. Bosco se fija en todos los barcos; su abuelo tenía un pequeñito velero y solían pasar las tardes de verano allí. No hemos hablado en todo el trayecto, algo raro en

nosotros porque charlamos mucho sobre libros, música o cualquier cosa que se nos ocurra. Hoy no, y no alcanzo a comprender el motivo.

Nos sentamos en uno de los bancos de madera con la vista puesta en la bocana del puerto. Bosco mantiene la mirada fija en el agua, extrañamente callado.

—¿Me vas a contar qué te pasa? —lo interrogo.

—Nada. Solo que no me apetece lo más mínimo irme de vacaciones. Te voy a echar de menos. Vente con nosotros.

—Bosco, no soy tu hermana, ni pertenezco a tu familia —aunque me encantaría—, ni tampoco soy tu novia.

—Eso tiene fácil... —Empieza a decir.

—Ni se te ocurra terminar la frase —lo atajo antes de que descarrile la conversación—. Te lo he repetido un montón de veces este último mes porque pensaba que estabas de guasa, pero empiezo a preocuparme...

—Lo siento, de verdad. No pretendía incomodarte —se disculpa, revolviéndose en el banco—. Pero es la verdad: voy a echarte de menos. Tú te vas a quedar aquí sola, a mi madre no le importaría lo más mínimo llevarte y...

—Oye. Una de las cosas que más valoro de ti es tu madurez, que no te pareces en nada a los chicos de nuestra edad, pero hoy...

—Olvídalo, ¿vale? Tienes razón —corta de golpe—. Al menos nos mantendremos en contacto, ¿no?

—Pues claro. ¿Con quién si no voy a comentar los libros que devore o la música que descubra?

Me distraigo contemplando un barco atracar. Sus ocupantes desembarcan bolsas con provisiones para la cena bajo la luz dorada del atardecer. La playa me apasiona, pero el ambiente del puerto —esa mezcla de salitre, resina y combustible— me transmite una calma extraña, acompasada por el tintineo metálico de los mástiles al mecerse.

—¿Te gustaría tener un barco algún día?

—No puedo ni soñar con subirme a uno, así que imagina tenerlo en propiedad —respondo sin apartar los ojos del pantalán—. De

todas formas, prefiero observarlos desde la barrera; mantener algo así debe de costar una fortuna.

—Soñar es gratis, Ava —murmura, clavando sus ojos oscuros en mí con una profundidad que insinúa algo más.

—Pero todo lo demás no.

—¿Me contarás algún día quién te volvió tan dura? —Inquiere. El Bosco adulto ha regresado de golpe tras el cuerpo del adolescente.

—Hay heridas que es mejor no remover.

—Ava —dice, envolviendo mi mano entre las suyas—, pensaba que éramos amigos. Que confiabas en mí, que podías contar conmigo.

—Y es cierto, pero te quiero tal y como eres ahora, Bosco. No como cambiarías si supieras toda la mierda que arrastro. No me pidas más, por favor.

—¿Algún día? —insiste.

—No lo sé. He visto miradas de rechazo y de lástima que me revuelven el estómago. La tuya me encanta precisamente por eso: porque es limpia, sincera y bonita. Esa es la mirada que necesito que conserves para mí.

—¿Y no ves nada más en ella? —uf, ahí esa pregunta otra vez…

—Deberíamos volver. Tus padres igual se quieren marchar.

—Eres una experta cambiando de tema, Martín.

—A ver si lo vas captando de una vez, Muñoz.

—Venga, vamos —suspira.

Extiende la mano para que la tome. No estamos juntos ni somos novios, pero en tardes como esta, con las emociones a flor de piel, caminamos cogidos de la mano sin dar explicaciones a nadie. En el fondo, intuyo que él tampoco busca salir con nadie más, al margen de las bromas que suelta sobre nosotros. Porque son solo bromas, ¿verdad?

Al regresar a la terraza donde aguardan sus padres, los veo bromeando. Se tocan, se miran con cariño y, de vez en cuando, se besan. Es algo tan bonito lo que desprenden que me hacen añorar algo que no he tenido nunca y sé que nunca tendré. Pero no importa; ellos son cariñosos y adoro que se lleven bien. Hacen felices a sus hijos, y eso es más que suficiente para mí.



El verano ha transcurrido en un suspiro. O tal vez han sido mis ganas de recuperar la rutina las que me han hecho percibirlo así, aunque solo a ratos. En otros momentos, las tardes se me volvían interminables como meses enteros; donde no tenía otra cosa que hacer salvo quedarme tirada en la cama hasta la hora de la cena, leyendo o con los cascos puestos, dejando que el tiempo pasara sin más.

Ya no queda ni una sola marca en mi piel. Ha transcurrido más de un año desde todo aquello y la memoria me devuelve una imagen lejana, casi irreal, aunque no ocurre lo mismo con los recuerdos. A veces, por fortuna no muy a menudo, se transforman en pesadillas atroces que me desvelan a medianoche, y May se desliza en mi cama para abrazarme en cuanto me oye gemir entre sueños. Ella tampoco sabe lo que ocurrió en realidad. Nadie en el piso lo sabe; únicamente Lorena y María, y solo porque constaba de forma explícita en la primera página de mi expediente social.

Al arrancar el nuevo curso, nos comunican que Ana, la peque del grupo, vuelve con sus padres. Ninguna de las educadoras parece muy feliz con la noticia. Supongo que no es buena para nada, pero la niña está entusiasmada y va de un lado a otro, dando saltitos, recogiendo las pocas cosas que ha acumulado este tiempo, radiante ante la idea de reunirse otra vez con sus progenitores. Le deseo de corazón que esta vez las cosas funcionen.

Bosco y yo no nos hemos visto en todo el mes de agosto. Apenas nos hemos llamado algunas veces, porque no es que me sobre el dinero para recargar la tarjeta prepago y la mayoría de las veces es él quien asume el coste de marcar mi número, un detalle que me produce cierto remordimiento. En su última llamada me decía las ganas que tenía de que volviéramos a clase para poder vernos todos los días.

—Hombre, mi futura poli favorita —eso es lo primero que me suelta al verme, antes de envolverme en un abrazo de esos que, sin

ser consciente de ello, he echado tanto de menos. Me aguarda junto a la valla para entrar juntos al aula.

—Señor futuro abogado —le devuelvo la réplica, encogiéndome de hombros para prolongar la broma.

No he vuelto a saber una sola palabra de mis padres. Soy consciente de que hace meses se celebró el juicio contra mi madre, pero no tuve que personarme en la sala; se limitaron a tomarme declaración en el juzgado de menores a través de un informe a puerta cerrada y jamás me preocupé por indagar si sirvió para condenarla. Ni idea de qué dictaminó el juez después, y lo prefiero así, del mismo modo que ignoro si mi padre sigue en busca y captura o continúa evaporado entre sus trapicheos de poca monta.

No me importa.

He tachado sus nombres de mi vida y no quiero volver a saber nada de ninguno de los dos.

7

NUEVAS RUTINAS



«Luego se disfrazó y adoptó la forma de otra anciana. Así vestida atravesó las siete montañas en dirección a la casa de los siete enanos, llamó a la puerta y gritó: —¡Vendo buena mercancía!»

— BLANCANIEVES. JACOB GRIMM.

Todavía me cuesta asimilar que llevo tres años viviendo aquí y que pronto cumpliré los diecisiete. Hace unos meses comencé a trabajar en un local de comida rápida para ganarme mi propio dinero, compaginando las jornadas con el primer curso de Bachillerato, que sigo cursando en el mismo colegio desde que llegué gracias a una beca.

Bosco y yo mantenemos intacta nuestra amistad y, sí, de tanto en tanto vuelve a la carga insistiendo con la broma de salir conmigo. Tiene clarísimo que haríamos una pareja estupenda. Yo, en cambio, no lo veo así. De todas formas, hace un par de meses empezó a salir con una chica de su equipo de natación. No me gusta nada.

No me cae bien, pero no porque yo sienta celos o aspire a ocupar su lugar, sino porque intuyo que solo lo busca por interés: porque es el mejor del equipo y porque, para qué nos vamos a engañar, ha pegado un estirón espectacular y está guapísimo.

Siempre lo ha sido, pero ahora mucho más. Su presencia lo ha ido distanciando de mí y admito que lo echo de menos.

—Ava, ¿te vienes a tomar algo cuando cerremos? —me aborda Fran por enésima vez.

Qué tipo tan pesado. Mi compañero de turno no se da por enterado de que no tengo el más mínimo interés en él y, cada vez que nos toca coincidir en el restaurante, vuelve al ataque con la misma pregunta. Se escuda en que saldremos en grupo con otros empleados, pero la realidad es que yo no salgo con nadie. Ni con compañeros ni con desconocidos.

Jamás.

Tan solo con Bosco y con su hermano, al menos antes de que Natalia apareciera en escena. Ahora termino la jornada en el curro y me marcho directa al piso a colaborar con las educadoras; hace un par de semanas ingresaron dos gemelas muy pequeñas que demandan muchísima atención, y no me importa echar una mano.

—No, Fran, lo siento, tengo cosas que hacer en casa —respondo hastiada.

—¿Nunca te diviertes? —insiste al cruzar la puerta del establecimiento, siguiéndome los pasos hacia la parada del autobús.

—Sí, pero no como tú.

—Eso es porque no me das la oportunidad de enseñarte cómo lo pasaríamos juntos —suelta, deslizando una insinuación que me revuelve el estómago.

Y menos me agrada aún la forma en que recorta las distancias hasta pegarse a mí.

—A lo mejor es eso, así que aplícate el cuento. Hasta mañana.

Trato de marcharme, pero me ataja agarrándome de la muñeca con una presión excesiva. La calle está desierta y la hora es intempestiva. No siento miedo, sé defenderme de sobra si la cosa se tuerce, pero no quiero tener malos rollos con un compañero de trabajo.

—¿Puedes soltarme, por favor?

—Venga, no seas tan sosa...

—¿Es que no la has oído? —interviene una voz a mi espalda.

Mierda, ¿qué hace Bosco aquí? Su sola presencia basta para que Fran se arrepienta al instante de haberme puesto una mano encima. Bosco impone muchísimo: si cuando lo conocí ya era alto y corpulento para su edad, estos años de natación le han proporcionado una envergadura que el otro no tiene ni de lejos.

—¿Y tú quién eres? —se atreve a encararlo Fran, tratando de mantener el tipo.

—Su novio —suelta Bosco con un aplomo pasmoso. Espero que no se me note en la cara el sobresalto por el farol, ni tampoco por el beso que me planta en los labios para dar credibilidad a la mentira —. De todos modos, lo que seamos no es de tu incumbencia. Lo que sí debería preocuparte es que te ha pedido que la sueltes y has hecho caso omiso.

—Joder, Ava, ya podías haberme dicho que tenías novio en lugar de darme largas. Perdona, tío, yo no sabía nada...

—¿Nos vamos? —le pregunto a mi supuesto novio, tirando de su manga hacia la parada del autobús.

Me frena y desvía el rumbo hacia la zona de aparcamiento. Lo miro de reojo y él se limita a encogerse de hombros.

—¿Has venido en la moto?

—¿A este trasto lo llamas moto? —pregunta con guasa, señalando la vieja Vespa que heredó de su hermano—. Estoy deseando cumplir los dieciocho para sacarme el carné de coche de una vez.

—Mira que eres quejica... Por cierto, ¿a qué ha venido semejante numerito? —pregunto, señalando nuestras manos entrelazadas. No me refiero al gesto de ir cogidos, sino al espectáculo del novio y al beso.

—Ni que fuera la primera vez que caminamos cogidos de la mano —protesta.

Lo detengo en seco justo al llegar a la altura del *scooter*.

—Bosco…

—Vale, joder —suspira, pasándose una mano por el pelo—. Vi que la situación se estaba pasando de la raya con ese imbécil y creí que debía darle credibilidad a la historia. No es la primera vez que te incomoda, ¿a que no?

—Me lo ha dicho en otras ocasiones, sí, pero siempre le he parado los pies. Aunque dime una cosa: ¿qué va a opinar tu querida Natalia de que andes por ahí besando a otras y haciéndote pasar por su novio?

—Punto uno: tú no eres «otras», eres Ava. Y punto dos: me importa entre poco y nada lo que opine. Ya no estamos juntos.

Creo que mis ojos deben abrirse de tal forma que puedo parecer un personaje de dibujos animados Se acerca un paso, me sostiene la barbilla con dos dedos y me cierra la boca con delicadeza antes de susurrarme al oído con tono burlón:

—Te van a entrar moscas, Blancanieves.

—¿Y desde cuándo habéis roto?

—¿Tienes hambre? —pregunta, esquivando el tema con una habilidad pasmosa—. ¿Vamos a ese chiringuito de la playa que te gusta?

—Bosco —lo freno de nuevo cuando hace ademán de encajarse el casco y me tiende el mío—. ¿Por qué has roto con Natalia y por qué has venido a buscarme a estas horas? Además, apesto a patatas fritas y a *nuggets*.

—En primer lugar, porque mañana es tu cumpleaños y sé de sobra que estas fechas se te hacen cuesta arriba, aunque sigas sin contarme los motivos. Y lo de Nat... Uff, es complejo, pero se resume en que no es lo que busco ahora mismo. Tal vez nunca lo sea. Y deja de someterme al tercer grado y ponte el casco o nos cierran la cocina. Por cierto, me encanta cómo hueles —añade, inclinándose hacia mi cuello para olfatearme entre risas como si fuera un perrito sabueso.

Sé que no me está diciendo toda la verdad. Hay algo más denso escondido tras sus evasivas, una corriente que lleva sobrevolando nuestras vidas desde hace mucho tiempo.

Algo que no puede ser y que él sabe de sobra.

Algo que tal vez en otra vida, con otra Ava…

Pero no con esta Ava. Ni ahora, ni en el futuro, ni nunca.

Me acomodo a su espalda en la Vespa. Me encanta sentir el calor de su cuerpo a través de la tela de la camiseta blanca que lleva hoy, junto con el aroma del perfume que utiliza desde hace un par de

años. Ya no es una fragancia infantil. Es un olor fresco, con un matiz especiado que me reconforta, me calma y me transmite la sensación de estar en casa. Es la misma seguridad que siento siempre que estoy a su lado, con su familia o incluso en el piso de acogida, donde continuaré hasta que el año que viene me mude para empezar la universidad.

Al llegar al restaurante nos encontramos con bastante movimiento para la hora que es. Bosco vuelve a tomarme de la mano para guiarme entre las mesas hasta que el camarero nos acomoda. Me doy cuenta de que había reservado con antelación; esto no es una parada improvisada, sino un plan organizado con detalle, y no sé si me gusta o no. Le envío un mensaje a Lorena para avisarle de que me he entretenido con Bosco y me da el visto bueno; sé que ella da por hecho que estamos juntos desde hace tiempo y yo jamás me he molestado en sacarla de su error.

—Ava, deja de darle vueltas a todo, cariño. Solo vamos a tomarnos unas tapas o lo que te apetezca. Y siento si te ha molestado la escena de antes, ¿vale? Me ha jodido mucho verlo agarrarte del brazo. Sé que eres capaz de defenderte sola, pero los tíos como ese me tocan los cojones.

—Hala, vaya vocabulario. Si te oyera tu madre... —trato de bromear, aunque me noto rígida, una sensación extraña que casi nunca me ocurre cuando estoy a su lado.

El camarero que suele atendernos cuando venimos en grupo se acerca a la mesa, nos pregunta con una sonrisa si esta noche venimos solos y Bosco responde que sí. Desvío la vista hacia la arena, solo un par de metros más allá, y me fijo en el vaivén de las olas al romper contra la orilla. Es algo que voy a echar mucho de menos el día que me marche de aquí.

Hace meses que recibí el alta en terapia. Ya no tengo pesadillas. Todo aquello quedó en un mal recuerdo. Uno que dejó profundas cicatrices, sí, pero al que me niego a seguir alimentando. Lo que no sé es si seré capaz de lograrlo del todo.

—¿Me vas a contar la verdad? —insisto en cuanto el camarero nos sirve los refrescos y vuelve a alejarse.

—No hay nada que contar. Ya te lo he dicho todo. —Se enroca en esa versión prefabricada que, conociéndolo como lo conozco, sé que ha ensayado mil veces en su cabeza para resultar convincente. Pero no cuela.

—Vale.

No vuelvo a abrir la boca. Pedimos unos calamares, boquerones y un par de raciones típicas de la zona, pero se me ha cerrado el estómago. Lo que peor llevo de todo esto es que me mienta. Él no. Bosco es la persona en quien más confío en este mundo y me duele que no sea capaz de corresponderme.

Me observa en silencio mientras da cuenta de los platos. Yo me limito a marear la comida con la punta del tenedor, hasta que su mano se posa sobre la mía y me quita el cubierto con el que maltrataba a un calamar que no me había hecho nada.

—Para ya, Ava, joder —protesta, contrariado—. ¿Quieres dejar de pagar tus frustraciones con la comida?

—¿Cómo? ¿De verdad me estás diciendo eso? Mira, Bosco, eres un capullo. Sabía yo que esto no era buena idea. —Hago ademán de levantarme de la silla, pero me detiene sujetándome de la muñeca. No quiero montar un espectáculo en mitad del local, así que le clavo la mirada hasta que me suelta de inmediato.

—Está bien. No tienes remedio —suspira, pasándose las manos por la cara—. Cenamos tranquilos y luego damos un paseo, ¿de acuerdo? Hablamos fuera. No hay manera contigo; no conozco a nadie más cabezota en este mundo.

—Yo sí: a ti.

Concluimos la cena e iniciamos la habitual discusión por ver quién paga la cuenta. Al final me rindo y dejo que invite él; ya hay demasiada marejada entre los dos como para sumar otro motivo. Salimos por la puerta que comunica con la playa y me descalzo sobre la arena. Me he puesto un pantalón ancho de lino al salir del trabajo; me lo remango hasta las espinillas y me acerco a la orilla del mar, sintiendo las pisadas de Bosco a mi espalda.

Dejo que las olas laman mis pies. Tras tantas horas seguidas de pie en el local donde trabajo, la temperatura del agua me alivia el cansancio de las piernas y el rumor del mar me serena por dentro.

Solo un poco.

Bosco me rodea la cintura con un brazo desde atrás y deposita un beso en mi pelo, cerca de la coronilla. Es un gesto muy cariñoso, algo muy nuestro.

—Lo siento —murmura muy bajo, sin soltarme—. No me obligues a decirlo en voz alta. Ya lo sabes de sobra y me sé de memoria tu respuesta. ¿Por qué tenemos que seguir dando vueltas sobre lo mismo?

Me giro sobre mis talones sin que su mano deje de rozarme el costado. No va más allá; jamás traspasa ese límite. Sé que le gustaría hacerlo, pero, tal como él mismo admite, respeta mi decisión. Le miro a los ojos y alzo la mano para apartarle de la frente ese mechón de pelo rebelde que lleva algo más largo de la cuenta.

—Bosco, no lo estropees. Yo no soy buena para ti. Lo sabes de sobra. Ni para ti ni para nadie, pero para ti menos que para ninguno. Te mereces todo lo mejor, y esa persona no soy yo. Jamás podría darte lo que me gustaría que tuvieras.

Lo veo tragar saliva con dificultad. Esta vez es su mano la que se hunde en mi pelo, desordenado por la brisa del terral, para deslizar una caricia por mi mejilla hasta rozarme los labios.

—Es que no puedes decidir por los demás, Ava. Habla conmigo de una vez. Cuéntame qué es eso tan horrendo que crees que llevas dentro para no dejar que te amen.

—Ni siquiera somos mayores de edad; no creo que esa palabra deba usarse tan a la ligera. Pero ya sabes que no puedo. Necesito esa mirada tuya intacta, Bosco. Eres consciente de ello. No quiero otra cosa. No quiero lástima, ni compasión, ni una tristeza infinita en tus ojos, y eso es exactamente lo que vería en ti si supieras todo lo que ocurrió. Además, esa niña ya no existe. Murió hace años.

—Pues con más motivo —insiste—. Vive de una vez, joder, y deja que te quieran como te mereces.

Esta vez no me echo atrás. No puedo. Sus labios descienden sobre los míos; primero con un roce tímido, casi imperceptible, después pide permiso para acceder a mi boca. Se lo concedo sin saber muy bien qué fuerza me arrastra a hacerlo, y me entrego a un

beso tierno, cálido, y maravilloso que no creo merecer hasta que lo interrumpo.

—No. Por favor... —mi voz suena casi como una súplica desesperada—. No nos hagamos esto.

—Ava…

Sin embargo, no nos separamos.

Ni un solo milímetro.

Permanecemos inmóviles, con su frente apoyada en la mía.

La respiración agitada.

Pero no.

—Deberíamos volver —murmuro, dando un paso atrás.

No añade nada más. Se limita a tomarme de la mano de nuevo y caminamos en silencio hacia donde dejamos la moto. Ninguno de los dos se atreve a romper ese vacío. Es por esto por lo que intentaba evitarlo a toda costa.

Algo se ha resquebrajado entre nosotros.

Algo irreparable que no sé cómo solucionar.

Llegamos a la puerta de mi edificio y me bajo del *scooter*. Esta vez no se molesta en acompañarme hasta el portal como de costumbre; se queda apoyado en el manillar de la Vespa, esperando en silencio a que introduzca la llave en la cerradura y me pierda en el interior.

Llego arriba y el silencio es absoluto. Solo se adivina un hilo de luz bajo la puerta de la estancia donde duermen las educadoras. Llamo con un suave golpeteo y Lorena me dice que pase.

Al verme la cara, se alarma y se levanta de un salto del sillón, dejando caer el libro que estaba leyendo, y viene directa hacia mí.

—¿Qué tienes? ¿No estabas con Bosco? Ava, ¿qué ha ocurrido?

Le abro mi corazón de par en par. Esta vez no me guardo nada en el tintero. Mientras le hablo, ella asiente o niega en silencio, permitiendo que vacíe todo el lastre de angustia que llevaba acumulado sin ser del todo consciente.

—Cariño, dale una oportunidad —me pide con ternura en cuanto termino de hablar—. Dátela a ti misma si te gusta, porque está claro que es así. El pasado no puede condicionar tu futuro hasta ese punto.

—No creo que sea capaz —admito, dejando caer los hombros—. Bosco no es para mí... Bueno, ni él ni nadie. Tú conoces mi historia, a pesar de que ya no necesito terapia a los niveles de cuando llegué, no hay nada en mí que esté en su sitio. Quiero autoengañarme pensando que puedo ser una chica normal, pero es mentira. Sabes que lo intenté con Dani, y ni si quiera fui capaz de dejar que me besara, más allá de un roce. Mi mente se bloquea, me invade el pánico y regresan imágenes horribles sin permiso. No quiero que me pase eso con él. Bosco y su familia han conseguido que me sienta querida, como si formara parte de algo real junto a vosotros. No quiero destrozar eso, aunque sé que tiene los días contados. Aun así, prefiero apurar el tiempo que me queda a su lado sin alimentarle falsas expectativas.

—Ay, Ava... No puedes pasarte la vida saboteándote a ti misma —suspira Lorena, acariciándome el rostro—. Tienes diecisiete años, cielo. Esto no es sano.

Se acerca a mí y limpia una lágrima que ni yo sabía que estaba derramando. Después, me acoge en su pecho como tantas veces estos años. Su perfume con notas de jazmín se impone sobre el olor tenue de la cena y me reconforta. Acaricia mi pelo y yo le rodeo la cintura con los brazos y me pego a ella, dándole las gracias en silencio por cruzarse en mi camino.

Mi teléfono suena anunciándome la entrada de un mensaje. No me hace falta sacarlo para saber quién es. Lorena me anima a hacerlo, pero prefiero refugiarme en mi habitación y llamarlo desde allí.

—Buenas noches, Ava. Por favor, no le des más vueltas a la cabeza.

Me quito la ropa nada mas traspasar la puerta de mi cuarto. Dejo el pantalón de lino sobre la silla porque noto el bajo humedecido por el agua del mar y guardo la camiseta en el armario. Tras ponerme el pijama, lavarme los dientes y comprobar en el espejo del lavabo que mis ojos siguen enrojecidos, rescato el móvil de la mochila y abro el mensaje.

Lo siento. No quiero perderte. Prefiero que seamos amigos antes que no tenerte en mi vida. Feliz cumpleaños, Blancanieves.

Consulto el reloj del teléfono y son las doce y diez de la noche. Ni me había percatado de que ya es el día de mi cumpleaños. Un año más.

Otro día que pronto dejará de tener sentido.

Al menos me quedará el recuerdo de lo vivido con ellos durante esta etapa.

Marco su número de memoria. No alcanza a sonar el primer tono cuando descuelga al otro lado de la línea.

—Gracias —murmuro por el auricular—. Yo tampoco quiero perderte. Pero es que, de verdad, no puedo... No sé cómo...

—Ava, olvídalo, ¿vale? ¿Vamos mañana a la playa? ¿Te recojo temprano y pasamos el día en esa cala que tanto te gusta?

—¿Y cómo piensas ir hasta allí? —le pregunto, sabiendo lo mucho que me apasiona esa playa apartada y de acceso complicado donde apenas hay gente, aunque dependemos de que alguien nos lleve porque la línea de autobús no llega hasta allí.

—Déjalo de mi cuenta. Tú ocúpate de preparar unos bocadillos. Eso sí: por la noche no te libras de salir a cenar con mi hermano y con Tana. Sabes que nos marchamos de viaje en un par de días y...

—De acuerdo. Pero no, no me voy a ir de vacaciones con vosotros —añado antes de que vuelva a la carga—. No me lo vuelvas a pedir, por favor. Llevas cuatro años haciéndome la misma pregunta.

—Pesada.

—Cabezota.

—Buenas noches, Blancanieves.

—Buenas noches, Bosco.



Su mensaje a las diez me informa de que está abajo. Yo, que apenas he pegado ojo en toda la noche dándole vueltas a lo que ocurrió en la playa, me he levantado muy temprano. He preparado una tortilla de patatas enorme para dejarles parte a las chicas en la cocina, he sacado pan del congelador y he dejado listos un par de bocadillos. De camino compraremos refrescos o cualquier otra cosa para picar.

Me lo encuentro junto al portal vistiendo un bañador azul que realza su bronceado y una camiseta blanca que marca su impresionante físico. Lleva las gafas de sol puestas y esa sonrisa capaz de derretir el Polo Norte. Se aproxima a mí y me deposita un beso tierno en la mejilla. Por un instante, volvemos a ser solo nosotros dos, como si la noche anterior nunca hubiera existido.

—Buenos días, Blancanieves. Aunque ahora tienes bastante más color que ella. Felicidades otra vez, por cierto. Toma.

Me tiende una cajita con el sello de una firma de joyería que sabe que me gusta. La abro con un leve temblor en las manos, consciente de que su mirada no se aparta de mí. En el interior descansa un delicado colgante con la forma de una manzana, la de Blancanieves. Alzo los ojos hacia él, vuelvo a fijarlos en la joya y esbozo una sonrisa, incapaz de evitar que mis ojos se aneguen de lágrimas.

—Eh, no te me pongas a llorar, boba, que solo es un detalle. Anda, ven aquí. —Me rodea con sus brazos para besarme el pelo. Yo, que debería salir huyendo en dirección contraria, me quedo inmóvil; me encanta estar así, me dejo acunar por su calor y el aroma de su perfume y su gel.

—¡Niños, que es para hoy! Que algunos tenemos cosas que hacer. Vamos ya.

Nico asoma la cabeza por encima del techo del coche mientras Tana le echa una bronca cariñosa para que nos deje en paz. Entre los hermanos no existen las medias tintas: siempre andan a la gresca, aunque sé de sobra que se adoran.

—Vamos, que encima de que nos hacen el favor de llevarnos, no es plan de hacerlos esperar —logro articular, tomando la mano de Bosco, que ya se ha encargado de colgarse mi mochila al hombro.

Conservo la cajita entre las manos. En cuanto nos acomodamos en los asientos traseros y la pareja me felicita, le pido a mi amigo que me abroche el collar. Me parece precioso. Jamás me habían regalado algo semejante y la emoción vuelve a sobrecogerme al sentir el roce de sus dedos contra la piel de mi nuca. El contacto me eriza el vello del cuello, produciéndome sensaciones desconocidas.

—¿Os dais cuenta de lo monos que llegáis a ser? —pregunta Tana, girándose en el asiento delantero.

—Te estás montando una película, cuñada. —le responde Bosco —. Ava y yo solo somos amigos. Los mejores, pero nada más.

Lo conozco mejor que nadie; estoy segura de que esa fachada de frialdad es pura pose. Sus dedos buscan los míos sobre la tapicería del asiento y los enlaza con firmeza, dedicándome una sonrisa ladeada en cuanto su cuñada deja de observarnos.

—Pues será porque no queréis, porque, dicho sea de paso, sigo sin entender a qué esperáis.

—Tana... —le advierte Nico desde el volante.

—¿Qué? Hacen una pareja divina. Nosotros a su edad ya salíamos juntos y ellos llevan así... ¿cuántos años ya, cinco?

—Cuatro —aclaro—. Me mudé al centro cuando tenía trece años y cumplí los catorce aquí. En realidad tres años y medio, porque Bosco no me empezó a hablar hasta enero.

—Ahora resulta que la culpa es mía porque tú eras un témpano helado —me pincha con tono guasón.

—¿Que yo qué? Perdona, pero yo me dedicaba a estudiar, nada más. Lo mismo que llevo haciendo desde el primer día, solo que ahora le sumo el trabajo en el restaurante. Algunas no hemos tenido tu suerte. Necesito expedientes excelentes si pretendo entrar en la universidad, porque nadie va a pagarme la carrera si no me saco una beca o me dejo los lomos echando horas.

Sé que no lo ha dicho con mala fe, pero él conoce mi situación mejor que nadie. Sabe exactamente por qué trabajo y las dificultades que arrastro, por lo que el comentario me escuece más que nada en el mundo.

—Ava, no te estoy atacando, solo bromeaba. Perdona, no sabía que te iba a sentar tan mal. De verdad que lo siento... Joder, no dejo

de cagarla contigo.

—Da igual. Olvídalo.

Llegamos a la playa que tanto nos gusta y Nico y Tana nos dejan en la zona de aparcamiento. Nos avisan de que tienen un par de recados que hacer y que volverán a por nosotros a última hora de la tarde. Descargamos las cosas del maletero y descendemos por el sendero hasta la cala, donde apenas hay un puñado de personas repartidas por la arena. Plantamos la sombrilla y extendemos las toallas; son unas toallas de playa amplias que siempre llevamos encima. La mía me la regaló su madre hace un par de años a juego con un capazo y un bikini precioso, aunque la prenda acabó desgastándose por el uso de pasarme horas y horas dentro del agua.

Me despojo del pantalón corto y la camiseta de tirantes, y le pido que me extienda la protección solar por la espalda. Hoy debo de tener la sensibilidad a flor de piel, porque un gesto que hemos repetido miles de veces me eriza el vello de la nuca al primer contacto.

—Es que no sé hacerlo de otra forma, Blancanieves —susurra muy cerca de mi oído, regalándome un beso fugaz que me arranca un suspiro.

—Pero esa parte sí que te la puedes ahorrar. Bosco, por favor...

—Me cuesta. Nunca ha habido barreras ni rarezas cuando nos tocamos, pero ahora es como si de repente todo se hubiera vuelto extraño entre los dos...

Me giro sobre la toalla para sostenerle la mirada, oculta tras las lentes oscuras. Le bajo las gafas de sol para verle los ojos, le tomo las manos y aprieto sus dedos entre los míos.

—Yo tampoco quiero esto, pero soy muy consciente de todo y no quiero que nada enturbie lo que tenemos.

—Es que resulta mucho más sencillo que todo eso, Ava —insiste con voz vehemente.

—No. Yo no soy para ti.

Se zafa de mi agarre y se pone en pie enfadado. Deja las gafas abandonadas sobre la toalla y se quita la camiseta con malos modos. Camina a zancadas hacia la orilla y se zambulle sin

esperarme, nadando mar adentro con ese estilo que le han dado los años de entrenamientos en la piscina y al que yo jamás podría aspirar.

No lo sigo. Sé de sobra que en este instante necesita despejar la cabeza, y no hay mejor remedio para él que devorar metros o kilómetros a nado para intentar apaciguar el enfado. Piensa que para mí esto es facilísimo.

No lo es.

Si no fuera por la mierda que arrastro y que me asfixia por dentro, ni siquiera me lo pensaría un segundo. Bosco es perfecto: es dulce, atento, cariñoso, responsable, el mejor amigo con el que alguien pudiera soñar y, salvo por ese rincón oscuro de mi pasado donde no le permito el paso, me conoce mejor que nadie. Sería el mejor chico al que yo pudiera aspirar jamás.

Ignoro cuánto tiempo transcurre hasta que veo que aminora el ritmo y cambia el rumbo para regresar a la costa. Me levanto de la toalla, cubro las mochilas para protegerlas del sol y me encamino hacia la orilla para esperarlo.

Sale del agua como si fuera un ser acuático, como un tritón con piernas. Se aparta el pelo mojado de la cara y aunque no sonríe como es habitual, intuyo que su enfado ha cedido y está más relajado.

—Bosco… —Se detiene justo delante de mí, y con las manos mojadas, retira el pelo de mi cara. Trato de hacerme una trenza, pero el aire no deja de desbaratarme los mechones.

—Déjame a mí.

No es la primera vez que lo hace. Y sí, me peina; mi pelo es fácil de domar, pero ahora lo llevo muy largo y, aunque en varias ocasiones he barajado la idea de pegarme un tijeretazo, siempre ha sido Bosco quien me ha persuadido para no tocarlo. Eso y que la melena corta me devuelve el reflejo de otra niña, en otra vida. Y yo no soy esa niña.

—Lo siento. No me gusta que estemos a la gresca, pero de verdad me da pánico que las cosas cambien entre nosotros. ¿Puedes entenderlo? —le pregunto mientras sus dedos hábiles me desenredan el pelo y despejan la cara.

—¿Sabes qué es lo que no alcanzo a entender, Ava? —Prefiero mil veces que me llame Blancanieves, al menos en momentos tan tensos como este, porque el matiz con el que pronuncia mi nombre en este instante no me gusta nada. Niego con la cabeza—. ¿Por qué Dani sí y yo no?

Termina de cruzar la trenza y busca la goma elástica que suelo llevar en la muñeca. La anuda en el extremo y me giro para encararlo antes de responder.

—¿Qué crees que pasó con Dani? —le pregunto. Se encoge de hombros pero tengo claro que piensa que me acosté con él, del mismo modo que yo sé que él lo hizo con Natalia—. Nada, Bosco. Ni siquiera nos dimos un beso como el de anoche. Y eso es lo que me da pavor que ocurra contigo, porque significaría la sentencia de muerte de nuestra amistad. No creo que sea capaz de acostarme con nadie en la vida. Mi cuerpo se bloquea por completo, no tolera el contacto físico y... y no soportaría descubrir en ti una mirada que no fuera la limpia y sincera de siempre —confieso, sintiendo cómo el llanto brota a borbotones sin que logre contenerlo.

Me abraza pegándome a su cuerpo y yo rodeo su cintura con mis brazos, sintiéndome en casa, en un hogar del que nunca me querría marchar pero al que sé que no pertenezco.

—No llores, Blancanieves... Shhh, tranqui. Seguiremos siendo amigos, pero no llores, por favor.

Cuando por fin logro serenarme, me alza el rostro y me taladra con sus ojos oscuros. Se sacude el exceso de agua de las palmas y me limpia el rastro de las lágrimas con los pulgares, antes de rozarme los labios con un beso efímero. Nada que ver con la intensidad de la noche anterior, un beso que jamás olvidaré pero que no debe repetirse. A continuación, me toma de la mano y caminamos hasta donde dejamos las toallas.

Me acomodo sobre la toalla y él imita mi gesto, tirando de mí con suavidad para que recueste la espalda sobre sus piernas y la tela de la sombrilla me proteja el rostro del sol.

—¿Algún día confiarás en mí para contármelo todo? Te prometo que nada cambiaría entre nosotros —insiste en voz baja—. No puede ser peor que cualquier aberración que yo me alcance a imaginar.

—¿Y no podemos dejar las cosas como están? —respondo, encajándome las gafas de sol para eludir su mirada.

—Ava, si es un trauma que te sigue bloqueando el cuerpo incluso después de haber pasado años en terapia, no. No puedo dejarlo estar sin más.

Guardo silencio. Dejo que el sol de la tarde, la brisa cálida del mar, el murmullo acompasado de las olas y las voces lejanas de los bañistas calmen mi corazón y todos los sentimientos que andan agitados estos días.

Sus dedos se entretejen en los mechones sueltos que se han escapado de la trenza, acariciándome el rostro y las sienes mientras deja escapar algún suspiro. No puedo darle una respuesta, o no la que necesita y sé que esa impotencia lo carcome por dentro, pero prefiere no presionar más, al menos por ahora.

—Bueno, Blanca, dime que en esa mochila viene uno de esos bocadillos de tortilla que te salen tan bien —suelta al rato, rebajando la tensión.

—Pues claro. ¿Y tú qué has traído en la tuya? —pregunto, incorporándome un poco, consciente de que si saca el tema es porque las tripas le rugen. Y eso que apenas sobrepasamos el mediodía, aunque conociendo a su madre seguro que nos ha preparado provisiones para diez personas.

—No sé si me apetece compartirlo contigo, la verdad... Por no contarme lo que te apena.

—Tu sabrás si quieres bocata de tortilla o no.

—Tengo mis propios métodos para convencerte —amenaza con sorna.

Sé de sobra que su intención es acribillarme a cosquillas, así que, antes de darle margen de reacción, intento ponerme en pie para salir huyendo hacia el agua. No me sirve de nada: me atrapa al vuelo, me arrastra de nuevo a la toalla y da comienzo a su «tortura» particular.

—¡No, no! ¡Para, por favor! Te juro que es la última tortilla que te preparo en la vida, Bosco, ¡suéltame!

Y me suelta. Pero lo hace quedándose a horcajadas sobre mi cuerpo, a escasos milímetros de mi boca. La carcajada de hace unos

instantes se transforma de golpe en algo mucho más denso y abrasador. Traga saliva con dificultad, se zafa del trance y se deja caer a mi lado sobre la arena.

—Gracias —murmuro.

Me observa con gesto confundido.

—Por detenerte a tiempo —aclaro—. Y no hace falta que pongas esa cara, que no me refiero a las cosquillas.

Se pasa la mano por el pelo como hace cuando está agobiado, deja escapar un suspiro y yo busco su otra mano para apretarla entre las mías.

—Dani no te merecía —suelta por fin, mirando hacia el horizonte.

—Él no tiene la culpa de mis taras. Ni él ni tú.

—No vuelvas a decir eso —me ataja—. No te menosprecies jamás, y menos delante de mí. Algún día llegará tu momento, Ava. Pero ese tipo es un gilipollas integral; me alegro un montón de que le dieras la patada.

—No fui yo la que cortó la relación —admito en voz baja.

—Me da igual. —Sigue sin mirarme y entonces me doy cuenta de algo en lo que no había reparado hasta este instante.

—Joder... Tú le rompiste la nariz, ¿verdad? Fuiste tú el que le dejó el ojo morado y... No, Bosco. Por favor, no vuelvas a hacer algo así. No te metas en líos por mí. Nunca.

—Eres la única persona por la que lo he hecho y por la que lo seguiré haciendo —responde, encarándome por fin con la mirada encendida—. Tú no tuviste que oír las barbaridades que soltó sobre ti. Y bastante suerte tuvo de que David, Josi y Samu entraran en ese momento al vestuario; la cosa habría acabado mucho peor, porque encima es un mierda que no sabe ni defenderse.

—Yo no merezco que te le juegues por mí. Tienes un apellido, tus padres son muy conocidos, podrías buscarte un lío.

—Me importa un pimiento —sentencia—. Un tío capaz de expresarse así de una chica merece todo lo malo que le ocurra. Y lo dijo a sabiendas de que yo estaba delante. Por eso te lo repito: no te menosprecies. Nunca.

Puntualiza la última frase con un deje de rabia mientras aprieta la mano que mantenemos enlazada.

Saco los bocadillos de la mochila con la intención de zanjar el asunto. Le tiendo el suyo, que acepta con poco entusiasmo. La jornada se está torciendo y me siento fatal. Él y su familia han logrado que cada cumpleaños desde que llegué a esta ciudad fuera una fecha especial, haciéndome sentir querida del mismo modo en que lo hacían mis abuelos. Hoy, sin embargo, un enorme elefante invisible se ha sentado entre los dos sobre la toalla sin que ninguno de los dos sea capaz de mandarlo a paseo.

—Bosco... ¿podemos dejar todo esto al margen por lo que queda de día? Vosotros conseguís que mi cumple sea una fecha bonita y hoy todo es diferente.

—Tienes toda la razón, Blancanieves —admite, esbozando una sonrisa—. Es tu día y tiene que ser maravilloso, tal como te mereces. Mira lo que me he traído.

Rebusca en el fondo de su bolsa y saca una bolsa llena de chuches, patatas, Doritos, y un recipiente hermético en cuyo interior adivino un bizcocho. Junto al táper saca dos velas de cera con la forma del número diecisiete. Él ha logrado que las apague cada año.

—¿En serio has traído tarta a la playa?

—Bizcocho del que te gusta, por supuesto. ¿O acaso pensabas que este año te ibas a quedar sin apagar las velas? Bueno, sin extinguirlas de un soplido, que ya sé que prefieres matarlas con los dedos para no soplar.

Pasamos un día divertido, dejando en pausa los temas espinosos que yo prefiero no remover y que él ansía descifrar. Cerca de las seis de la tarde comenzamos a recogerlo todo tras habernos zambullido una docena de veces, haber jugado en la orilla como cuando éramos más jóvenes y haber dado buena cuenta de las provisiones, apagando las velas tras entonar *Cumpleaños feliz* en un perfecto inglés.

Nico nos llama al teléfono justo cuando salimos de las duchas de la playa, limpios de sal y arena.

—Y ahora, Blanca, una ducha y te pones guapísima, más si eso es posible, y a las nueve te pasamos a buscar, que nos vamos de cena y de fiesta —me dice al sentarnos en el coche de Nico.

—Nene, ¿recuerdas que tú y yo tenemos diecisiete años y que no nos dejan entrar en casi ningún local nocturno?

—No te preocupes por eso, Ava, —interviene Tana desde el asiento del copiloto con una sonrisa misteriosa. Es mejor no pedirle explicaciones cuando se pone en ese plan porque es muy peligrosa.

—Ah, y te quedas a dormir en nuestra casa —añade Bosco.

—¿Qué? No, de eso nada. Mañana curro, no puedo recogerme a las mil.

—Entras a trabajar a las tres de la tarde, no seas dramática. Diviértete.

—¿Ahora ejerces de agenda personal? —le pregunto, divertida.

—Si tengo que serlo, lo soy.

Le doy un manotazo y finge dolor, hasta que al final los dos acabamos muertos de risa con las miradas de su hermano y su cuñada clavadas en nosotros desde el retrovisor.

Una vez en el piso, María —a quien le corresponde el turno de noche— me echa una mano para revisar el armario. No es que tenga grandes opciones, pero entre sus ideas y lo poco que hay en las baldas, apañamos un *outfit* más o menos adecuado para el plan, ya que pretenden cenar en la zona de Puerto Marina y tomar algo después.

Me decanto por el mono que me regaló la madre de Bosco para la graduación de la ESO y que solo me puse esa vez, pese a que mi amigo me lo recuerda cada dos por tres. Es de un tono rojo intenso, con cuello de estilo *halter*, la espalda descubierta y la pierna ancha; resulta vistoso sin caer en lo estrafalario. Lo compagino con unos pendientes de aro que me regaló May antes de marcharse hace unos meses y unas sandalias de esparto con cuña bastante cómodas.

Me recojo el pelo en una trenza, casi siempre lo llevo así, pero es que me resulta práctico, me despeja el cuello del calor y evita que el pelo se me enrede con la humedad de la costa, que a veces lo vuelve indomable.

Un bolso pequeño colgado del hombro y quedo lista. En cuanto suena el timbre del portal, me apresuro a bajar para no hacerlos esperar.

—Estás guapísima, Ava —me dice Ana, la pequeña que, tras un breve e infructuoso periodo de convivencia con sus padres, regresó al piso de acogida para quedarse de forma definitiva. De aquello han transcurrido ya más de dos años.

—Gracias, princesita. Tú siempre lo estás.

—De mayor yo quiero conseguir un novio como el tuyo, que me saque a cenar por ahí el día de mi cumpleaños —añade ilusionada. Pobre criatura, si supiera la verdad...

—Cariño, Bosco solo es un amigo. Mi mejor amigo.

—Bueno, pues me da lo mismo. —concluye, abalanzándose sobre mí para rodearme la cintura.

La estrecho contra mi pecho y le deposito un par de besos en el pelo, que conserva todavía ese olor infantil tan característico.

María me guiña un ojo al salir, y le recuerdo que pasaré la noche en casa de Bosco. Cuelgo del hombro la mochila con la ropa para el día siguiente y salgo al encuentro de mi amigo, que me aguarda en la puerta como de costumbre.

—Wow… Por fin me concedes el privilegio de verte de nuevo con ese modelito. Estás preciosa, Blancanieves —murmura, depositando un beso cálido en mi mejilla.

—Anda, tira, que eres un pesado.

Lo pasamos muy bien, nos reímos y, por unas horas, me logro abstraer de los fantasmas del pasado para centrarme en lo único que importa en este instante: mis amigos y el presente.

Nada más.

Nada menos.

8

UN AÑO MÁS



«Sigue tu camino, no debo abrirle la puerta a nadie. —Pero mirar sí que podrás —dijo la anciana y, sacando el peine envenenado, lo sostuvo en alto».

— BLANCANIEVES. JACOB GRIMM.

Aunque tanto Bosco como su madre me insistieron para que pasara la semana de vacaciones del restaurante con ellos en una casa que alquilan en Zahara de los Atunes, y a pesar de lo mucho que me habría gustado disfrutar de esos días como una chica «normal» de mi edad, volví a negarme.

Un año más.

Un verano más.

No me parecía justo darme la gran vida mientras mis compañeras de piso pasaban los meses de calor encerradas con las educadoras. De modo que me quedé, como he hecho cada verano desde que ingresé en el centro. En cierto modo, siento que les debo ese pequeño sacrificio por todo lo que hacen por nosotras. Es verdad que las educadoras están cumpliendo con su jornada laboral —como siempre me recuerda Lorena—, pero soy consciente de que su nivel de implicación va muchísimo más allá de lo que exige su contrato.

Septiembre regresa y, con él, la rutina, las clases, el último curso del instituto y un puñado de decisiones trascendentales que sé que mucha gente no entenderá. Pero se trata de mi vida y son mis decisiones.

Nada más arrancar el curso me pongo a investigar las alternativas a mi alcance. Mantengo varias conversaciones con la directora del colegio, que tanto me ha facilitado las cosas estos años, sobre todo con la gestión de las becas que me han permitido estudiar el Bachillerato en este centro privado. Antes de Navidad ya tengo decidido a qué universidad voy a presentar mi solicitud, gracias a un programa combinado de becas a la excelencia académica y ayudas socioeconómicas. Eso no quita que, en cuanto me instale en mi nuevo destino, busque un trabajo a tiempo parcial para cubrir los gastos extras o por si mis calificaciones flaquean por cualquier imprevisto.

Tengo pendiente abordarlo también con Mariana, la madre de Bosco. Ella es la única que intuye mis intenciones, aunque todavía no tengo la menor idea de cómo voy a planteárselo a su hijo. Él da por sentado que el año que viene continuaré mis estudios aquí, en la Universidad de Málaga. Incluso ha insinuado en más de una ocasión la posibilidad de que me instale en su casa en cuanto cumpla los dieciocho años y la Junta de Andalucía deje de tutelarme. Sé que existen prórrogas y excepciones, pero me niego en redondo a ser una carga. Soy perfectamente capaz de valerme por mis propios medios. Llevo año y medio compaginando el trabajo con los estudios y podré seguir haciéndolo hasta alcanzar mi meta.

Si algo tengo claro es que quedarme aquí no representa una alternativa real. Bosco sigue esperando una oportunidad que yo jamás podré ofrecerle, y la única forma de permitirle seguir adelante es poniendo distancia de por medio, aunque otro trozo de mí se quede por el camino.

—Blancanieves, ¿estudiamos juntos Lengua? —me pregunta nada más pisar el aula, tres días antes del examen de la primera evaluación.

—Dime que no lo has dejado todo para el último momento, como de costumbre, porque esta tarde me toca turno en el restaurante —

le pido.

Siempre hace lo mismo. Es verdad que posee una inteligencia brillante y le basta un par de lecturas para ponerse al día, pero dudo que esa estrategia le sirva el curso que viene, cuando tenga que enfrentarse a tochos infumables de Derecho en cada cuatrimestre.

—No me fastidies, ¿en serio? Pero si hoy no te tocaba trabajar... —protesta. Lleva el control de mis horarios mejor que yo. Tiene razón, no me correspondía turno, pero un compañero ha caído enfermo y me ha tocado cubrirle la baja.

Niego con la cabeza, mientras recojo la carpeta y los bolis. Él sigue encaramado al borde de la mesa como si los exámenes no fueran con él.

—¿Ves por qué te repito que no dejes las cosas para el final? Eres un caso perdido; te va a tocar estudiar a ti solo. Lo siento. Tampoco te va la vida en ello, así que no te pongas dramático. Mañana puedo repasar un rato contigo si quieres, pero hoy me resulta imposible. Y mañana solo un poco, que también tengo el examen de Biología.

—Vaaale, no te enfades, que serás la primera a la que lleve a dar una vuelta en cuanto me saque el carné de conducir —cede, bajando de un salto de la mesa para colgarse la mochila al hombro —. Al menos comeremos juntos, ¿no?

Seguimos haciéndolo todo juntos. Soy incapaz de evitarlo —o quizás no quiero hacerlo, no lo tengo del todo claro—, y por eso necesito que esta etapa concluya en cuanto termine el curso, o al menos cuando el verano llegue a su fin.

—Tengo que pasar a por el uniforme. Entro a las cinco — improviso una excusa que suena demasiado vaga.

—Hay tiempo de sobra.

Salimos juntos del edificio y nos dirigimos hacia la Vespa. Se la trae a diario desde que empezamos el curso; sospecho que lo hace únicamente para recogerme a la salida y llevarme a los sitios cuando no trabajo.

Desde la conversación que mantuvimos el día de mi cumpleaños no hemos vuelto a rozar esos temas espinosos. Yo no he vuelto a salir con nadie. Él tampoco. Nos limitamos a movernos los dos solos

o, de forma ocasional, con su grupo de amigos o con su hermano. Casi siempre los dos solos, eludiendo con cuidado cualquier conversación comprometida.

Tras pasar por el piso a recoger el uniforme, nos desplazamos a su casa, que queda mucho más cerca del centro comercial donde trabajo. Maite nos sirve una comida copiosa, digna de un banquete. A lo largo de estos años le he cogido un cariño enorme; a pesar de ser la empleada del hogar de mi amigo, nos trata como si fuéramos de su propia familia, o al menos así lo percibo yo por los recuerdos que conservo de mis abuelos.

—¿Quieres que repasemos un poco ahora? —le propongo tras llevar los platos sucios a la cocina y dejarlos en el lavavajillas. Sus padres no suelen regresar a comer a mediodía y hoy parece ser uno de esos días.

—No, descansa un rato. Subamos a mi habitación a escuchar música hasta que tengas que marcharte —sugiere. La propuesta resulta infinitamente más tentadora que mi idea inicial. Me tiende la mano regalándome esa sonrisa suya con hoyuelos y la acepto sin dudar.

Como cada vez que nos refugiamos en su cuarto, nos acomodamos en la cama. De momento me quedo sentada en el borde mientras él busca entre los discos de vinilo de su abuelo algo adecuado para poner en el reproductor.

Cuando los primeros acordes de *Storybook Love* comienzan a fluir por los altavoces, me doy cuenta de que ha seleccionado la banda sonora de *La princesa prometida*, esa película que hemos visto mil veces durante estos años y que nos encanta a los dos. Por lo visto, su abuelo era o es un gran fan de Mark Knopfler. Deja el LP girando en el tocadiscos y se acerca a mí con una sonrisa. Se tiende en la enorme cama y da un par de palmadas sobre el colchón para indicarme que me acomode junto a él.

No me lo pienso dos veces. Este rincón es mi lugar seguro.

Y porque a él sí que voy a echarlo de menos cuando todo esto termine.

—Buena elección. Aunque corro el riesgo de quedarme frita —bromeo, sabiendo de sobra que esta música le remueve demasiados

recuerdos.

—Como te duermas, saco a pasear al monstruo de las cosquillas y verás qué rápido se te pasa el sopor —amenaza, acercándose a mi costado con las manos en forma de garra.

—Te juro que te vomito los garbanzos encima si se te ocurre tocarme —advierto entre risas—. Maite se empeña en ponerme raciones como si fuera la única comida decente que hago en la semana.

Once Upon a Time empieza a sonar a continuación. Sin embargo, tal como auguraba, mi resistencia dura lo que tardan en caer las primeras canciones. Tras *I Will Never Love Again* y *The Friend´s Song*, el cansancio me vence por completo. No vuelvo a ser consciente de nada hasta que la voz baja de Bosco cerca de mi oído me rescata del sueño. Son las cuatro y media pasadas; nos toca salir a toda prisa.

—Desde luego, Blanca, menuda marmota estás hecha.

—Si no me has espabilado antes significa que tú también te has quedado traspuesto, no me jodas. Qué cara tienes. Venga, que nos toca salir pitando. Y nada de hacer el loco por la carretera, Valentino —se la devuelvo, haciendo alusión al piloto de Moto GP que sé que le chifla, aunque con su Vespa de cuarenta y nueve centímetros cúbicos poco margen de maniobra tiene.



Quiero preparar algo especial para el cumpleaños de Bosco. Él siempre tiene gestos increíbles conmigo y yo llevo meses apartando un pellizco de mi sueldo con este objetivo, pero la verdad es que me encuentro en un callejón sin salida. Bosco lo tiene prácticamente todo. Y lo único que desearía de verdad... eso no se lo puedo dar.

Aun así, se me pasa por la cabeza la idea de organizar una escapada solos los dos, aunque solo sea en plan de amigos.

He quedado con Tana en una cafetería coqueta del centro de Málaga para ver si me echa un cable con la logística. He bajado

corriendo en cuanto he completado mi turno en el restaurante. Solo falta una semana para el cumpleaños de Bosco y, con las fiestas navideñas a la vuelta de la esquina, todo el mundo anda de cabeza.

—A ver, Ava, la idea es fantástica, pero ¿a dónde pretendes ir? Y, sobre todo, ¿a tus educadoras les parecerá bien? —me pregunta Tana.

—Ya he hablado con ellas y no hay ningún inconveniente. El problema es que no se me ocurre ningún destino adecuado. ¿Tú crees que Mariana sabrá qué le apetecería?

—¿Y si voláis a Barcelona para ver un partido de fútbol? —propone Tana, encendiéndosele la mirada—. Ya sé que para ti puede resultar un tostón insufrible, pero él lo disfrutaría como un crío. Que dejara el equipo no significa que haya perdido la pasión por el fútbol...

—Oye, pues es una idea buenísima —el entusiasmo inicial empieza a desinflarse a medida que calculo el coste de la operación —. El problema es que no creo que me llegue el dinero.

—Hagamos una cosa: déjame a mí la reserva del hotel y las entradas, y tú te encargas de gestionar los billetes de avión. Lo hablo esta noche con Nico y lo cubrimos entre los tres.

—Vaya mierda de regalo entonces —protesto, contrariada—. Ni lo pago yo sola, ni lo he ideado yo sola... Menuda amiga de chichinabo estoy hecha.

—Ava, el simple hecho de que se lo propongas le va a alucinar.

Le doy vueltas a la propuesta en la cabeza, pero, de forma repentina, deja de parecerme tan buena idea.

—Creo que es un error —sentencio al fin.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso? —pregunta Tana desconcertada, posando la taza de café sobre la mesa con brusquedad.

—Porque con un viaje así solo voy a conseguir alimentarle unas expectativas que no son reales, y me niego a confundirlo. No, es mejor buscar una alternativa. Siento haberte hecho perder el tiempo, Tana. Seguro que tienes mil cosas mejores que hacer. —De pronto me invade un agobio sofocante; necesito volver al piso, encerrarme en mi cuarto y no asomar la cabeza hasta agosto.

Tana acerca su silla a la mía, me toma de la mano y me clava una mirada serena.

—Cariño, todas las expectativas que Bosco pudiera hacerse contigo se las hizo hace muchísimo tiempo. Y conoce perfectamente cuál es tu postura. No la comprende del todo y nosotros tampoco, si te soy sincera, pero aun así la respeta al milímetro. Te respeta a ti. Lo que no quita para que conserve la ilusión de que en algún momento cambies de parecer.

—¿Tú...? ¿Vosotros sabéis lo mío? Es decir, ¿sabéis que yo no...?

—A ver, Ava... Nico y Bosco se lo cuentan prácticamente todo. Y esto que te voy a decir es estrictamente confidencial —me regala una sonrisa para rebajar mi tensión—: mi cuñado está…

—Ya... Lo sé, pero es que...

—Cariño, no me des explicaciones. Yo no estoy aquí para juzgarte, eso se lo dejo a los colegas estirados de mis suegros. Yo solo quiero que la gente que me importa sea feliz, y por eso me da rabia veros a Bosco y a ti tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. Porque me juego el cuello a que para ti él también es importantísimo.

—Precisamente por eso no me puedo permitir hacerle daño. Y si doy ese paso, terminaría destruyéndolo.

—Está bien. Pensemos en otra opción entonces.

Al final, el regalo se concreta en una excursión de un día entero a bordo de una de las embarcaciones del puerto deportivo de Puerto Marina. Los dos solos. Bueno, sin contar al patrón encargado de gobernar el barco, o como quiera que se llame.

Cuando regresamos a puerto me propone quedarnos a cenar en una de las pizzerías del paseo, a pesar de que el aire refresca al caer la tarde y de que, al estar en pleno enero, apenas hay un alma por la zona. Como de costumbre, soy incapaz de negarme a sus planes.

—Gracias, Ava —murmura. *Uy, mi nombre... Nada de Blanca ni de Blancanieves...*—. Ha sido un día inolvidable.

Su mano busca la mía por encima del mantel. En medio del murmullo apagado de la terraza, lo único que alcanzo a percibir es el galope acelerado de mi corazón y el tacto cálido de su piel, una

sensación tan familiar, tan reconfortante y, al mismo tiempo, tan lejana para mí.

—No era este el plan inicial, pero... —Maldita sea, me resulta imposible morderme la lengua cuando se trata de él—. No quería que te hicieras falsas ilusiones.

—Nena, llevo casi cinco años haciéndome ilusiones, esperando algo que no llega, y ya casi me has terminado de convencer de que no sucederá jamás. No te preocupes. Prefiero tenerte como amiga antes que no tenerte de ninguna forma. Supongo que algún día uno de los dos cambiará de parecer.

No lo expresa en voz alta, pero estoy convencida de que conserva la fe en que sea yo quien dé el brazo a torcer. Se me parte el alma al contemplar la forma en que me mira, cómo acaricia mis dedos y cómo se los lleva a los labios para depositar un beso delicado en cada uno de ellos. Para colmo de males, hasta el hilo musical del local parece aliarse en nuestra contra en este instante, reproduciendo los primeros acordes dramáticos de *Total eclipse of the Heart*.

Esbozo una sonrisa a duras penas. Es verdad que lo hemos pasado en grande y que el tiempo ha dado una tregua espléndida para la época, pero el cansancio de la tensión acumulada me pasa factura y necesito regresar cuanto antes a la seguridad del piso.

—Menuda selección musical tienen puesta. Dan ganas de tirarse directamente al mar... Dios, qué tristeza.

—Venga ya, Blanca, si la canción es un temazo —protesta con una leve carcajada—. Bueno, vale, a lo mejor es un poco melancólica, pero preciosa.

Pedimos un postre para compartir y, sin darnos cuenta, nos quedamos solos en la sala, perdidos en una conversación que salta de un tema a otro con tal de no rozar nada importante. Solo cuando el camarero nos deposita la cuenta en la mesa —sin que se la hayamos solicitado— nos percatamos de que han apagado la mitad de las luces.

—Madre mía, si es tardísimo y no queda nadie, Bosco. Menos mal que es sábado y has traído el coche.

Se sacó el carné de conducir pocos días después de su cumpleaños tras completar un puñado de clases prácticas, y esta noche ha tomado prestado el coche de su madre para venir hasta aquí.

Paga la cena argumentando que, ya que yo lo he invitado a la excursión en barco, a él le corresponde correr con el restaurante. Este último curso ha comenzado a dejarse ver algunas tardes por el bufete de sus padres para realizar tareas administrativas, ponerse al día con el archivo o familiarizarse con el papeleo, lo que le permite disponer de algo de dinero propio. Mantiene sus entrenamientos de natación y sigue cosechando calificaciones impecables, aunque ni siquiera las necesite para acceder a la carrera que ha elegido.

Caminamos hacia la zona donde dejamos el vehículo por la mañana mientras la brisa salada del puerto se vuelve más intensa. Me estremezco por el frío y, sin pedir permiso porque sabe que no lo necesita, Bosco me rodea la cintura con un brazo y me apega a su costado, regalándome un beso en el pelo que me vuelve a encoger el estómago.

El trayecto de vuelta a la ciudad lo hacemos en silencio; ni siquiera hemos puesto música. Una nube incómoda se ha instalado entre los dos desde hace un rato, cada vez son más frecuentes estos silencios que no me gustan y no sé como aliviar.

Al llegar a la puerta de mi edificio detiene el motor, como de costumbre, y se baja del coche para acompañarme hasta el portal.

Me sostiene una mirada tan profunda que siento que me traspasa la piel. De forma instintiva, alzo la mano y le acaricio el rostro; él cierra los ojos un instante y apoya la mejilla sobre mi palma. A continuación, posa su mano sobre la mía, que cobra calor al instante.

Abre los ojos y me contempla. Su expresión es triste, apagada, y me destroza por dentro.

—Ava, sería tan fácil... —murmura.

Ahora es su pulgar el que se desliza por mi mejilla hasta acariciar con extrema lentitud mi labio inferior. Soy yo quien cierra los ojos para saborear la suavidad de sus dedos contra mi piel. Un segundo. Tan solo uno.

Me aparto de su contacto a pesar de mi voluntad, depositándole un beso rápido en la mejilla antes de dirigirme a la puerta. Me detiene sujetándome de la muñeca, reteniéndome unos instantes más mientras sus ojos oscuros se encuentran con los míos.

—Ava…

—Hasta mañana, Bosco —alcanzo a articular, zafándome con delicadeza de su agarre antes de deslizarme a toda prisa hacia el interior del edificio.



Los meses siguientes transcurren envueltos en un ambiente extraño. Bosco pasa cada vez más tiempo en el bufete y a mí me han concedido un aumento de horas en el restaurante. Les expliqué que necesitaba condensar mis jornadas antes de las dos semanas previas a Selectividad, ya que las dedicaré por completo a estudiar. Mi objetivo es obtener la excelencia académica y aprovechar al máximo cada minuto disponible. Apenas nos cruzamos y, cuando coincidimos en las pocas asignaturas comunes, se palpa en el aire que algo se ha roto, por mucho que los dos nos esforcemos en disimularlo.

Incluso su madre se ha percatado de que algo va mal entre nosotros. Me llama por teléfono unos días antes del primer examen para invitarme a merendar, en una época en la que ni siquiera hemos quedado para repasar juntos las materias que compartimos.

Pasa a buscarme a la salida del instituto una tarde en que «sus chicos» —como le gusta llamar a su marido y a sus hijos— se hallan reunidos en el despacho con un cliente importante. Ignoro qué pinta Bosco en una reunión de ese calibre cuando ni siquiera ha empezado la carrera, pero prefiero no indagar.

—Ava, cielo ¿todo va bien? —me pregunta en cuanto nos acomodamos en la cafetería.

—No lo sé. Supongo que no —admito, fijando la vista en la mesa —. Imagino que tu hijo por fin ha asumido que no soy la persona

que él esperaba y está marcando distancias. Algo que deberíamos haber hecho hace muchísimo tiempo, por más que duela.

Siento cómo la voz se me quiebra a medida que pronuncio las palabras. Estos meses desde su cumpleaños se me han hecho insoportables. No es que nos hayamos peleado; ha sido un distanciamiento progresivo, hasta el punto de que apenas coincidimos porque ya no tenemos clase, y ni nos enviamos mensajes ni nos llamamos.

—Ay, cariño. ¿Qué puedo hacer por ti? —pregunta Mariana, envolviendo mis manos entre las suyas.

—Nada. Es lo mejor que podía pasar. Sabes de sobra que me marcharé en algo más de un mes, de modo que esto nos allana el camino, después de todo. ¿Se lo has contado ya?

Solo ella conoce mi decisión de mudarme a Madrid a mediados de agosto.

—No —responde de inmediato—. Esa es una conversación que os corresponde tener a vosotros dos. Solo he hecho las gestiones con mi amiga, la dueña de la *boutique* con la que hablaste por teléfono, y nada más. Estuve revisando la documentación de la universidad que me dijiste y me parece una buena elección. Su programa de becas de excelencia es magnífico y las ayudas de posgrado también. Es verdad que no disponen de los másteres específicos en los que estás interesada, pero para eso aún queda mucho tiempo y ya surgirán otras alternativas. Y, Ava... —se interrumpe un segundo, sopesando las palabras con cautela—. Puedes contar conmigo para lo que necesites, siempre. No le diré una sola palabra a mi hijo, puedes estar completamente segura. Por mi boca no sabrá nada. Y, por supuesto, si precisas ayuda económica o de cualquier otro tipo en Madrid, me lo dices. Nadie más lo sabrá. Te prometí en su día que tu pasado quedaría protegido y esto no es diferente.

Un nudo enorme me oprime la garganta hasta dificultarme el paso del aire. Le doy un trago largo a la bebida, que me resulta insípida, e intento articular una respuesta sin conseguir que me salga la voz. Me limito a asentir con la cabeza mientras ella vuelve a apretarme la mano con ternura. Mariana representa lo más cercano

a lo que mi madre debería haber sido; lo que cualquier madre normal habría sido para su hija.

—Si ves que no eres capaz de compaginar las clases con el empleo en la *boutique*, dímelo y buscaremos otra opción —añade—. Pero eres tan bonita que encajarás a la perfección allí. Ya viste que cuando hicimos la videollamada con Ivette quedó encantada contigo.

—Gracias por todo lo que haces por mí —consigo murmurar por fin—. Te quiero muchísimo. Tal vez más adelante no estemos en contacto, pero me gustaría que supieras que eres alguien fundamental en mi vida.

—Cielo, puedes llamarme siempre que quieras. Yo también te quiero, Ava —responde con los ojos empañados—. Y me encantaría estar presente a tu lado cuando alcances cada una de tus metas.

—Lo sé, pero necesito hacer este trayecto por mis propios medios. No puedo continuar dependiendo de vosotros ni alimentando en Bosco esperanzas sobre algo que es inviable.

—Eres la única que lo considera así.

—Es posible. Pero no quiero destruir el cariño que nos queda. No creo que llegue a superar del todo lo que me ocurrió. Mira todo el tiempo que ha transcurrido y...

—Me contaste que os habíais besado en la playa y ahí no sentiste ningún bloqueo —interviene.

—No... O sí, no lo sé con certeza. Fuimos nosotros los que nos detuvimos. O fui yo la que le puso freno. Por favor, Mariana, no insistas en esa vía. No puedo hacerle esto a Bosco. No me perdonaría creerme capaz de dar el paso para descubrir después que soy incapaz de corresponderle.

—Está bien, no presionaré más —suspira, acariciándome el dorso de la mano—. Me habría encantado que te quedaras en nuestra familia, pero no puedo decir que no entienda tus motivos.



Los días previos a la Selectividad resultan una auténtica locura. Justo la tarde anterior a las pruebas, Bosco se presenta sin avisar frente a mi edificio. Me llama por teléfono en cuanto aparca abajo para pedirme que salga un momento.

No me lo pienso dos veces. Lo he echado mucho de menos. Mantener las distancias en clase sin cruzarnos apenas la palabra era una situación absurda que no tenía el menor sentido, por muchas barreras que intentáramos levantar.

Mi amigo me aguarda apoyado contra la puerta del coche de su madre. Viste un pantalón corto azul marino, un polo blanco de manga corta, deportivas impolutas y esa sonrisa radiante que tanto he echado en falta durante estas semanas de aislamiento.

Me acerco y, sin dudarlo un instante, me arrojo a sus brazos abiertos. Noto cómo aspira con fuerza el aroma de mi melena y un nudo se me aprieta de golpe en el estómago.

—Hola, Blancanieves —susurra contra mi pelo—. Te he echado muchísimo de menos.

—Y yo a ti —murmuro al separarnos despacio.

—Te invito a un helado y damos un paseo por la orilla. Apuesto a que no has parado de memorizar apuntes en todo el día.

Sonrío sin responder. Me conoce demasiado bien.

Nos acomodamos en el vehículo y veo que toma la dirección de La Carihuela. A estas horas dudo que encuentre estacionamiento con facilidad, pero la verdad es que me da exactamente igual.

Para mi sorpresa, descubre un hueco libre en el momento en que otro coche abandona la plaza, junto al hotel La Barracuda. Al bajarnos, me tiende la mano y la acepto sin dudar.

—Lamento haberme distanciado estos meses, Ava —se disculpa. *Uy, mi nombre otra vez...*—. Pensé que a lo mejor poner algo de tierra de por medio nos facilitaría las cosas. *Spoiler:* no ha servido de nada.

—Lo sé. Pero no he cambiado de opinión.

—No voy a insistir más ni a presionarte. Nunca. Lo entiendes, ¿verdad?

—Es que eres perfecto, Bosco, y te mereces...

—Ni se te ocurra decirme lo que me merezco —me interrumpe—. Soy yo quien debería decidirlo, ¿no te parece? En fin... ¿Bajamos a la arena? —señala el acceso a la playa.

Llevo un vestido de verano corto y unas sandalias sencillas. No hemos traído toallas ni nada, pero a mí no me preocupa en absoluto, de modo que me encamino con él hacia la orilla.

—¿Y qué pasa con mi helado? —le pincho con guasa para aligerar la conversación.

—Luego nos tomamos algo y el helado, ¿te parece?

Asiento con la cabeza mientras sorteamos a los bañistas que remontan las pasarelas de madera hacia las duchas. Alcanzamos la franja húmeda de la arena, donde todavía permanecen algunas familias con niños pequeños aprovechando las últimas luces del atardecer. En este instante, sin embargo, la playa entera parece quedar en penumbra y solo existimos los dos, mecidos por el rumor acompasado de las olas al romper sobre la orilla.

Nos sentamos a una distancia prudencial del agua para evitar que la marea nos moje la ropa. Bosco se ha descalzado al pisar la arena, yo he hecho lo mismo. Juego con la arena entre mis dedos que ahora lucen las uñas pintadas sin mucho tino, ya que fue la más pequeña del piso de acogida la que se empeñó en arreglarme las manos hace un par de tardes.

—¿La señorita Martín lleva las uñas pintadas de rojo? Que osadía la tuya —bromea, echando un vistazo a mis manos.

Le doy un empujón cariñoso con el hombro y él suelta una carcajada antes de pasarme el brazo sobre la espalda para atraerme hacia su costado. Vuelve a depositarme un beso tierno en el pelo.

—Me las pintó Silvia, la benjamina del piso. Dice que de mayor quiere ser maquilladora. Solo tenía ese bote y uno amarillo chillón, y comprenderás que el amarillo no era opción. ¿Cómo estás tú?

—Sobreviviré, no te preocupes. Aunque admito que me encantaría recuperar a mi mejor amiga —confiesa en voz baja, clavando la vista en el horizonte.

—Aquí me tienes —respondo, con un hilo de voz que suena poco convincente.

—¿Y mañana? ¿Y pasado? ¿Y dentro de un mes?

El corazón me da un vuelco. *¿Acaso le ha dicho algo su madre?*

—¿Cómo llevas los exámenes? —pregunto, desviando el tema a toda prisa.

—Qué habilidad tienes para salirte por la tangente —se ríe, meneando la cabeza—. Sigo sin comprender por qué prefieres la Biología a las Matemáticas. Todo bajo control, Blanca. De ti ni me molesto en preguntar: sé de sobra que vas a sacar la nota máxima. Precisamente por eso he venido a buscarte, para obligarte a despejar la cabeza. Bueno, y porque me moría de ganas de compartir un rato contigo.

Nos quedamos en la playa hasta que el sol se oculta tras las colinas. A continuación, caminamos hasta las duchas para quitarnos la arena de los pies y recorremos los metros que nos separan del puerto deportivo de Puerto Marina. Nos acomodamos en la terraza de un restaurante italiano al que hacía meses que no acudíamos. No me permite pagar la cena, de modo que me niego en redondo a pedir el postre para poder invitarlo yo a un helado en la cafetería contigua que tanto nos gusta.

No hablamos mucho. Sobre la mesa flota todo aquello que preferimos callar, las confesiones que debería hacerle pero que he decidido postergar hasta que concluyan las pruebas de acceso a la universidad. Ya carga con bastante presión sobre los hombros como para añadirle una preocupación sin solución. Al menos no la que él quiere.

Acordamos que pasará a recogerme en coche a primera hora para trasladarnos juntos a la sede donde se celebran los exámenes. Regresamos a mi piso a una hora prudente y esta vez sí recupera su antigua costumbre: se baja del vehículo, me acompaña hasta el portal y aguarda a que abra la puerta.

—Me ha sentado de maravilla este descanso. Gracias, Bosco —le digo, acariciándole el pelo despeinado por el viento de la costa.

Me sostiene la mano cuando recorro el contorno de su mejilla y se la lleva a los labios para depositar un beso suave en la palma.

—A mí también. No quiero volver a distanciarme de ti jamás —murmura.

Uff... Si supieras lo que se avecina...

—Me has dicho que sobrevivirás —le recuerdo sus propias palabras.

—Pero contigo viviría de verdad —suelta, asestando un golpe directo a mi coraza. Me quedo sin aliento—. Sé que hay algo que no me cuentas, y me duele casi más que lo otro, porque demuestra que no terminas de confiar en mí.

—Te lo contaré todo. Te lo prometo. Pero hoy no es el momento.

Se aproxima un paso más y me deja un beso cálido en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios, impregnándome la piel con el aroma de su perfume.

—Hasta mañana, Blanca.

—Hasta mañana.



Los exámenes pasan más rápido de lo que esperaba. Apenas me restan un par de turnos en el restaurante; les comuniqué en su momento que no continuaría durante el mes de julio. Nuestras calificaciones son excelentes; las mías un poco más altas, pero las de mi amigo son magníficas también. Respiro aliviada con las notas, consciente de que ya no tendré el menor contratiempo para obtener la beca de excelencia académica.

Bosco tampoco lo sabe, pero este verano sí me iré con ellos de vacaciones familiares. Mariana volvió a insistirme hace poco y considero que puede convertirse en una despedida bonita antes de mi partida. De modo que, antes de poner rumbo a Madrid la última semana de agosto, compartiré con ellos unos días.

Casi como un suspiro, como si el tiempo apretara el paso precisamente cuando más deseas que se detenga, llega mi cumpleaños y el quinto año residiendo en el piso de acogida. El veinticuatro de julio cumplo dieciocho años y, antes de trasladarme a mi nuevo destino, confío en obtener también el permiso de conducir. Nico se presta a darme lecciones prácticas en zonas poligonales sin

tráfico antes de iniciar las clases en la autoescuela; circular con más coches alrededor ya será otra historia.

El mismo día de mi cumpleaños me llega un mensaje de Bosco diciéndome que prepare un pequeño equipaje que nos vamos un par de días. Como es normal no tengo ni idea de qué habla, así que lo llamo de inmediato.

—*Felicidades, Blancanieves.* —responde en cuanto descuelga—. *Venga, que en media hora estoy en tu casa. No me hagas esperar*.

—¿Qué? ¿Pero qué dices? ¿A dónde se supone que vamos?

—*A celebrar tu cumpleaños como Dios manda. No todos los días se cumplen los dieciocho. Venga, ligerita: bikinis, ropa de playa y algo arreglado para esta noche y mañana. El reloj corre, tic, tac...*

Y corta la comunicación sin darme margen de réplica.

Abandono el dormitorio encaminándome a la cocina, donde tropiezo con Lorena. Al percibir mis pasos se gira sosteniendo una magdalena con una vela encendida mientras me entona el *Cumpleaños feliz* luciendo una sonrisa. Apago la mecha presionándola con las yemas de los dedos, como llevo haciendo desde niña, y ella me rodea con un abrazo cálido antes de instarme a preparar la maleta sin perder un segundo. O sea, que Bosco la ha metido en el *ajo*. Vaya par de dos.

El resto de mis compañeras se suman a las felicitaciones y me entregan pequeños detalles. La benjamina del grupo me regala un neceser minúsculo cargado de accesorios de maquillaje que me saca una sonrisa. Lorena opta por un libro titulado *Forastera*; leo la sinopsis de la contraportada y descubre que trata sobre viajes en el tiempo, no sé si eso me va a gustar mucho…

En un tiempo récord y con la ayuda de mi educadora, compongo el equipaje en la maleta pequeña que adquirí hace un par de semanas. Introduzco lo que me ha pedido Bosco junto a unas chanclas y un par de sandalias; tampoco es que disponga de una variedad excesiva en el armario. He preferido reservar cada euro para costearme la autoescuela y cubrir los gastos inminentes en Madrid.

—Pásalo bien, cariño —me despide Lorena cuando suena el timbre del interfono.

Bajo al portal arrastrando la maleta. Bosco se aproxima de inmediato para hacerse cargo del equipaje y acomodarlo en el maletero del vehículo.

—Hola, Blanca. Felicidades otra vez —dice, depositando un beso en mi mejilla demasiado cerca de la comisura de los labios.

—Gracias... Estás completamente chiflado, ¿lo sabes?

—No me tires de la lengua —responde con una sonrisa enigmática antes de cerrarme la puerta del copiloto.

9

DESPEDIDAS



«Blancanieves morirá —gritó—, aunque me cueste la vida».

— BLANCANIEVES. JACOB GRIMM.

Deja atrás Málaga y toma la autovía en dirección a Cádiz sin soltar prenda sobre nuestro destino, por más que le pregunto. Lleva la música bajita, como siempre; de nuevo el gusto musical de su abuelo nos hace compañía en el trayecto. *Logical Song* de Supertramp suena en primer lugar y, un poco más tarde, la voz pausada de Bosco tararea por lo bajo los versos de *Just the Way You Are*. Al llegar a la altura de Marbella, veo cómo acciona el intermitente y toma la salida. *Madre mía, que la vamos a liar...*

—¿Nos quedamos aquí? —inquiero, arqueando una ceja.

—¿En mitad de la autovía? —se mofa sin apartar los ojos de la calzada—. No, vaya mierda de regalo sería.

—Muy gracioso. A ver, Bosco... Estamos a finales de julio y en Marbella. Cualquier cosa por aquí cuesta un ojo de la cara. ¿Se te ha ido la cabeza o qué te pasa?

—Se me debió de ir hace ya bastante tiempo, sí, pero no tiene nada que ver con eso. Es tu cumpleaños, estuve trabajando precisamente para costear esto y, además...

No le permito completar la frase. *¿De verdad ha estado echando horas en el bufete solo para regalarme un par de días en la costa?* Y lo peor es que ya intuyo hacia qué complejo nos dirigimos. Lo mato. Lo mato y no dejo de él ni un solo pelo.

—¿Que tú qué? ¿Lo dices en serio? —le espeto, fuera de mí—. ¿Estuviste trabajando para hacerme un regalo? Definitivamente has perdido el juicio.

Accede a un aparcamiento privado mediante una tarjeta magnética, lo que me confirma que no es la primera vez que se deja ver por allí. Me cago en todo lo cagable.

En cuanto apaga el motor, abro la puerta y me bajo de golpe sin esperarlo. Me encamino a zancadas hacia el lado del conductor, le abro la puerta de malas formas y aguardo a que salga. Para colmo de males, me contempla con una mueca divertida.

—¿Eres idiota o qué te ocurre? Ah, no, claro... Que trabajar te ha sentado fatal y por eso has decidido traerme a un puto hotel de cinco estrellas un veinticuatro de julio. No puedo contigo, Bosco. Ve a recepción, cancela la reserva y volvámonos por donde hemos venido. No pienso dirigirte la palabra en lo que te queda de vida.

—Vas a hacerlo igual —suelta sin inmutarse, con un tono divertido que me descoloca.

—¿Cómo dices? —pregunto perpleja. *No puede ser... Mariana me prometió que no le diría nada.*

Sin darme margen a reaccionar, me agarra por la cintura y me pega contra la carrocería del coche. Se coloca a escasos centímetros de mí; demasiado cerca para todo lo que no quiero sentir.

—Tres cosas, Ava —murmura, clavándome la mirada—. Una: llevo mil años queriendo venir contigo a este sitio, sé de sobra que te morías por conocerlo y no existe mejor ocasión que ahora. Dos, y esta me hace parecer más rata de lo que soy: mis padres y el director del hotel son buenos amigos desde hace años. No lo sabía, pero al comentarle a mi madre que quería invitarte, habló con él y la estancia me ha salido tirada de precio. Y tres: mi dinero me lo gasto en lo que me da la real gana.

Puntualiza esta última frase deslizando la vista hacia mis labios, para luego ascender despacio hasta sostener la mirada de mis ojos.

A continuación, se despega de mi cuerpo lanzando un suspiro, dejándome sin un solo argumento al que agarrarme.

No estoy lista para esto y no es el momento adecuado. Tampoco él es la persona indicada. Él no.

Es probable que esa persona jamás exista para mí.

Lo que no puedo permitirme, bajo ningún concepto, es hacerle daño.

Subimos en silencio en el ascensor. La tensión que se ha instalado entre nosotros me resulta insoportable. Estar mal con él no es una opción viable y la angustia me oprime el pecho hasta el punto de faltarme el aire. Trato de respirar despacio pero, antes de alcanzar nuestra planta, se da cuenta de que algo me ocurre. Suelta el equipaje en el suelo acercándose a mí, me acuna el rostro entre las manos y me busca la mirada.

—Ava, respira, cariño… Despacio. Así, coge aire hondo. Mírame a los ojos y hazlo conmigo.

Consigo que el oxígeno regrese a los pulmones justo cuando el elevador se detiene con un leve temblor y las puertas se abren. Recoge las mochilas del suelo impoluto de la cabina —donde ahora reparo en que suena una melodía ambiental de esas insípidas que invitan a huir por las escaleras— y tira con suavidad de mi mano para salir al pasillo antes de que la puerta vuelva a cerrarse.

Lo sigo por un corredor decorado con un gusto exquisito y sobrio. Saca la tarjeta magnética del bolsillo y abre la puerta de una enorme habitación. Lo primero que llama mi atención es un ventanal imponente que ocupa la pared frontal de lado a lado, regalando unas vistas panorámicas al mar mediterráneo. El resto del mobiliario pasa desapercibido para mí, al menos en un primer instante. Atraída por una fuerza que no puedo controlar, me acerco al cristal, deslizo la hoja corredera y salgo a la terraza. El aroma salado resulta aquí mucho más intenso que en la ciudad y se entrelaza con la fragancia de las flores estivales del jardín inferior, donde la piscina refleja el cielo brillante.

No oigo sus pasos, pero sé que se ha colocado a mi espalda, en silencio, aguardando a que sea yo quien le diga algo.

—Bosco... —lo llamo con un hilo de voz apenas audible.

Antes de que termine de articular su nombre, ya está a mi lado.

—¿Estás mejor? —me pregunta, rodeándome la cintura con un brazo.

Sus dedos se cuelan por debajo del borde de mi camiseta, acariciándome la piel de la cadera y alterándome los sentidos.

—Lo siento —murmuro, bajando la cabeza—. Soy una desagradecida. Con todo lo que haces por mí, con todo lo que hace tu familia... y encima me pongo a protestar.

—Shhh... —deposita un beso en mi pelo—. No vuelvas a decir algo así. Solo queremos lo mejor para ti. Deja de cuestionarlo todo como si no te merecieras que te quieran. Ava, deja que la gente te demuestre su afecto de una vez. Sé de sobra que te vas a marchar, que nuestros caminos se van a separar y que me vas a romper en mil pedazos, de modo que al menos permíteme disfrutar a tu lado de estos días.

Escuchar esa afirmación tan tajante me deja helada. No se trata de una suposición o una indirecta: él lo sabe a ciencia cierta. Y no alcanzo a comprender cómo lo ha averiguado.

—¿Por qué dices eso?

Me giro un poco para encarar su mirada, que luce apagada, sin el brillo habitual.

—No hace falta que disimules más. Sé que no has solicitado plaza en la Universidad de Málaga para ninguna carrera. Está claro que te marchas lejos y que pretendías ocultármelo.

—Pensaba contártelo, te lo juro...

—¿Cuándo, Ava? —me interrumpe—. ¿En el andén de la estación o en la puerta del aeropuerto? ¿Pensabas decirme siquiera a qué ciudad te vas?

—¿Podemos hablar de esto al regresar a casa? —le suplico, sintiendo que me faltan las fuerzas—. Déjame creer por unos días que eso no va a suceder.

Vuelve a acunarme el rostro entre las manos. Me aparta con delicadeza el flequillo rebelde y me desliza una tibia caricia por la mejilla mientras deja escapar un suspiro profundo, cargado de una derrota más que evidente.

—¿Y de qué sirve aplazarlo si ya lo tienes más que decidido?

Noto como las lágrimas se acumulan en mis ojos y un nudo denso se forma en mi garganta, impidiéndome articular palabra. Bosco se da cuenta y prefiere no presionar más. Se limita a atraerme hacia su pecho para envolverme en un abrazo protector y me pierdo contra su cuerpo, un cuerpo que ha cambiado muchísimo durante estos años de adolescencia. Ignoro cómo será dentro de cinco o diez años, pero ahora posee una envergadura imponente y, a su lado, me siento diminuta. La natación lo mantiene en forma y ha desarrollado un cuerpo que llama la atención.

No tengo ni idea del tiempo que permanecemos así, con sus manos trazando caricias sobre mi espalda mientras mantengo la frente apoyada en el hueco de su hombro, sumergida en su perfume. Ese aroma que se convirtió en mi refugio y en mi hogar hace demasiado tiempo como para desprenderme de él de golpe.

—Cariño, ¿te encuentras mejor? —pregunta, tomando un poco de distancia para mirarme a los ojos. Asiento en silencio y él insiste —: ¿Prefieres que bajemos a la playa hasta la hora de comer o nos quedamos en la piscina?

—Lo que tú prefieras. Te prometo que te lo contaré todo y te explicaré mis motivos.

—Está bien. Vamos abajo; no quiero verte triste hoy.

Regresamos al interior de la estancia. Rescato la bolsa de playa para comprobar que llevo lo necesario y, antes de salir, Bosco se ofrece a extenderme la protección solar. Sabe de sobra que, aunque he cogido tono dorado estas semanas, mi piel sigue siendo sensible y me puedo quemar con facilidad, de modo que aplicarnos la crema antes de pisar la arena es la mejor opción.

Mi ánimo no mejora mucho, por más que intente disimular la pesadumbre. No me apetece zambullirme en el agua y ni siquiera los piques habituales de Bosco consiguen animarme.

—Traerte aquí no ha sido una buena idea, está claro —asume con resignación al comprobar que resulta imposible arrancarme una sola sonrisa sincera.

Me incorporo sobre la toalla y me acomodo frente a él. Sus ojos lucen más oscuros que de costumbre. Enlazo mis dedos con los

suyos, como tantas veces; su piel es cálida y suave y nuestras manos encajan a la perfección.

—No digas eso. Sabes que este día siempre es complicado para mí. Si a eso le sumas que hay cosas que no me gustaría tener que asumir… Tengo derecho a estar un poco triste, ¿no crees?

No deja de mirarme ni un solo instante mientras le hablo. Sé que en su interior pugnan por salir multitud de preguntas, la mayoría de ellas sin una respuesta posible, pero no quiero que los días que compartamos aquí se conviertan en un mal recuerdo; serán de los últimos que fragüemos juntos.

—Es que necesito entenderlo. Y no lo consigo, Blancanieves —confiesa en un murmullo.

Sonrío al escucharlo. Vuelve a ser mi amigo, mi confidente y la persona por la que daría la vida, pero existen parcelas de mi pasado y de mi realidad que no lograría comprender ni aunque volviera a nacer. De eso estoy segura.

—Tal vez algún día lo entiendas.

Una pelota de playa llega rodando hasta nuestra posición. Bosco no duda en ponerse en pie para lanzársela a los niños a los que pertenece, que se lo agradecen desde la orilla, mientras yo me recreo en secreto contemplando su figura. Me pongo en pie y, cuando regresa a la toalla, le propongo darnos un chapuzón.

Pasamos el resto de la mañana jugando entre las olas, hasta que el rugido del estómago nos advierte de la hora. Recogemos los enseres para desandar los escasos metros que nos separan de la entrada del hotel.

La tarde la consumimos con pereza acomodados en las tumbonas de la piscina, sosteniendo cada uno un libro entre las manos. De vez en cuando capto cómo sus ojos me observan con la misma atención disimulada con la que yo lo contemplo a él.

Al rozar las ocho y media de la tarde, sugiere subir a la suite para arreglarnos antes de bajar a cenar.

Entro en el baño en primer lugar. Dice que tardo demasiado tiempo y prefiere que tome ventaja mientras decido qué ropa me voy a poner. Sin embargo, al salir envuelta en la toalla, descubro sobre la enorme cama de matrimonio, esa que tendremos que

compartir a menos que uno decida exiliarse al sofá, un espléndido vestido que no estaba allí antes.

—Perdona... ¿Me puedes explicar qué es esto? —inquiero, señalando el modelito rojo que es una pasada, pero que no entiendo a qué viene.

Sonríe de lado y se le dibuja ese hoyuelo en la mejilla que tanto me trastoca.

—Y yo que pensaba que eras más inteligente que yo… Y resulta que no reconoces un simple vestido cuando lo tienes delante —me vacila con guasa.

Me aproximo hasta quedar a escasos milímetros de su cara; o mejor dicho, a la altura de su pecho, dada su estatura, por lo que me veo obligada a alzar la vista para sostenerle el pulso. Lo veo tragar saliva con dificultad y descubro que el albornoz no está todo lo cerrado que yo creía. Estamos más que acostumbrados a vernos en bañador y eso, pero…

—Hasta ahí llego, futuro abogado. Pero ¿por qué hay un vestido rojo de mi talla sobre la cama?

—Porque el rojo te sienta de escándalo, punto uno —enumera con los dedos—. Porque jamás te permites el lujo de comprarte algo así, punto dos. Porque es tu cumpleaños y seguro que es el último que pasaremos juntos, muy a mi pesar, punto tres. Y porque me da la real gana, coño, que últimamente me exiges justificar cada paso que doy.

—Uy, uy... Qué lengua tan sucia, señor letrado.

—Puedes limpiármela con la tuya, futura poli —responde agarrándome por la cintura para pegarme a su cuerpo sin dejar un milímetro de separación.

—Va a ser que no, señor Muñoz —rehúso conteniendo el aliento —. Venga, entra en la ducha mientras me lo pruebo. Gracias por el detalle, pero te aseguro que no era necesario.

—Lo sé, pero me apetecía hacerlo.

Se retira hacia el cuarto de baño tras soltarme sin excesiva gana. Me quedo a solas contemplando la prenda sin atreverme a acariciar el tejido; descubro la etiqueta de la firma y deduzco de inmediato que le ha costado una fortuna. Un enorme nudo se me forma en el

estómago, pero me obligo a tragar saliva y me coloco frente al espejo del vestidor para superponer la tela sobre mi cuerpo. Luce un escote estilo *halter* y la espalda al aire, con un corte similar al mono que llevé en la graduación; la falda es vaporosa y cae hasta media pierna. Miro entre mis cosas a ver que ropa interior me puedo poner y aunque es obvio que debo prescindir del sujetador, no sé si habrá alguna braguita que no se marque. Por suerte, las sandalias que traje no desentonan.

Justo cuando me deslizo el vestido por las caderas, la puerta del baño se abre y Bosco reaparece luciendo únicamente un pantalón tipo chino sin abrochar. Lo descubro a través del cristal del espejo y procuro desviar la mirada, pero él se acerca al notar que la cremallera trasera y los botones diminutos del cuello siguen deshechos. Sube el cierre en silencio y abrocha las presillas con destreza, aprovechando la cercanía para depositarme un beso en la piel sensible de la oreja, cerca de la nuca, desencadenando una corriente eléctrica por toda mi columna.

Si mi cuerpo reacciona así con él, tal vez… Descarto la idea de inmediato. No. Es imposible. Con Bosco no.

—Te queda perfecto, justo como suponía —murmura sobre mi cuello.

Me doy la vuelta para dejar de ver nuestro reflejo en el espejo y encararlo frente a frente.

—¿Qué estamos haciendo, Bosco?

A pesar del tono oscuro de su iris, distingo la pupila dilatada por la cercanía, y si no fuera porque el pantalón está desabrochado otros signos serían más que evidentes.

—¿Qué es lo que deseas hacer tú, Ava? —pregunta en voz baja.

Jamás ha ocultado lo que siente ni lo que anhela a mi lado. Tampoco yo le he ocultado que no puedo corresponderle como quisiera y que cruzar esa línea es una pésima idea. Sin embargo, en días como este, la atracción física resulta de una evidencia arrolladora.

—Somos amigos, Bosco... Eres mi mejor amigo. No quiero empañar ese recuerdo. Te lo he dicho mil veces.

—Pues todo dicho, nena —acepta con resignación.

Alza la mano hacia mi mejilla y me acaricia el rostro con el pulgar, bordeando el contorno de mis labios antes de dejarme un beso tan tenue que no logro discernir si ha sido real o fruto de mi imaginación.

—Termina de arreglarte, que se nos hace tarde para la cena.

Se aleja hacia el armario empotrado donde aguarda su ropa. Yo me refugio en el cuarto de baño para abrir el neceser que me preparó mi compañera del piso de acogida. El sol de la mañana me ha acentuado las pecas sobre la nariz y me ha dorado la piel, de modo que, como tampoco soy mucho de maquillarme, me limito a aplicar la máscara de pestañas y el labial rojo intenso que venía en el estuche. Curiosamente, cada cosmético escogido por la pequeña de la casa parece combinar a la perfección con el vestido que Bosco acaba de regalarme.

Al salir del cuarto de baño no veo a Bosco en la suite, pero la cortina de gasa ondea con suavidad advirtiéndome de que la puerta del balcón está abierta. Me acerco en silencio y lo veo apostado sobre la balaustrada de cristal que separa el vacío de la terraza. Me detengo antes de salir a su encuentro para observarlo: mantiene los hombros rígidos por la tensión. Debe de intuir mi presencia o algo similar, porque se da la vuelta esbozando una sonrisa que no le pertenece, una mueca impostada que suele colocarse cuando algo le contraría de verdad. Esta vez, la única culpable soy yo. El gesto gana un matiz más sincero cuando sus ojos me recorren de arriba abajo y se aproxima para decirme lo guapa que estoy. Me ofrece la mano y le pido un segundo para guardar el monedero y el teléfono móvil en un bolso de mano pequeñito.

Salimos del hotel cogidos de la mano, como si en realidad fuéramos esa pareja que no somos; pero prefiero dejarme llevar por la ilusión, al menos por esta noche. Caminamos un poco y llegamos a un restaurante con pinta de caro que hace que mi estómago se encoja. Está en la misma playa. Bosco cruza el umbral y me cede el paso rozándome la cintura con delicadeza. Le indica su nombre al recepcionista y el empleado nos guía por un lateral hasta un reservado.

Al entrar en la estancia me quedo petrificada: sus padres, su hermano junto a Tana y las chicas de mi piso de acogida me aguardan de pie. Todos visten con elegancia. Un par de globos metalizados con la cifra dieciocho presiden la pared frontal y, sobre una mesa auxiliar, se acumulan varios paquetes envueltos.

—¡Feliz cumpleaños, Ava! —exclaman al unísono.

Las niñas son las primeras en abalanzarse sobre mí para estrujarme en un abrazo; luego se acercan las educadoras, el hermano de Bosco con su chica y, por último, sus padres. Sigo sin saber cómo reaccionar ante muestras de afecto de este calibre, pero las lágrimas deciden abrirse paso sin mi permiso, arruinando de paso la máscara de pestañas. Bosco no se separa de mi costado ni un solo milímetro y me sujeta por la cintura en cuanto siente que me desmorono.

—No llores, cariño —me murmura Mariana al oído mientras me estrecha contra su pecho—. Bosco intuye que te vas pronto... Te prometo por lo más sagrado que yo no le he dicho una sola palabra, pero se empeñó en montar todo esto.

—Lo sé —susurro con la voz partida—. Ya hemos hablado un poco sobre el tema. Gracias por todo, Mariana.

—No me des las gracias, mi amor.

—A ver, ¿podéis dejar respirar a la cumpleañera? —interviene Bosco para romper el dramatismo—. Desde el almuerzo no ha probado bocado y debe de tener un hambre atroz. Sois unos pesados de cuidado.

Su ocurrencia provoca una carcajada general y consigue arrancarme una sonrisa entre los sollozos.

—No seas borde, nene —le riño, dándole un codazo cariñoso en las costillas.

Nos acomodamos en la mesa redonda. Bosco se sienta justo a mi lado; luce una expresión más grave de lo habitual, aunque procura sonreír a pesar de todo y cruzarse bromas con su hermano. Antes de que sirvan los postres, me excuso para acudir al aseo. Tana me sigue los pasos de inmediato; presiento que se avecina una charla complicada.

—¿Estáis bien los dos? ¿Ha ocurrido algo entre vosotros? —me aborda sin rodeos nada más cruzar la puerta del baño de señoras, tan ostentoso como el resto del edificio. No tenía necesidad real de usar el servicio, pero la intensidad de la celebración me estaba superando y precisaba unos segundos de soledad.

—No, no ha pasado nada malo —respondo, apoyándome contra la encimera de mármol—. Solo que Bosco ha deducido que me marcho de la ciudad y no sabe muy bien cómo gestionarlo. Yo tampoco, si te soy sincera.

—¿Cómo que te vas? —se extraña, Es cierto, ella no lo sabe. La sorpresa dibujada en su cara demuestra su sinceridad—. ¿No ibas a matricularte en Psicología?

Asiento con la cabeza.

—Pero no aquí. Ya sé que es una decisión que ni tú ni nadie vais a comprender del todo, pero está tomada y no voy a echarme atrás, por mucho que os vaya a echar de menos a todos. A vosotros y a él.

—¿Pero es que no piensas volver? —Niego en silencio con la cabeza—. ¿Nunca? ¿Tampoco piensas mantener el contacto con nosotros?

—No. Créeme si te digo que es lo mejor para todos.

—Pues tienes toda la razón: no entiendo nada de nada —protesta Tana—. Vas a destrozarle el corazón a Bosco. Está enamorado de ti, ¿o es que todavía no te has dado cuenta?

—Nadie se muere de amor —argumento—. Pero sí se puede sufrir por verdades que prefiero guardarme. Si se enterara de ciertas cosas, su forma de mirarme cambiaría y no estoy dispuesta a soportar esa lástima. Bosco necesita a su lado a alguien capaz de entregárselo todo, y esa persona no puedo ser yo.

Resulta imposible continuar la conversación. No era mi intención abordar este asunto en mitad de mi fiesta de cumpleaños y la voz se me atasca en la garganta. Tana percibe mi angustia y me rodea con los brazos.

—Lo siento mucho, Ava. No quería hacerte daño, es tu día y lo estoy arruinando con mis preguntas. Perdóname, por favor.

Me lavo la cara con agua fresca y ella me ofrece su propia máscara de pestañas para reconstruir el desastre. Aplico también un

toque del labial rojo, me seco las manos en una toalla de lino individual y la deposito en el contenedor que hay para eso.

Salimos un instante después, en cuando se asegura de que estoy mejor. Al entrar en la sala, los ojos de Bosco son los primeros en buscar los míos, cargados de dudas. Le hago un leve gesto negativo con la cabeza y su rostro se destensa un poco. Aun así, en cuanto me acomodo a su lado en la mesa, me susurra al oído:

—¿Qué ha pasado ahí dentro?

—No te preocupes, estoy bien. Centrémonos en disfrutar de la velada que has organizado.

—Tus ojos no dicen lo mismo —replica, con una sombra de melancolía.

La conversación queda interrumpida por la llegada de los camareros, que sostienen una tarta de chocolate presidida por dos velas doradas con la cifra dieciocho. En cuanto terminan de entonar el *Cumpleaños Feliz*, me acerco y extingo las mechas presionándolas con las yemas de los dedos. Nadie me cuestiona la manía a estas alturas; durante estos cinco años, el grupo entero se ha acostumbrado a mis pequeñas excentricidades en cada cumpleaños que me ha organizado Bosco.

Un rato más tarde, sus padres y mis compañeras del piso de acogida se despiden. Tana y Nico proponen ir a tomar una copa para alargar la noche, pero a Bosco le basta con mirarme a los ojos para comprender que estoy agotada. Él mismo declina la oferta y regresamos al hotel con la pesada sombra que sigue flotando entre los dos.

Me refugio en el cuarto de baño nada más cruzar el umbral de la suite. Me lavo la cara con agua fría e intento desabrochar los botones minúsculos del cuello del vestido sin conseguirlo. En un segundo descubro su reflejo a mi espalda: se acerca en silencio y deshace los cierres sin pronunciar palabra.

—Gracias —murmuro, sosteniéndole la mirada a través del cristal.

Intenta esbozar una sonrisa, pero esta noche la mueca se le desdibuja de inmediato, acrecentándome la presión en el pecho.

—No me des las gracias, solo te estoy echando una mano con el vestido —bromea, o al menos lo intenta.

—No es por eso y lo sabes de sobra, Bosco. No quería que llegáramos a este punto.

—¿A qué punto, Ava? —interviene con amargura—. ¿A echarte de menos antes de que te hayas marchado siquiera? ¿A sentir cómo el vacío se me extiende por dentro porque no alcanzo a entender tu decisión y te niegas a explicármela? ¿A saber que hay cosas que deseas tanto como yo y que, sin embargo, te empeñas en frenar?

Me giro sobre mis talones para encarar su mirada oscura y triste; esa mirada apagada que me destroza por dentro. Le tomo las manos entre las mías y enlazo nuestros dedos.

—Es que no puedo. Si he tomado esta decisión es porque estoy convencida de que resulta lo mejor para ti. Yo no soy buena para nadie, y mucho menos para ti.

—No vuelvas a decir eso —me ataja—. Eres perfecta. Para mí y para cualquiera que tenga la suerte de conocerte, solo que tú eres incapaz de verlo.

—Hay demasiadas cosas de mi pasado que ignoras y que no te puedo contar. Cosas que me impiden quedarme aquí disfrutando de una vida que no me pertenece.

—¿Y se puede saber quién decide lo que te pertenece o no? —pregunta.

Me toma por la cintura, me alza hasta acomodarme en el borde del lavabo y se sitúa entre mis piernas. Sube las manos a mi rostro para obligarme a sostenerle la mirada.

—Lo decidieron por mi hace muchos años, Bosco. Y no puedo cambiar el pasado

—El pasado no, pero sí puedes elegir tu futuro y a las personas que deseas conservar en él.

Niego con la cabeza, sopesando sus palabras. Por un instante efímero me tienta la ilusión de creer que tiene razón, pero la realidad se impone de golpe: para mí no existen los finales felices.

Se pasa las manos por el pelo visiblemente frustrado. Me observa unos segundos, menea la cabeza decepcionado y abandona el cuarto de baño, dejándome sola encaramada a la encimera. Desciendo de un salto, busco el pijama en la bolsa y me encierro de

nuevo para cambiarme antes de refugiarme en la terraza con un libro.

No volvemos a cruzar palabra en toda la noche. Cuando regreso al dormitorio, yace dormido en la cama de matrimonio. Me recreo contemplando sus facciones en la penumbra: parece relajado, aunque una leve arruga en el entrecejo delata que la tensión no se ha disipado del todo.

Me deslizo bajo las sábanas. La cama es tan espaciosa que ni siquiera nos rozamos.

Por la mañana, la luz dorada del amanecer se filtra entre las rendijas de los visillos. Me giro sobre el costado y descubro que el espacio a mi lado está vacío.

Lo encuentro en la terraza, igual que la tarde anterior, apoyado sobre la balaustrada de cristal.

—Buenos días, Blanca —me saluda, extendiendo un brazo para que me acerque—

¿Has descansado bien? —pregunta, depositándome un beso en la coronilla.

—Sí —miento sin pestañear— Tengo hambre, ¿bajamos a desayunar?

Procuramos dejar al margen las conversaciones comprometidas y consumimos las horas restantes disfrutando del entorno como si el futuro no existiera.

De regreso a la ciudad me pregunta si nos veremos al día siguiente, pero prefiero darle largas. Le explico que me va a tocar echar una mano en el piso de acogida con las niñas pequeñas.

Es Mariana quien se pone en contacto conmigo poco después para coordinar los detalles de las vacaciones familiares. Nos iremos los cuatro en un primer momento; Nico y Tana se sumarán más adelante.



El día fijado para partir me presento en su casa por sorpresa. Bosco no tiene la menor idea; lo hemos mantenido en secreto entre su madre y yo. Al llamar al timbre y aguardar en el porche, los nervios en mi estómago me dan ganas de vomitar.

La puerta se abre.

—¿Ava? —La perplejidad de su tono al descubrirme en el rellano, maleta en mano, me hace dudar. Ignoro si la sorpresa le agrada o si he vuelto a meter la pata—. ¿Qué haces aquí?

—Pues me han dicho que hoy nos vamos de viaje y mírame, aquí estoy.

Sus ojos se iluminan de golpe y una sonrisa genuina, esa sonrisa radiante que tanto me gusta, le dibuja los hoyuelos en el rostro.

—¿Vienes con nosotros? ¿Por fin? —Asiento con la cabeza y él tira de mi para darme un abrazo de los suyos en el que me pierdo encantada—. Gracias, Blancanieves.

No sé adónde vamos, y me da exactamente igual. Sé que no volveré a disfrutar de unas vacaciones así en muchísimos años y, desde luego, jamás rodeada de una familia como la suya. De modo que me dispongo a exprimir cada minuto al máximo, sin importar el lugar.

Pronto me entero de que nos desplazamos hacia la Costa Dorada, lo que nos augura bastantes horas de trayecto en carretera. Bosco se pasa casi todo el camino buscándome con la mirada, como si temiera que fuera a evaporarme de un instante a otro. Sus dedos buscan la calidez de los míos sobre la tapicería y, salvo en las paradas de servicio, donde interactúa un poco más con sus padres, el resto del tiempo se limita a acariciarme la mano, aislándonos en esa burbuja que acostumbra a construir a nuestro alrededor.

Creo, sin temor a equivocarme, que son los mejores días de toda mi vida. Los paseos por la playa al atardecer o bajo las estrellas, solos los dos, ajenos a los transeúntes que se cruzan en nuestro camino, las risas, los juegos en el agua y la complicidad que nos une no se pueden comparar con nada. Siento que todo lo que aguarda al final del verano pertenece a una realidad paralela, una amenaza lejana que prefiero ignorar, mientras cada día que pasa nos aleja un poco más.

La última noche, sus padres prefieren quedarse descansando en las instalaciones del hotel. Nico y Tana han salido a una famosa discoteca de la zona, pero Bosco me pide que lo acompañe a dar el «penúltimo» paseo por la orilla, como él lo ha bautizado.

Sé de sobra que se trata del último paseo de nuestras vidas. Pero prefiero guardarme el pensamiento y caminar a su lado en silencio.

Llegamos hasta las rocas. Por extraño que parezca, no hay un solo alma por allí; tal vez los relámpagos que dibujan líneas sobre el horizonte y el ambiente cargado de electricidad han empujado a la gente a buscar refugio en los locales del paseo. A mí, que me he acostumbrado a vivir con el rumor del mar de fondo y que sé cuánto lo voy a echar de menos, la tormenta me da igual. A él tampoco parece importarle demasiado, de modo que nos acomodamos sobre las piedras sin reparar en que están mojadas ni en que las olas nos salpican los tobillos. En este instante solo existimos los dos, rodeados por la sombra de todo aquello que él prefiere esquivar y de lo que a mí no me queda más remedio que hablar.

—Bosco...

Poso la espalda contra su pecho, que sube y baja agitado. La fragancia de su perfume se mezcla con la brisa salada en una perfecta combinación. Deposita un beso suave en mi pelo.

—No lo hagas —pide con un hilo de voz apenas audible—. No digas nada. Hoy no... No quiero conservar ese recuerdo de este viaje. Ni de ti.

—Pero es que... —intento articular.

—Que no, joder, Ava... Que no quiero saberlo —me interrumpe con desesperación—. Déjame fantasear con que no vas a marcharte para siempre, con que todo este tiempo no ha sido más que el prólogo de una historia increíble, con que no llevas años repitiéndome que no y con que hoy, por fin, me vas a dar una oportunidad.

Sus palabras terminan de resquebrajarme por dentro. Me resulta insoportable continuar escuchándolo. Tal vez sea yo la que está equivocada, pero soy incapaz de gestionarlo de otra manera, así que me pongo en pie dispuesta a marcharme.

Antes de llegar a la mitad de la playa me agarra de la muñeca y me gira para dejarme frente a él. Estampa sus labios contra los míos y yo lo dejo. Con las lágrimas empapándome las mejillas, le doy acceso a mi boca sintiendo miles de mariposas revoloteando en mi estómago.

Rompo el contacto y salgo a la carrera hacia el paseo, sin permitir que su voz gritando mi nombre me detenga.

No sé a qué hora regresa. No lo vuelvo a ver hasta por la mañana, cuando estamos listos para bajar a desayunar. Tiene ojeras y la mirada completamente apagada. Tampoco yo he descansado. Mejor dicho: no he pegado ojo en toda la noche. He dado un millón de vueltas en la cama, acosada por pesadillas recurrentes que me han obligado a mantener los ojos abiertos por miedo a volver a soñar.

—Chicos, ¿estáis bien? —nos pregunta su madre en cuanto nos acomodamos en la mesa del restaurante.

—Sí, cojonudamente —responde Bosco, dejándonos a todos de piedra.

—¡Bosco! —le regaña su madre.

—¿Qué pasa, joder? Soy el único que jamás protesta por nada, pues me he cansado, ¿vale? Dejadme en paz de una vez. No tengo hambre —añade, poniéndose en pie de golpe. En su huida engancha la falda del mantel y casi tira los cubiertos al suelo.

Abandona el comedor con las miradas de media sala clavadas en su espalda. Mariana vuelve los ojos hacia mí antes de formular la pregunta inevitable.

—¿Se lo contaste?

—No me dejó —admito con la voz rota—. Pero lo sabe. Se enfadó muchísimo conmigo. Me pidió que no le dijera nada anoche y... —mis palabras mueren antes de salir; el dolor me estrangula la garganta y soy incapaz de continuar. Mariana se levanta de la silla y me envuelve en un abrazo—. No pensé que esto fuera a resultar tan doloroso —sollozo contra su hombro.

—Aún estás a tiempo de cambiar de opinión, cielo.

—No. No hay redención posible para mí —gimo.

—Eres demasiado dura contigo misma, cariño —interviene su padre, tomándome la mano para apretarla con afecto.

Tana y Nico me observan comprensivos. Ignoro hasta qué punto conocen los detalles de mi situación, pero no voy a ser yo quien les ofrezca más explicaciones.

—Voy a buscarlo. ¿A qué hora nos iremos?

—En cuanto regreséis, no hay ninguna prisa, cielo —responde Nicolás.

Salgo por la misma puerta por la que Bosco se ha evaporado minutos antes. Confío en que sus pasos lo hayan llevado de vuelta al espigón; podría estar en cualquier rincón del municipio, el puerto incluido —le apasiona observar los barcos—, pero algo me dice que ha buscado refugio exactamente donde estuvimos anoche.

A estas horas de la mañana, la arena ya empieza a poblarse de sombrillas y toallas: niños que pelean con sus madres para librarse del protector solar y chicos de nuestra edad corriendo hacia la orilla o jugando a las palas. Es temprano, pero hay bastante público. Mis pasos apresurados me llevan hasta el final de la playa y, tal como sospechaba, en las rocas del espigón donde por las tardes se apuestan los pescadores, lo encuentro sentado. Me acomodo a su lado en silencio. No se mueve. Tampoco se molesta en mirarme. Mantiene la vista fija en el romper cansado de las olas.

—Bosco... Sé que esto te duele. A mí me destroza igual —intento explicarme. Hace ademán de girarse para contradecirme, pero se lo impido posándole un dedo sobre los labios—. Shhh... Déjame hablar, por favor. Durante estos años he estado viviendo una existencia que en el fondo no me pertenece. Sí, ya sé lo que estás pensando: que no tiene por qué ser así, pero es lo que siento. Sabes de sobra que he ido a terapia durante años y nada ha servido para quitarme la culpa, para convencerme de que aquello no ocurrió por algo que hice o dejé de hacer. La cabeza manda más que la lógica. Y ha llegado la hora de decir adiós. Vosotros me habéis regalado una vida maravillosa. He tenido muchísima suerte con el piso y con mis educadoras, pero por encima de todo he tenido suerte contigo y con tu familia, que me habéis querido como a una más. Sin embargo, a partir de ahora me toca caminar sola.

—¿Por qué? Somos tu familia, tú misma lo acabas de decir —interviene por fin, encarándome con unos ojos enrojecidos que me atraviesan el corazón—. Ava, yo te quiero.

—Y yo a ti, y a ellos. Pero no puedo ofrecerte nada bueno. Solo terminaría destruyéndote. No queda luz en mí y la sombra a veces es demasiado grande. Ya te conté que ni siquiera fui capaz de... —Me detengo para coger aire. Esos recuerdos amenazan con tragarme y siento cómo el oxígeno deja de llegar a mis pulmones por mucho que me fuerce a respirar.

—¿Y de verdad piensas que para mí eso es lo más importante? —protesta con desesperación—. Ava, si piensas eso de mí es que no me conoces en absoluto, joder. —Toma mi mano para enlazar nuestros dedos de nuevo, se la lleva a la cara y deposita un beso tierno en cada uno de ellos—. Es que no imagino mi día a día sin poder hablar contigo, sin llamarte para cualquier tontería o sin ir a buscarte para tomar un helado y pasear por la orilla. Lo que siempre hacemos.

—¿Hasta cuándo, Bosco? ¿Hasta cuándo iba a darte igual que no sea capaz de acostarme contigo? ¿Acaso piensas que soy ciega? He visto demasiado en esta vida y he vivido lo suficiente para saber de qué hablo, cariño.

—Es que no lo sabes en absoluto —rebate, agobiado—. Yo también me fijo en las cosas. Sé perfectamente cómo reaccionas cuando te beso o cuando te rozo la piel. ¿Qué demonios te hicieron, Ava? —se pasa la mano por la melena, llenándose el pelo de arena sin darse cuenta. Le limpio los granos con cuidado y él deja escapar una sonrisa amarga.

—Me rompieron por dentro cuando su obligación era cuidarme. Y eso no se cura.

—Cuéntamelo. Déjame entenderte de una vez.

—No hay forma de entender algo así, por más que te empeñes. Y ya te lo dije en su momento: hay miradas que me niego a ver en tus ojos.

—Pues nada, Ava... Huye —las palabras le brotan cargadas de un despecho amargo—. Creo que huir es lo mejor que se te va a dar en esta vida. Tal vez puedas ingresar en la policía, ser agente infiltrada

o lo que sea que hagan, pero ten por seguro que jamás vas a dejar que nadie se quede a tu lado...

Sus palabras se me clavan en lo más profundo del alma, no solo por la dureza de lo que expresan, sino por la frialdad implacable de su tono. Se pone en pie sin esperarme y camina a pasos agigantados hacia el paseo marítimo para regresar al hotel. Cuando logro reunir las fuerzas necesarias para ponerme en pie tras el golpe, lo sigo a distancia.

Al llegar al hotel, el equipaje ya está listo para regresar a la realidad. Y, en mi caso, para inaugurar una nueva vida lejos de ellos.

El trayecto de vuelta en coche resulta pesado e incómodo. Aunque los padres de Bosco intentan entablar conversación para aligerar el trayecto, sus esfuerzos se estrellan contra el muro de silencio. Nico y Tana se han marchado a Ibiza a pasar un par de días de fiesta, de modo que viajamos los cuatro solos.



Solo quedan tres días para mi partida. He recogido todas mis pertenencias en dos cajas de cartón precintadas que viajarán por mensajería a mi nueva dirección en Madrid y un par de maletas que irán conmigo. Eso es todo.

Mi vida de los últimos cinco años condensada en cuatro bultos y un corazón destrozado.

Otra vez.

Empezar desde cero.

Otra vez.

10

MADRID



«¿Temes que esté envenenada? —dijo la anciana—. Mira, voy a cortar la manzana en dos partes; tú te comes la parte roja y yo la blanca».

— BLANCANIEVES. JACOB GRIMM.

Me despido de los padres de Bosco, de su hermano y de Tana la tarde previa a mi partida. Él no hace acto de presencia. Su madre intenta disculpar su ausencia, aunque no tiene ninguna necesidad de hacerlo.

La culpa es mía; soy yo quien termina por destruirlo todo.

Mariana me arranca la promesa de mantenerla informada de cada paso que dé en Madrid y me insiste en que la llame si siento que la carrera y el trabajo en la *boutique* me superan.

No voy a llamarla.

Esto acaba aquí.

Hoy.

La despedida de las niñas pequeñas del piso de acogida resulta desgarradora, al igual que el adiós a las educadoras. Me han ofrecido toda la ayuda durante estos cinco años, superando con creces las obligaciones de su trabajo. El afecto que me han dado no viene con el puesto, ese viene con el corazón.

Sin embargo, cuando abro la puerta del portal cargada con las maletas para salir con Lorena, que me llevará al aeropuerto, me encuentro con una sorpresa: Bosco aguarda junto al coche. Luce una sonrisa triste, sí, pero es su sonrisa al fin y al cabo. No nos habíamos visto desde que regresamos de aquel viaje a la Costa Dorada hace más de una semana.

Suelto el equipaje sobre el bordillo en cuanto se aproxima a mí y me estrecha contra su pecho.

—Por más que me doliera, era incapaz de dejarte marchar sin verte una última vez, Blancanieves —susurra contra mi oído—. Ya he hecho el imbécil más de la cuenta estos días.

Trago saliva con dificultad para evitar que las lágrimas se desborden.

—Si no salís ya hacia el aeropuerto vas a perder el vuelo, Ava. Vais con el tiempo justo —nos recuerda Lorena, que aguarda unos pasos por detrás con una sonrisa comprensiva.

Me giro para abrazar a mi educadora por última vez, sin que la mano de Bosco llegue a soltar la mía del todo. Él se hace cargo de la maleta más pesada y caminamos juntos hacia el vehículo.

—No debiste haber venido —murmuro en voz baja.

—¿Y perderme una despedida épica en el aeropuerto? Ni hablar —se esfuerza por bromear.

Nos acomodamos en el coche de su madre y la música empieza a sonar. *You´re Beautiful* de James Blunt abre la lista de reproducción; Bosco la tararea muy bajo, sin mirarme, como si las estrofas fueran más que suficientes para expresar lo que calla. Las dos canciones siguientes me comprimen el pecho hasta hacerme desear saltar del coche en marcha: *Aires vestidos de antojos* y *Todo se parece a ti* ambas de Diego Martín, unas letras que él conoce al dedillo y que no duda en cantar por lo bajo.

—¿Era necesario poner esta música? —pregunto cuando consigo articular palabra.

—No sé de qué me hablas —se hace el despistado, manteniendo la vista fija en la carretera.

—No me jodas, Bosco. ¿No hay más putas canciones en tu lista?

—Ya me gustaría —escucho que murmura en un susurro. Al percatarse de que lo he oído, añade un «lo siento» que no suena sincero en absoluto.

—¿A qué has venido? —exploto por fin, incapaz de contener la tormenta que me asola el alma—. ¿A empeorar el ambiente de estos días? Ya sé de sobra que esto duele. Pensaba que había dejado claro que no me quedan alternativas. Por mucho que vosotros os empeñéis en creer que sí las tengo, no las hay, joder. No tengo opciones. No puedo seguir fingiendo que todo marcha bien, que mi vida es maravillosa cuando en realidad es una mierda insoportable. Lo único que desearía en este mundo es vengarme de quienes me convirtieron en esto que soy hoy, pero ponerme a su altura me volvería tan despreciable como ellos. De modo que no, no me queda ni una sola opción decente. Cargo con todos los traumas del mundo y tú te niegas a verlo; te has obstinado en conseguir algo imposible porque en tu vida jamás te han negado nada. Crees que todo el mundo vive en un cuento de hadas, pero la realidad es distinta: hay personas que no hemos tenido unos padres como los tuyos, ni una infancia idílica, ni un hermano que te proteja si las cosas se tuercen. Hay niños que aborrecían la hora de regresar a casa porque entre esas cuatro paredes el infierno era peor que estar en la calle, ¿sabes? Yo soy una de esas personas. Ni siquiera estos cinco años en el piso han conseguido curarme las heridas. Nadie puede reparar lo que está roto dentro de mí, lo tengo más que comprobado. Y no estoy dispuesta a permitir que mi mierda te salpique a ti, porque a pesar de todo te quiero y deseo que seas feliz. ¿Te enteras de una vez? ¿Puedes entenderlo, Bosco?

Alcanzamos la terminal del aeropuerto sin que me haya dado cuenta del trayecto. Bosco recoge el tique del aparcamiento, estaciona en una plaza libre y se baja del vehículo en absoluto silencio. Sé que está procesando cada una de las palabras que le he arrojado a la cara. No me siento liberada por haberme desahogado, pero necesitaba que conociera al menos una fracción de la verdad y dejara de calificar mi marcha como un simple capricho.

Abre la puerta del copiloto y, al ver que mantengo el cinturón de seguridad desabrochado pero sigo paralizada en el asiento, me toma

del brazo y tira de mí hacia fuera. No me da tiempo a reaccionar: sus labios se apoderan de los míos en el beso más ardiente, desesperado e intenso que nos hemos dado nunca. Un jadeo ahogado rompe el silencio entre los dos antes de que me separe de él, completamente aturdida.

—Eso es lo único que entiendo —sentencia, mirándome con una sinceridad que me traspasa el alma—. Esto que tenemos y que tú te empeñas en negar. Pero soy consciente de que no puedo obligarte a quedarte y tú ya has tomado una decisión, de modo que me toca respetarla aunque jamás consiga sacarte de mi cabeza ni de mi corazón. Espero de verdad que en Madrid logres reparar lo que está roto dentro de ti y que te acuerdes de los que nos quedaremos aquí pensando en ti. Siempre.

Se encamina al maletero y extrae mis pertenencias. Me hago cargo de la maleta pequeña, mientras él carga el peso de la más grande y de mi mochila. Tomados de la mano, nos dirigimos a la zona de facturación.

Apenas queda margen para las despedidas. El anuncio de embarque para mi vuelo resuena por los altavoces de la terminal y solo disponemos de unos segundos para un último abrazo y desearnos suerte en lo que está por venir.

—Por favor, Blancanieves... —me suplica, hundiéndose una vez más en mi cuello—. Si en algún momento sientes que todo a tu alrededor se derrumba y necesitas a alguien que te recuerde lo importante que eres, llámame. Me planto a tu lado en un par de horas, o en un día si no encuentro cómo. Por favor, prométemelo.

—No te olvides de ser feliz —le respondo, luchando para que la voz no se me quiebre por completo—. Quién sabe... A lo mejor en el futuro volvemos a coincidir en los tribunales, cuando te hayas convertido en un brillante abogado y a mí me toque custodiar a algún detenido.

—Ava…

—Adiós, Bosco.

Me desprendo de su agarre sin mirar atrás y encaro el acceso al control de billetes. Dejo a mis espaldas los últimos cinco años de mi

vida, la calidez de su familia y al único chico que ha logrado rozarme el corazón.



Llevo varias semanas instalada en Madrid. Durante los primeros días, Bosco intentó comunicarse conmigo por todos los medios: llamadas perdidas, mensajes diarios... Tan solo le envié una respuesta escueta al pisar la capital para avisarle de que había llegado bien a mi nueva casa. Nada más. No me apetece bloquear su número, pero terminaré haciéndolo si continúa insistiendo.

Por él.

Por mí.

Por los dos.

Ivette, mi jefa y casera, es una mujer encantadora. La *boutique* se ubica en una de las avenidas más exclusivas de la ciudad y el estudio donde me alojo queda a pocos pasos del barrio de los Austrias. Se trata de una minúscula buhardilla, pero el bajo precio de alquiler que me cobra se debe a que Mariana le confió parte de mi historia personal. Al principio di por hecho que conviviría en su propia vivienda, pero la semana previa a mi llegada la pareja que ocupaba este estudio le anunció que se mudaba cerca de su trabajo. El piso quedó desocupado e Ivette prefirió no buscar a otros inquilinos y reservármelo a mí. Aunque compartir casa con ella me habría salido más económico, disponer de mi propio espacio me viene mejor. Me paga un sueldo justo y, sumado a la beca académica, me alcanza de sobra para cubrir los gastos. Espero con ganas el inicio de las clases universitarias para volcar la cabeza en los libros, aunque el dolor de la ausencia me acompañe día tras día.

Los días que cerramos a mediodía aprovechamos para comer juntas. Las jornadas de mayor afluencia —jueves, viernes y sábados — nos turnamos con Adara, la otra empleada, para que la tienda permanezca abierta continuamente con dos personas de cara al público.

Las llamadas de Bosco se han ido distanciando hasta extinguirse por completo. Coincidiendo con el arranque del curso académico, recibo un único mensaje en la pantalla:

A por ellos, Blancanieves.

Me quedo unos minutos contemplando el teléfono antes de enviar mi réplica:

Demuéstrales de que pasta estás hecho, futuro abogado.

Los primeros días en la facultad de Psicología resultan extraños. Mantengo mi costumbre de no entablar relación con nadie. Lo malo es que, al presentar la programación de las asignaturas, nos confirman la exigencia de completar trabajos en pareja y en grupo. La sola idea me devuelve el recuerdo de cómo empezó mi historia con Bosco y me oprime el pecho.

Sin apenas darme cuenta, se me echa encima la Navidad. Ivette me invita a pasar la Nochebuena en su casa; para el treinta y uno de diciembre ha organizado una escapada con un hombre al que está conociendo y no regresará hasta el dos de enero a mediodía, de modo que nos corresponde a Adara y a mí abrir el establecimiento. Me llevo bien con mi compañera, aunque ha intentado acercarse a mi vida personal en varias ocasiones y me he mantenido distante. No quiero más vínculos afectivos en mi vida. Jamás.

Un grupo de la facultad ha organizado un plan para despedir el año e incluso se han ofrecido a incluirme, pero he puesto una excusa para no ir.

Mi rutina se resume en estudiar y trabajar. La meta permanece clara en el horizonte y para alcanzarla necesito las mejores calificaciones y un colchón económico suficiente. No soy una chica de dieciocho años al uso, como los demás universitarios de mi clase.

Las llamadas de Bosco han cesado por completo. Aunque lo agradezco esa tregua, lo echo mucho de menos; no duele menos por el simple paso del tiempo. Por las conversaciones con Ivette sé que le va de maravilla en la carrera. A pesar de que Derecho no era

una elección propia, está convencido de que es su futuro y no me cabe duda de que terminará convirtiéndose en un abogado excepcional en la rama y la ciudad que elija.

Con Mariana cruzo algún mensaje de vez en cuando, lo justo para confirmarle que estoy bien. Sospecho que es Ivette quien la mantiene informada al detalle de mis avances.



Han pasado tres años y me mantengo fiel a las mismas rutinas. En septiembre me incorporo al último curso del grado y mi intención es matricularme a continuación en un máster de Investigación Criminal y en otro de Psicología Forense, a ser posible de forma simultánea. Quizá resulte un plan demasiado ambicioso, pero no tengo tiempo que perder.

Continúo trabajando en la *boutique* de Ivette. Aunque mantenemos una relación cercana y cordial, no la dejo entrar en mi vida tanto como quizás a ella le gustaría.

No sé nada de Bosco y su familia. A veces, en momentos de debilidad, me ha tentado la idea de marcar su número, pero me he reprimido. A estas alturas estoy convencida de que habrá encontrado a una persona capaz de darle el afecto que merece, desplazándome a un segundo o tercer plano, si es que todavía me recuerda.

Tampoco he vuelto a saber nada de las educadoras del centro ni de las niñas. Las heridas de la infancia apenas sangran ya, lo cual no significa que se hayan cerrado tras el paso del tiempo.

No he mantenido ninguna relación afectiva ni íntima. Ni siquiera me he molestado en intentarlo.

Tal vez se deba a que no me atraen los chicos, o a que ninguno resiste la comparación con la persona que no puedo tener a mi lado. O bien a que mis propias secuelas me impiden fijarme en nadie para esquivar el trance de negarme o de comprobar si soy capaz de acostarme con alguien. Admito que al principio soñé con Bosco en

más de una ocasión, pero aquellas imágenes se disiparon. Hace mucho que dejaron de rondarme la cabeza.

Mis calificaciones rozan la excelencia. La mayoría de los docentes me felicitan por el rendimiento académico y por el rigor de los trabajos que entrego.

—Ava, tómate algo con nosotros esta tarde, que es el último día de clase —me aborda una de las compañeras con las que he compartido grupo de estudio al salir del aula—. No te has concedido ni una sola pausa en todo el año.

—No puedo, Alba, dentro de un rato me toca turno en la tienda —me excuso—. Lo siento. Quizá en otra ocasión. Te escribo un mensaje, ¿de acuerdo?

—Vaya... Avísanos cuando tengas un hueco libre, mujer, que vives volcada en las obligaciones.

No pienso llamarlas. Tampoco les enviaré ningún mensaje.

Con la llegada de agosto, Ivette nos concede vacaciones a la plantilla y cierra el negocio durante el mes entero. No es lo habitual, pero la tienda funciona muy bien y puede permitírselo, y la capital acusa un descenso del turismo en esa época. Cada verano me insiste para que la acompañe a su residencia de la costa.

Nunca acepto la propuesta.

Sigo sin alternar con nadie más de lo estrictamente necesario. No quiero más dolor. Solo me queda un año, después intentaré compaginar los másteres con la preparación en la academia de oposiciones, y si la carga resulta excesiva ya veré. Tengo todo el próximo curso para informarme.

Me he matriculado en un gimnasio para preparar las pruebas físicas del proceso selectivo que me dará acceso a la Policía Nacional. Mi título de grado y la acreditación de nivel de inglés me garantizan dos puntos adicionales en el baremo del concurso. Todo cuenta cuando con mi edad aspiro a ser inspectora.

Durante la primera semana de agosto me concedo unos días de descanso en la costa. Este año he decidido ir al Norte. Es la primera vez que viajo, pero me apetecía. Recorro la costa cántabra y descubro que me gusta casi tanto o más que el litoral andaluz. Ojalá pudiera compartirlo con alguien.

De regreso, empleo el resto del mes en repasar el temario de la oposición. No entraña una dificultad excesiva, al menos a mí no me lo parece, y dispongo de todo el curso para afianzar los temas entre las convocatorias de exámenes y el desarrollo del trabajo de fin de grado.

Tras sopesar diversas alternativas para el tema de mi TFG, decido que abordar la sociopatía y el maltrato en el ámbito familiar constituye una opción acertada. Le expongo el esquema a mi tutor de proyecto y, tras mostrarle los puntos que deseo tratar, me da el visto bueno. Pienso que la investigación también me puede servir para mi vida profesional y tal vez, solo tal vez, me ayude a comprender o perdonar el pasado.

Aborrezco mirar hacia atrás, aunque en los últimos meses me descubro haciéndolo con excesiva frecuencia. No me refiero únicamente a los años transcurridos en el piso de acogida y con la familia de Bosco, los más felices de mi vida, que a ratos me parecen un sueño, hasta que veo alguno de los regalos de Bosco o de mis compañeras. Hace un par de años que el colgante de la manzana que me regaló se perdió; ni idea de dónde ni cuándo. Un día me di cuenta de que ya no estaba colgado de mi cuello. Igual fue una señal de que el libro se había terminado y yo no había sido consciente de ello.



Llega el día de la graduación e Ivette me regala el vestido que se ha empeñado en verme llevar. Es la única persona que se sienta en la grada por mí, a pesar de las mil veces que le insistí en que no hacía falta que viniera. No me asusta ir sola. Ni siquiera pienso acudir a la cena oficial. A ojos de toda la promoción soy una chica rara; en estos cuatro años apenas me he relacionado con nadie más de lo necesario. No me importa. No me hace falta nadie.

Tras subir al escenario a recoger la beca y el diploma, Ivette me abraza con orgullo y se despide. A mí me toca aguardar un rato

más, hay fotos en las que tengo que salir y no sé qué tonterías más.

Rober, mi compañero de fila, se estira en el asiento con el mismo tedioso aburrimiento que yo.

—Dios, qué puto coñazo todo esto —me susurra al oído, rozándome la mejilla y arrancándome la primera sonrisa de la tarde —. Podríamos habernos escapado a por una hamburguesa o un bocata de tortilla. Me muero de hambre.

—Lo cierto es que sí —admito, ajustándome la banda de fieltro sobre los hombros—. Nos lo habríamos ganado, al menos por las horas que echamos en los trabajos en grupo. Pero supongo que ahora irás a la cena con el resto, ¿no?

—¿Yo? Qué va, paso olímpicamente. He aguantado el paripé porque a mi madre le hacía ilusión. ¿Acaso me has visto alternar con la peña estos cuatro años? Si ni siquiera me apunté al viaje de fin de grado.

—Ni yo.

—¿Te hace que nos larguemos y nos tomemos algo por ahí? —propone.

Su mirada franca me tienta. Por un segundo me entran ganas de aflojar la cuerda; al fin y al cabo, en cuanto defendamos el TFG las próximas semanas, nuestros caminos se separarán para siempre.

—Vale, te lo compro. Pero sin trasnochar, que mañana curro y además necesito rematar la presentación del trabajo. La defensa es en una semana.

—Yo ando igual. Venga, un bocata rápido o lo que te pida el cuerpo y una copa. Luego, como Cenicienta: a las doce en punto cada uno en su casa —promete con un guiño divertido.

Tras un buen rato de discursos interminables en los que la mandíbula se me desencaja de aguantar los bostezos mientras Rober se descojona a mi costa, se despide de sus padres y echamos a andar hacia la avenida en busca de un taxi que nos acerque al centro. Cuando el vehículo se detiene y hago ademán de sacar el monedero para pagar la carrera, Rober frena mi mano. Le advierto entonces que la cena corre de mi cuenta.

Nos apeamos cerca de la Puerta del Sol y nos adentramos por las callejuelas hasta dar con un bar abierto. No pretendemos cenar en

un restaurante con estrellas Michelin ni de mantel de hilo; con meterle algo caliente al estómago y tomarnos un trago tranquilos nos basta.

Así que aquí estamos los dos, desentonando entre la multitud como si viniéramos de un convite de boda. Yo llevo un vestido espectacular que a Bosco le habría chiflado porque es rojo, de tirantes asimétricos y con una abertura que abre paso a la pierna al caminar. Lo único que no dejé que Ivette me impusiera fueron los tacones; preferí encajarle unas cuñas negras de ante que le dan un toque más informal. Llevo el pelo semirrecogido con una estrella de cristal en un lado.

Al entrar en el sitio donde venden bocatas, noto la sonrisa de Rober y no puedo evitar preguntarme si hay algo que no debería estar.

—¿Me he perdido algo? —pregunto.

—Nooo... Es solo que parecemos una pareja que se ha fugado de una boda pija porque no les gustaba el menú. Vas deslumbrante, de verdad. Y yo con este traje roñoso que se me clava en los hombros, en mitad de un garito de mala muerte con las servilletas de papel tiradas por el suelo y más pringue que en la sartén de un churrero.

—Ja, ja, ja… Pues sí, yo también lo he pensado, pero a ver. Podríamos haber ido a mi piso, no cae lejos; me habría puesto algo cómodo y tú habrías dejado la chaqueta y la corbata en el perchero —suelto sin pensar. A los pocos segundos me doy cuenta de lo que he dicho. Jamás he metido a nadie en mi casa.

—Qué va, de eso nada, vamos a exprimir el *glamour* hasta la última gota. Estás guapísima, Ava. Bueno, es que eres guapísima.

Me quedo helada un instante. ¿Eso ha sido una declaración en toda regla? ¿Me está tirando los trastos?

—Para, para los pies... No estarás intentando...

—¡Nooo! Joder, Ava, solo estoy constatando un hecho evidente. Tía, que no he dicho nada malo, ¿o sí? Con vosotras nunca se sabe cómo actuar.

—Disculpa es que no estoy en ese *mood.*

Él nunca se ha insinuado a lo largo de la carrera y yo... Bueno, yo no tengo la menor idea de cómo funciona el juego de la

seducción. No he vuelto a salir con un chico desde el capullo de Dani.

Nos sentamos en una mesa arrinconada al fondo del local, a salvo del ajetreo de la entrada y del baño. Me ofrezco a pedir en la barra, pero mi compañero se niega. Le exijo que al menos me deje abonar la cuenta y me propone saldar la deuda pagando la primera ronda en el siguiente bar. Acepto por no enredarme en discusiones absurdas. Me lo estoy pasando bien y me descubro riendo con ganas, algo poco habitual en mí. Quizá debería plantearme salir un poco más a menudo.

Rober regresa con una bandeja cargada: dos bocadillos de tortilla chorreantes de mayonesa, una ración de patatas bravas y unas croquetas cuyo aspecto revela que son congeladas. Las jarras de cerveza, al menos, vienen cubiertas por una capa fina de escarcha.

Se acomoda enfrente y me descubre en plena inspección visual del plato.

—¿Son de rata o algo de eso, o es que les vas a hacer una autopsia? —suelta de golpe.

La burrada me arranca otra carcajada. Trabajar a su lado en clase era una cosa, pero hay que reconocerle la chispa.

—No, no, pero pondría la mano en el fuego a que han salido directas del congelador del supermercado.

—Ah, coño, ¿y las que tú te metes entre pecho y espalda de qué tipo son? No me jodas, Martín, ¿acaso preparas croquetas caseras en tu tiempo libre y me has ocultado semejante talento culinario durante cuatro años? Eso no se le hace a un compañero de fatigas.

—¿Siempre sueltas este tipo de salidas? Eres divertido, Morán. Y no, no cocino, no me da la vida para andar liada con la sartén. Pero cuando salgo me gusta probar comida de verdad, no precocinados.

—Oye, nena, que yo he sido así de ocurrente toda la carrera, pero tú solo me has utilizado para sacar buenas notas en los trabajos.

—Como me vuelvas a llamar «nena»... —le advierto torciendo el gesto. Aborrezco esa palabra, y más viniendo de alguien que hasta hace dos horas era un simple compañero de aula—. Y en todo caso habrás sido tú el que se ha aprovechado de mis apuntes.

—Vaya, te has dado cuenta —acepta entre carcajadas, inclinándose sobre la mesa—. Eres rápida. ¿Cómo llevas el temario de la oposición?

—Bien, y las pruebas físicas también. Tengo ya el C2 de inglés que me da dos puntos, y todos los B del carné de conducir. Aislarse del mundo tiene sus ventajas prácticas. Aunque... ¿cuándo te he hablado yo de mis planes para la Policía?

—A ver, sé que apuntas a la escala ejecutiva porque se te escapó un comentario el año pasado. Conociendo tu nivel de exigencia, he dado por sentado que no habrías dejado ningún cabo suelto.

Me quedo mirándolo en silencio. Resulta que sí se fijaba en los detalles.

El garito empieza a llenarse de gente ruidosa mientras apuramos los últimos bocados. Me levanto hacia la barra para pedir otro par de cervezas. Cruzo el local sintiendo las miradas ajenas sobre el vestido rojo y las cuñas, una sensación extraña que me encoge los hombros por un segundo, pero me obligo a erguir el cuello y pisar con garbo. Ya no dejo que nadie me empequeñezca.

Al regresar a la mesa me encuentro a Rober pegado al teléfono. Tiene la mandíbula tensa y el semblante ensombrecido. Al verme dejar las botellas frías sobre la madera, fuerza una sonrisa que no le llega a los ojos.

—¿Malas noticias? —inquiero asentándome en la silla.

—Bah, nada que se pueda arreglar. No te preocupes.

—Si te apetece desahogarte... —sugiero mientras alargo la mano hacia la botella. Antes de que me la lleve a los labios, él intercepta el vidrio con el suyo.

—Brindemos primero, aunque la vida a veces sea una mierda pinchada en un palo.

El cambio drástico de tono me deja descolocada.

—Vale... Porque la vida deje de dar por saco, aunque sea a ratos. Y por nuestros diplomas de graduados en Psicología.

—Pues por eso mismo.

El choque seco de los botellines retumba en el rincón y un par de clientes de la mesa contigua nos dedican una ojeada desconcertada.

El gesto nos hace gracia a los dos y a Rober le vuelve el brillo guasón a la cara.

Chocamos los botellines y la gente de la mesa de al lado nos mira con cara rara consiguiendo que nos riamos y Rober vuelva a tener su chispa.

Media hora más tarde abandonamos el local a la caza de un sitio donde tomar una copa de verdad. Terminamos dentro de lo que pretende ser un pub irlandés de penumbra densa y madera oscura. Todos estos antros acaban pareciéndose entre sí; ignoro si los garitos de Dublín guardan alguna semejanza real con este decorado.

Después de las dos cervezas de la cena, y ahora una pinta, mi cabeza empieza a estar algo rara. No suelo probar el alcohol y hoy me estoy saltando mis propias reglas a la torera. Siento que estoy harta de ser responsable, de seguir cargando con una culpa que no es mía, de no hacer las cosas que hacen las chicas de veintidós años y de haber rechazado una vida amable y de haber apartado de mi lado a las personas que me querían, infligiéndoles un daño gratuito que no merecían.

Mirando a Rober al trasluz de las luces rojas del pub, le propongo dejar las pintas e irnos a una discoteca a pedir un par de combinados. Mañana no me espera Ivette en la tienda; me ha regalado la jornada libre por si la graduación se alargaba, aunque yo le hubiera mentido a él al principio.

—¿De verdad he tenido que aguantar cuatro años enteros de trabajos académicos para descubrir que detrás de la empollona había una Ava con ganas de juerga? —pregunta divertido—. Pues se acabó la conversación: a la mierda las ex, las culpas y todo lo que nos impida ser felices esta noche.

11

META



«¡Blanca como la nieve, roja como la sangre, negra como el ébano! Esta vez no podrán despertarte los enanos».

— *BLANCANIEVES. JACOB GRIMM.*

Hostia puta. En maldita la hora le propuse a mi compañero ir a tomarnos unas copas después de aquellas tres cervezas. Un dolor de cabeza colosal me retumba tras las sienes. Trato de entornar los ojos, pero el martilleo y los fogonazos de luz aconsejan que lo haga despacio, con extrema precaución. Se me olvidó bajar la persiana o... Un momento, ¿dónde coño estoy?

Ay, joder, joder, joder.

Me muevo despacio sobre las sábanas y a mi lado, durmiendo como un tronco y tal como su madre lo trajo al mundo, descansa Rober. Lleva el pelo revuelto sobre la almohada y esa cara de no haber roto un plato en su vida. Es guapo, para qué negarlo, y ahora que lo observo, o más bien lo intuyo, porque no soy capaz de abrir los párpados del todo, me doy cuenta de que está buenísimo. Ni me atrevo a mirarme a mí misma; o mi aspecto es peor de lo que parece o la ropa desapareció en algún punto de la noche que soy incapaz de ubicar.

Maldita sea. Me he acostado con mi amigo. Es la primera vez que estoy con alguien después de todo lo que me ocurrió y encima no me acuerdo de nada. Aunque ignoro si no recordar resulta mejor o peor. Supongo que si hubiese pasado algo anómalo o violento me habría percatado o Rober habría parado; porque doy por sentado que hemos tenido sexo, ¿no?

Hago ademán de levantarme con la intención de salir huyendo, pero me freno. Si no he hecho nada malo, ¿o sí? Ay, Dios, Ava, que tú no eres así. Me escabullo hacia el baño. No es la primera vez que piso este apartamento; alguna vez quedamos aquí para avanzar con los trabajos de la facultad. Cuando salgo con el rostro aclarado por el agua fría, mi compañero ya se ha despertado y me observa recostado contra el cabecero de la cama.

—Buenos días, compañera —me saluda con una chispa de diversión en la mirada. ¿A este chico todo le parece una puta comedia?—. Me da que anoche se nos fue un poquito de madre la celebración, ¿no? —continúa recorriéndome con la vista—. Oye, que lleves puesta mi camisa resulta de lo más morboso.

—Joder, es que he estado a punto de largarme sin decir nada. Hasta que caí en la cuenta de que lo que fuera que pasó no debió de estar mal del todo, ¿o sí? Rober, dime que al menos tú recuerdas algo. Si no, me voy ahora mismo al hospital a que me hagan un análisis de sangre; igual nos echaron alguna sustancia en la bebida.

—Sí, claro, los chupitos de tequila que cayeron tras los mojitos y las cervezas; eso fue lo que te pusieron en la copa —replica con tono guasón—. En cuanto a mí, no tengo excusa, salvo que estabas muy, pero que muy dispuesta y divertida. ¿De verdad no te acuerdas de nada? Oye, que estabas bien. Bueno, a ver, bien del todo no, pero se notaba que te lo pasabas en grande. De no ser así, jamás habría seguido adelante.

—Tal vez me vengan los recuerdos más tarde, pero ahora mismo tengo la mente en blanco, lo siento. No te agobies —le pido al notar cómo el semblante se le descompone y pierde el color de golpe—. Mira el lado bueno: puede que hasta me hayas ayudado a desbloquear una pantalla.

No caza la indirecta a la primera. Por supuesto, la idea de que fuera virgen a mi edad le resulta impensable y casi me produce ternura verlo tan apurado.

—Hostia, Ava, dime que no eres… que eras… Ava, por favor.

—¿Virgen? Ehhh, tranquilo, no van por ahí los tiros. Y no te preocupes: si me aseguras que lo pasamos bien, es una buena noticia, créeme. Lo molesto es no acordarme de nada con lo buenorro que estás. Es una putada.

—Ja, ja, ja. Ya te vale, Martín —se ríe aliviado—. Han tenido que pasar cuatro años y sobrepasarnos con las copas para que dejes salir tu lado salvaje y divertido.

—Ha sido una buena forma de despedirnos —zanjo antes de que la conversación tome un rumbo indeseado.

—O de empezar algo —deja caer.

—Uy, para, para... No, no estoy en el punto de comenzar nada con nadie. Te lo dije ayer. Sí, la noche ha estado genial y lo del polvo ha sido un gran paso, pero no es mi momento. Tengo dos másteres a la vista y una oposición exigente, por no hablar de la academia que me obligará a mudarme de nuevo. No, Rober, no vamos a tener nada más. Además, y de esto sí me acuerdo perfectamente, tu chica te dejó por teléfono ayer por la tarde. No me malinterpretes: no me arrepiento de lo que hemos hecho, sea lo que sea, pero imagino que tu estado de ánimo también influyó en lo que pasó.

Se incorpora en la cama, alza la mano y acaricia mi mejilla con la yema de los dedos. La sensación no me produce rechazo. Se inclina hacia mis labios y me roza con un beso suave, lento y pausado.

—Tienes razón —admite en voz baja—. No eres una persona a la que usar para sacar otro clavo. Y yo no estoy en condiciones de ofrecerte nada serio ahora mismo. Aunque oye... un revolcón antiestrés de vez en cuando no nos vendría mal —bromea de nuevo.

Le asesto un empujón en el pecho y cae de espaldas sobre la colcha, riéndose a carcajadas.

—Cómo se nota que te machacas en el gimnasio. Con lo canija que pareces y la fuerza que gastas, niña.

—Mejor me visto y me voy.

—Date una ducha tranquila mientras preparo café, ¿de acuerdo? Luego te acompaño. Y, Ava... —me detengo al pie de la puerta y lo miro aguardando a que continúe—. Si te apetece que quedemos un día de estos y me leas el borrador del trabajo, solo tienes que llamarme.

—Hecho.

Recojo la ropa desperdigada por el suelo; sí, todo indica que teníamos prisa la noche anterior. No guardo malos recuerdos de lo sucedido, tampoco buenos, pero me digo que si hubiera resultado algo traumático mi memoria lo habría retenido. Me meto en la ducha y dejo que el agua me relaje. Decido no lavarme el pelo —ya lo haré al llegar a mi piso— al comprobar que no hay acondicionador en la repisa, detalle que me hace suponer que su novia, o su ex, jamás ha llegado a dormir aquí.

—Ava —la voz de Rober atraviesa la puerta y, lejos de incomodarme, su cercanía me transmite calma—. En el mueble del lavabo tienes acondicionador, por si te vas a lavar el pelo.

—Gracias, pero paso, no tengo ganas de andar ahora con el secador y todo el lío.

—Vale.

Compartimos un par de tazas de café y las tostadas con tomate que ha preparado. Mientras recojo un poco la cocina él entra a ducharse. Aunque le aseguro que no hace falta que me acompañe a la calle, insiste en bajar conmigo.

—Bueno, lo dicho, Ava: estoy disponible para lo que haga falta. Un polvo, repasar el TFG, un café, un chupito...

Le doy un empujón cariñoso con el hombro que lo hace reír. Me acerco y le planto un beso en la mejilla. Su perfume me resulta agradable: es fresco, suave, sin resultar empalagoso.

—Tomo nota. Lo he pasado bien, al menos mientras he sido consciente.

—Y todo el tiempo, créeme. Joder, Martín, si te hubiera visto fuera de juego no habría seguido adelante. Para eso tengo estos cinco —añade, mostrando la mano derecha.

—Que sí. Chao, pescao.

Subo las escaleras hacia mi casa acompañada por una sensación extraña que no logro identificar. ¿Ligereza? Ni idea. Solo me queda comprobar en otra ocasión si mi cuerpo vuelve a funcionar con normalidad o si todo fue un espejismo fruto del alcohol.



El día previo a la lectura del TFG quedo con Rober para ensayar. Yo le leo mi exposición, él me lee la suya. Llevamos las presentaciones preparadas al milímetro; solo espero que el tribunal me otorgue la calificación que merezco y no estropear mi nota media a las puertas de la meta. Al terminar la sesión decidimos salir a dar un paseo. Como mañana debemos madrugar para ir a la facultad, nos limitamos a tomar unas tapas en una plaza tranquila cerca de su piso. Luego me acompaña caminando hasta mi portal y nos despedimos hasta la mañana siguiente, cuando pasaré a recogerlo en mi coche: un pequeño Toyota que le compré a Ivette y que estoy segura de que me dejó prácticamente a precio de saldo.

La defensa del trabajo resulta todo un éxito. Me conceden un sobresaliente, de modo que cierro la carrera manteniendo una media excelente y con varias matrículas de honor en el expediente. Rober saca una nota algo inferior, pero más que suficiente para acceder al máster en Psicología General Sanitaria que tanto desea antes de volcarse en la preparación del PIR. Me propone celebrarlo con unas copas esa misma noche. Aunque al principio rechazo la idea, al salir del curro de la tienda lo llamo para comprobar si la propuesta sigue en pie.

—*Martín, ¿ya me echas de menos?* —responde al segundo tono.

—¿Sigue en pie esa copa?

—*Mmmm... No sé, no sé, a mí no me va eso de ser la segunda opción* —bromea.

—Bueno, pues nada, tiraré de la tercera. Chao.

—*¡Nooo! Que sí, boba. ¿Has salido ya del trabajo?*

—Acabo de entrar en casa. Me cambio a toda prisa y nos vemos en el mercado. Tapeamos algo y luego salimos a quemar la noche, que mañana no trabajo hasta la tarde.

—*Hecho. ¿En media hora?*

—Perfecto.

Abro el armario y, de pronto, un pellizco de nerviosismo me sacude el estómago. ¿En serio? ¿A estas alturas?

Selecciono un pantalón de lino blanco y una blusa roja sin mangas, con volantes y un escote en la espalda. Por más tiempo que pase, no puedo evitar que el color rojo me traiga de inmediato el recuerdo de Bosco. Me recojo el pelo en un moño despeinado para dejar la espalda al descubierto, ahúmo mis ojos con lápiz negro y me aplico un toque de brillo rojizo en los labios. Al mirarme al espejo descubro que mis ojos brillan con un azul muy intenso.

«¿Qué coño haces, Ava?», me pregunto. *«Disfrutar»,* me responde esa parte irracional que llevo tanto tiempo haciendo callar.

Llego al mercado y encuentro a Rober en la terraza del local contiguo haciéndome señas con el brazo. Está guapo, condenadamente guapo. Lleva una camisa azul claro remangada en los antebrazos que resalta un bronceado envidiable —a mi lado, da la impresión de haber pasado un mes en el Caribe—, unos vaqueros oscuros y zapatillas blancas. El cabello rubio oscuro, los ojos castaños y las facciones varoniles pero amables lo convierten en un chico de lo más atractivo. Resulta absurdo no haber reparado en ello antes. Se levanta y me saluda con un beso en la mejilla. Nunca nos damos dos; ignoro el motivo.

—Ey, estás muy guapa, Martín —comenta en cuanto nos acomodamos.

—Para ir a juego contigo. ¿Siempre has sido tan guapo?

—Ja, ja, ja. Ni idea, creo que mantengo la misma cara desde que me quitaron la ortodoncia y dejaron de salirme granos.

—Pues fíjate, ni me había dado cuenta.

Pedimos unas raciones para compartir —las croquetas de este sitio sí son caseras— y decidimos continuar la celebración en algún pub cercano. Me prometo a mí misma que solo me tomaré una copa; a lo sumo, dos.

En el antro elegido se puede bailar. Cuando empiezan a sonar los acordes de *Bailando* y la bachata de *Propuesta indecente*, Rober me agarra de la mano y me arrastra hacia el centro de la multitud, donde la gente se mueve y se roza al ritmo de la música. Yo no suelo bailar, a decir verdad, ni siquiera salgo de fiesta desde que me mudé a Madrid, así que la situación me resulta del todo insólita. Sin embargo, al sentir sus manos asentándose en mi cintura, me obligo a soltarme para no parecer un poste. La letra de la segunda canción destila una sensualidad evidente que mi acompañante, a quien no se le da nada mal moverse, tararea al oído sin apartar sus ojos de los míos.

No sé si me gusta o no el rumbo que está tomando la noche, aunque lo cierto es que, por una vez en muchos años, me apetece dejar de analizarlo todo y lanzarme. Llegar hasta donde sea que nos lleven la música, el alcohol y la madrugada.

—No te imaginaba de bailarín —digo con sorna, notando que el efecto del mojito empieza a calarme hondo.

—Uno guarda sus secretos —responde con una sonrisa pilla mientras toma mi mano para hacerme girar sobre mis cuñas y pegar mi espalda contra su pecho.

Siento su respiración tibia acariciándome la piel del cuello y se me eriza el vello en una reacción tan olvidada como placentera. Así que va a ser verdad que cuando nos acostamos lo pasé bien. En un ataque de osadía, me giro sobre mis talones, le rodeo el cuello con los brazos y me pego a su boca mientras mantengo un bamboleo constante al ritmo de la bachata. Ahora sus palmas descienden por la piel desnuda de mi espalda. Sus ojos se clavan en mis labios y, en un gesto instintivo, me los humedezco con la punta de la lengua.

—Ava... —murmura. Su voz suena rota, áspera, casi como un gruñido ahogado.

Me pego un poco más a su cuerpo, hundo los dedos entre los mechones de su nuca y acorto los centímetros que nos separan para morderle el labio inferior. Juego con él, le tiento con sutileza hasta que mi lengua se abre paso entre sus dientes para buscar la suya. Sus manos descienden por debajo de la cintura, asentándose en mi culo para pegarme a sus caderas, haciéndome sentir la evidencia de

su excitación. No me aparto. No lo rechazo. No es Bosco, ni de lejos me remueve las entrañas de la misma manera, pero un calor agradable y líquido se instala en mi sexo, humedeciéndome al ritmo de la música.

Rober me arrastra fuera de la pista hacia una zona más apartada. Una de sus manos acaricia mi cuello, la otra se pierde en el escote de mi espalda y las mías se deslizan por debajo de su camisa buscando el tacto cálido de su pecho.

—¿Y si nos vamos? —susurro contra sus labios.

—¿Estás segura? Luego no quiero que me salgas con que...

No lo dejo terminar. Lo tomo de la mano y me abro paso hacia la salida. En la puerta escudriño la calle a ambos lados en busca de un taxi libre. No estamos lejos de mi piso, pero no me apetece andar. Unos chicos se apean de uno justo enfrente y aprovecho para ocupar el asiento trasero con él.

Lejos de aplacarse, la excitación va a más. Tengo ganas de llegar, pero una punzada de incertidumbre me encoge el estómago al preguntarme qué va a pasar exactamente en cuanto crucemos el umbral. La mano de Rober vuelve a buscar el calor de mi espalda. Sus ojos centellean en la penumbra del coche. Se ha acomodado en la plaza central para mantenerse pegado a mí.

Se inclina hacia mi oído y su aliento me roza la oreja:

—¿Estás bien? Ava, de verdad, no quiero que mañana te arrepientas o vuelvas a decirme que no recuerdas nada.

—No me arrepentí la primera vez, pero te juro que no me acuerdo. Y si estoy aquí ahora mismo y vamos a mi casa es porque quiero esto, Rober. No le des más vueltas, a menos que seas tú el que prefiera dar marcha atrás.

—¿Te parece que tengo cara de querer frenar? Creo que es más que evidente lo que me provocas.

—Ya, pero hace nada que dejaste a tu novia. Y yo…

—Solo un buen rato, Ava —me interrumpe—. Nada más. A menos que tú busques otra cosa; en ese caso será mejor que me marche en el taxi en cuanto te deje en tu portal.

—No, al contrario. Te iba a decir que no quiero meterme en una relación. O no puedo, más bien.

—Todo aclarado entonces.

Sigo negándome a la posibilidad de tener pareja, lo sé. Tal vez ha llegado la hora de replantearme las cosas si se presenta la oportunidad, pero mi parte herida termina ganando la batalla una y otra vez. Además, sería absurdo iniciar nada a las puertas de marcharme de nuevo. No sé dónde terminaré destinada cuando consiga la plaza en la Policía. Mi meta sigue siendo regresar a mi tierra...

Llegamos a mi portal y nos colamos en la cabina del ascensor justo cuando una vecina, otra chica de la universidad, sale con su pareja. En cuanto la puerta se cierra, Rober me acorrala contra el espejo y su boca se apodera de la mía, provocando que me tense al instante, rígida como una tabla. Mi amigo lo percibe al segundo y se detiene. Toma mi rostro entre las palmas para obligarme a mirarlo.

—Ava… —murmura—. Soy yo.

—Lo siento. Es un reflejo involuntario, por eso me extrañó tanto cuando me dijiste que la otra noche...

La puerta del ascensor se abre de golpe y mi planta aparece ante nosotros. El piloto de la luz de emergencia baña el pasillo con un matiz cálido. Rober me toma de la mano y salimos al distribuidor.

—No pasa nada —asegura, haciendo ademán de soltarme—. Me voy a mi casa y mañana lo hablamos con calma.

Le aprieto los dedos para impedirlo.

—Quiero que te quedes. Quiero seguir, Rober. Estoy cansada de vivir así, necesito sentirme normal de una vez...

—Joder, Ava... No tengo la menor idea de qué te ocurre ni de qué te pasó, pero eres una chica completamente normal, cariño. Y no puedes forzarte a hacer nada que no te pida el cuerpo.

Logro dar con las llaves en el fondo del bolso tras unos segundos de torpeza y entramos en el piso. La lámpara de sal nos recibe desde la consola con un fulgor anaranjado y el aroma a *chai* del ambientador me me hace sentir mejor. Evito encender las luces; por las rendijas de la persiana entornada se filtra el resplandor tenue de una farola de la calle. Me encamino hacia el sofá del salón sin soltarle la mano.

No suelo beber en casa, así que no tengo gran cosa que ofrecerle, salvo algún refresco o una botella de *frizzante* en la nevera. Le sugiero abrirla, pero rechaza el ofrecimiento.

—¿Prefieres que hablemos? —pregunta. Niego en silencio con la cabeza—. ¿Te encuentras mejor?

—Eso creo. Perdóname.

—No tienes nada por lo que pedir perdón. Sabes de sobra que cualquiera puede cambiar de opinión, ¿verdad? Hasta el último segundo.

—Te han educado muy bien —intento esbozar una sonrisa.

—Es algo básico, ¿no? No le hagas a los demás lo que no te gustaría que te hicieran a ti. Eso sirve para la cama y para todo lo demás. Además, me he criado entre hermanas y primas; al final es cuestión de puro sentido común.

Me acaricia la mejilla y detiene el pulgar en el contorno de mis labios. Me apoyo contra su mano y coloco la mía sobre ella.

—Ya... También hay otras cosas que deberían ser de sentido común y no siempre se respetan —respondo, impidiendo que retire el contacto.

Vuelvo a acortar la distancia. Deseo continuar con lo que empezamos en el pub. Me acomodo a horcajadas sobre sus muslos, sin decidirme del todo a volcar el peso de mi cuerpo. Sus ojos castaños me examinan con detenimiento, descifrando cada una de mis reacciones.

—Ava... De verdad, no tienes que obligarte a nada —insiste al sentir cómo me acomodo sobre su pelvis, donde su erección vuelve a hacerse evidente.

Hago oídos sordos a sus dudas, me inclino sobre su rostro y lo beso. Sus manos regresan a la piel desnuda de mi espalda, despertándome un cosquilleo eléctrico que me resulta placentero. No dejo de mirarlo, me gusta como besa. No es Bosco, pero es cuidadoso, mima mi boca y me acaricia con dulzura. Nuestras respiraciones se aceleran, mi excitación crece y deja escapar un gemido ahogado contra mis labios.

—Me chifla como sabes, nena.

Esta vez no me molesta el apelativo. En este instante y bajo esta luz no me importa. Necesito sentir el calor de su piel, de modo que le desabrocho los botones de la camisa para comprobar cómo el tacto de mis dedos también le altera y le eriza el vello del pecho. Desabrocha el lazo que une el cuello de mi blusa y deja caer la tela; mis pezones se endurecen al instante por el impacto del aire fresco en la estancia. Una sombra del pasado intenta colarse en mi cabeza pero la combato con todas mis fuerzas, buscando la chispa de fuego en sus ojos. Rober abandona mi boca para deslizar los labios hacia la garganta y descender hasta mi pecho. De forma casi inconsciente arqueo la espalda para facilitarle el acceso; mientras sostiene su mirada fija en la mía, me acaricia con la lengua despacio, desatando una oleada de deliciosos escalofríos.

—Vamos a la habitación —escucho que le digo, con un hilo de voz apenas audible.

Me pongo en pie y me sigue a tientas, con los dedos entrelazados y la respiración agitada.

—Déjame verte bien —me pide, ayudándome a quitarme del todo la penda roja que descansaba sobre el pantalón.

Por una fracción de segundo sufro un bloqueo: me asaltan otras voces, otras manos indeseadas, el fantasma de una niña indefensa muchos años atrás...

—Ava, ¿quieres parar? —su voz suave, mi nuevo nombre, mi vida actual, me devuelve al presente. Nada de esto guarda relación con aquella Nicole que murió hace casi diez años.

—No. Quiero seguir. Yo también quiero verte —respondo, en un ataque de osadía.

Le quito la camisa para recrearme en su torso, descubriendo el tatuaje con el símbolo ψ y un par de mariposas azules en cada extremo de la palabra *Psi.* Es bonito, elegante. Yo solo tengo una pequeña flor marchita grabada en el brazo; un estigma que me recuerda demasiadas sombras.

—Eres preciosa, Ava —murmura con devoción—. Ignoro si las barreras que te impones vienen de algo que te dijeron en su día, pero si es así, haz el favor de olvidarlo. Me gustas muchísimo.

Aunque los dos sepamos que este no es el momento adecuado para nosotros.

Sus labios vuelven a recorrer mi cuello. Descubro nuestro reflejo en el espejo colgado sobre una antigua cómoda y, lejos de incomodarme, la estampa estimula mi deseo. Siento cómo mi sexo se humedece por momentos y me esfuerzo por sepultar definitivamente las imágenes trágicas que mi memoria insiste en rescatar.

Le dejo hacer, recreándome en unas sensaciones que por primera vez en la vida me resultan placenteras; solo que por un segundo, solo por un instante fugaz, no es Rober quien está conmigo, e imagino cómo habría sido esto cuatro años atrás con otro chico, en otro lugar...

Sus manos se pasean con suavidad sobre mis pezones, que se endurecen todavía más bajo su tacto. Abro los ojos para regresar de golpe a la realidad, con mi compañero, con el chico que últimamente me hacer reír y con el que parece que el sexo no supondrá algo obligado ni desagradable. Lo descubro observando nuestro reflejo en el espejo y una sonrisa franca se me dibuja en el rostro antes de darme la vuelta para desabrocharle el pantalón y acariciarlo. Eso sí sé bien cómo hacerlo; por desgracia, lo aprendí demasiado pronto. Pero esta situación es distinta y me obligo a disfrutar devolviéndole el placer que me regala mientras su mano se adentra en mi pantalón.

—¡Joder, Ava! —exclama al notar la humedad en sus dedos—. Necesito saborearte.

No sé si lo deseo del todo, pero me dejo hacer. Se lleva las yemas impregnadas a la boca, me guía hasta la cama y me empuja con delicadeza, dejándome caer de espaldas antes de despojarme del pantalón. Me contempla con la respiración agitada mientras su bóxer se tensa al límite. Subo las piernas al colchón y las separo, invitándolo a continuar. No se lo piensa: desliza las palmas por mis muslos hasta alcanzar mis braguitas, una pieza minúscula que baja despacio hasta dejarme a su merced.

—¿Estás segura de esto? —vuelve a indagar al ver que no digo nada. La verdad es que soy incapaz de articular palabra.

—Sí... quiero seguir. Te aseguro que no sé cómo fue el otro día, pero esto es nuevo para mí y me gusta —Esta vez le hablo con absoluta sinceridad, aunque calle los detalles amargos.

No necesito explicarle nada más. Su sonrisa se ensancha y se hunde entre mis piernas, apoyando mis muslos sobre sus hombros. La primera pasada de su lengua resulta intensa, pero nada comparable con lo que sobreviene a continuación, y desde luego a años luz de lo que me provoca cuando cuela los dedos en mi interior. Busca no sé qué punto exacto, pero las corrientes eléctricas que me recorren me transportan al paraíso. Ahora comprendo tantas cosas que había oído a otros y que jamás logré entender. Nada que ver tampoco con lo experimentado en sueños. Esto puede crear adicción, lo tengo clarísimo. Acompaño sus embestidas con un balanceo de caderas y, cuando el placer se vuelve insoportable e intento cerrar las piernas, él me las sujeta con firmeza. Siento que me rompo en mil pedazos en lo que intuyo un orgasmo de nivel estratosférico.

—Rober… dime que tienes condones — —casi le suplico. Quiero que siga, necesito sentirlo dentro.

—Shh, disfrútalo, que aún no he terminado contigo —responde sin interrumpir el vaivén de sus dedos, mirándome con el rostro brillante por mis fluidos.

Con la mano libre busca en el bolsillo trasero de su pantalón tirado en el suelo, extrae la cartera y saca un sobrecillo. Me incorporo como puedo y se lo quito de los dedos mientras mantiene su acoso sobre mi sexo. Rompo el envoltorio, lo ayudo a deshacerse del bóxer y se lo coloco. Solo entonces abandona mi coño y me mira con los ojos encendidos y la respiración acelerada.

—He de decirte, Ava, que hoy estás mucho mejor. Te quiero encima de mí; quiero que lleves el ritmo y que te corras de nuevo.

Joder, ¿eso es posible en la vida real?

—Pero...

Ni me deja terminar. Se tumba de espaldas y tira de mí para acomodarme sobre su vientre. En un principio me quedo inmóvil, pero toma mis manos y las guía hacia su pecho. Reacciono acariciándole la piel cálida, notando cómo se le eriza bajo mis

yemas. Sus palmas se posan en mis caderas y ya no me quedan excusas; tampoco es que quiera buscarlas. Me coloco en cuclillas sobre el colchón y me dejo caer despacio sobre su erección. Deja escapar un gemido al sentir cómo me penetra y yo, animada por sus caricias, empiezo a marcar el vaivén, tanteando la forma de darle placer.

—¿Bien? —me pregunta entre jadeos.

—Sí — Me inclino sobre su cara y me apodero de sus labios accediendo a su interior, donde su lengua y la mía emprenden un juego que nos va calentando más.

Sin esperarlo, noto cómo la marea del deseo vuelve a subir dentro de mí cuando su mano libre se abre paso entre nuestros cuerpos para acariciarme el clítoris.

—Es que me pones a mil... Como sigas a este ritmo no te voy a durar ni un minuto. Eres la hostia, Ava —gime contra mi boca.

—No te preocupes… Jooder, Robeeer —Pues sí que se le da bien a este chico. Se le nota la experiencia.

No sé cómo lo consigue, pero en cuestión de poco tiempo me tiene al borde de un segundo orgasmo que no esperaba, pero que ni de lejos voy a rechazar. Esto está resultando de una intensidad insaciable y no quiero que termine.

Me yergo sobre él para moverme más rápido y, justo cuando creo que ya no puedo más, siento que acelera el ritmo y se deja ir. Antes de terminar, me da la vuelta llevando de nuevo mis piernas sobre sus hombros y deja en suspenso el orgasmo, que se vuelve brutal cuando sale del todo para embestirme otra vez unos instantes, más hasta que nuestro ritmo se acompasa, sale de mi interior y se deja caer a mi lado, dejándome una extraña sensación de vacío.

Se pone en pie para quitarse el preservativo y tirarlo al baño. Cuando regresa a la cama me encuentra pertrechada tras la sábana.

—Eh, ¿por qué te tapas? No te ha quedado claro que me chiflas —dice sentándose a mi lado sin cortarse un pelo —¿Quieres que me vaya?

Su pregunta me toma por sorpresa y hasta me produce un chispazo de molestia.

—¿Por? ¿Es que te apetece irte? Sé que solo somos amigos, o follamigos, o que esto ha sido un simple polvo, pero...

—¿Quéééé? No, boba, no lo digo por mí, sino por ti. No sabía si te incomodaba mi presencia tras esto. Anda, ven aquí.

Tira del embozo y me rodea con los brazos. Hace tanto tiempo que nadie me estrechaba de esa manera que el gesto casi consigue que se me desborden las lágrimas. Dejo escapar un suspiro demasiado profundo y él capta al vuelo que algo me aflige. Se distancia unos centímetros y me mira al rostro.

—¿Qué ocurre? Ava, de verdad, me visto y me voy sin problema si prefieres estar sola. Si he hecho algo mal, dímelo, por favor.

Me acerco a sus labios buscando su calor y no duda en darme el contacto que necesito. No es mucho rato, pero si lo justo para hacerme sentir mejor.

—No, quédate, en serio. Es solo que hace tanto tiempo que nadie me daba un abrazo así que me ha pillado por sorpresa.

—¿Qué han hecho contigo? —murmura con ternura—. Esta no es la chica dura que pretendes vender al mundo.

—Cosas que pasaron. Ya estoy mejor.

Se acomoda a mi lado en la cama mientras le hago sitio bajo la sábana. No me suelta; mantiene el brazo rodeándome la cintura. Salvo aquella noche confusa de la que no guardo memoria, y sin contar lo de Bosco, con quien jamás llegué a nada físico, nunca he dormido con un hombre. Descubro que no es una sensación desagradable. Sentirse querida de vez en cuando sienta jodidamente bien.

—Soy bueno escuchando, ¿sabes? Soy psicólogo, o casi —sonríe mientras me acaricia la mejilla.

—Lo sé. Y vas a ser un terapeuta extraordinario muy pronto.

12

OTRA DESPEDIDA



«Ahora la pobre niña estaba sola y desamparada en el inmenso bosque, y tenía tanto miedo que miraba las hojas de los árboles y no sabía qué hacer».

— BLANCANIEVES, JACOB GRIMM.

Cuando me despierto ya es tarde. Una vez más, la persiana olvidada permite que la luz matutina se cuele a raudales por la ventana. Estiro la mano sobre la sábana; el lado donde Rober dormía permanece vacío, pero el murmullo del agua en el baño delata su presencia. Me desperezo despacio y realizo un chequeo mental buscando algún rastro de dolor; esa punzada agria con la que asociaba el sexo en otra etapa de mi existencia. No hay nada de eso.

Tan solo me envuelve una sensación agradable, mezclada con el leve cansancio muscular que la actividad de la noche me ha dejado en el cuerpo. Nada desagradable. Recuerdo sus caricias, las palabras al oído, sus besos y la calidez de su abrazo hasta que me venció el sueño, y me resulta imposible contener una sonrisa.

—Buenos días... Espero que no te haya molestado que use tu ducha —reaparece en el dormitorio con una toalla anudada a la cadera.

Gotas de agua resbalan desde su pelo revuelto por el pecho y el abdomen, provocándome un delicioso temblor en el estómago.

—Había pensado en cobrarte el uso de las instalaciones, pero al verte en plan deportista de élite he decidido que tal vez me cobre en especias...

—Ja, ja, ja. Yo pensaba bajar a por unos churros, pero si prefieres que moje el mío en otra parte...

—Mmmmm… churros.

Se aproxima a la cama, se inclina y roza sus labios con los míos sin perder la sonrisa.

—Provocadora. Venga, me visto y bajo un momento a la cafetería. ¿Traigo también chocolate?

—No, de eso tengo yo en la despensa. Es que no me sirve cualquier marca.

—Encima especialita la niña. Va, que se nos hace tarde.

Me planta otro beso y se gira hacia su ropa mientras lo sigo con la mirada. Me levanto para encaminarme al baño antes de que regrese y le indico que coja mi juego de llaves de la mesita de la entrada por si no he terminado de arreglarme.

Salgo con la cabellera recogida en una toalla a modo de turbante, luciendo una camiseta ancha de estar por casa y un pantalón corto. Voy a la cocina a preparar el chocolate caliente.

Desayunamos entre risas y ocurrencias, rescatando anécdotas divertidas de los cuatro años de grado. A mediodía continuamos en el piso sin la menor intención de cambiar de ocupación, tirados en el sofá.

—¿De verdad te toca ir a trabajar esta tarde? —pregunta Rober, buscándome con la mirada.

—Si, eso me temo.

—Joder, es que el tiempo a tu lado pasa volando. Bueno, pedimos una *pizza* para comer, te acerco a la tienda en el coche y luego me voy a mi casa.

Llega el día fijado para el examen teórico de la oposición a la Policía Nacional. Trato de templar los nervios. Son cien preguntas tipo test con tres opciones de respuesta y cincuenta minutos de margen para completar el cuestionario. No entraña mayor problema.

En cuanto entrego el examen y cruzo las puertas de la sede, el teléfono me vibra en el bolsillo.

Ya tienes un pie dentro, inspectora.

Me quedo unos segundos contemplando la pantalla antes de teclear la respuesta:

Bueno, todavía queda camino por recorrer, pero ya he dado el primer paso.

A lo largo del curso apenas coincidimos. Él anda volcado en las prácticas y asignaturas de su máster sanitario; yo divido mis horas entre mis dos posgrados, la tienda de Ivette y el estudio intensivo de la oposición. Además, prefiero mantener las distancias para evitar dejar más damnificados a mi paso cuando me marche a la academia de Ávila.

Su nombre vuelve a parpadear en la pantalla:

¿Una birra?

Me lo pienso unos instantes mientras me encamino hacia el coche. Al sentarme al volante, antes de accionar el contacto, decido concederme una tregua: hace al menos dos meses que no nos vemos.

¿Solo una? ¿En la terraza del mercado a las ocho?

Ok 👌

Nos tomamos un par de cervezas acompañadas por unas tapas sencillas. Me queda claro desde el primer instante que Rober albergaba otras intenciones para la noche, pero volver a subir a mi piso no era una opción. Ignoro si mi mente vuelve a actuar con su rigidez habitual, pero me descubro marcando distancias de nuevo,

por mucho que todavía me resten unos meses de estancia en la capital.

Cumplo lo que le he prometido, a pesar de que las ganas nos empujan con fuerza y, al llegar al descansillo de mi portal, me toca frenarlo antes de que su *acoso* continúe.

—Te dije que solo una copa, Rob —le recuerdo.

—Ya, pero pensé que... Otras veces...

Me siento fatal al verlo dudar, pero esto no puede prolongarse por más tiempo. A lo largo del último año he percibido que las cosas entre los dos se han acelerado a una velocidad peligrosa y no es lo que busco. No es lo que debemos hacer. No es el momento. Nunca lo será.

—Lo siento, nena —añade—. Supongo que tienes razón y que esto no era lo que teníamos previsto, pero hay impulsos difíciles de controlar.

—Tal vez lo más sensato sea dejar de vernos —le planteo—. No quiero hacerte daño ni que nos lo hagamos mutuamente. Sabes de sobra que lo nuestro no era más que...

—Ya —me interrumpe sin dejarme concluir—. Pero sabes bien lo que dicen sobre el roce, ¿no?

—Sabes que pronto me marcho a la academia y que después ignoro dónde me van a destinar. No es una buena idea. Eso sí, nunca olvidaré que fuiste tú quien me sacó del bloqueo.

—Vaya... Al final parece que el clavo para sacar otro clavo he sido yo —sus palabras suenan impregnadas de despecho. Duele escucharlo, pero es ahora o más tarde será peor.

Le acaricio la mejilla. En el último año se ha dejado una barba corta de varios días que le sienta muy bien; cualquiera podría enamorarse de él. Alguien emocionalmente sana. Yo no.

—No lo digas así. Para mí has sido alguien importante. Mucho. Más de lo que puedas imaginar.

Aparta mi mano con delicadeza pero enlaza sus dedos con los míos. Deja escapar un suspiro de resignación y se inclina para besarme. No profundiza en el contacto: es apenas un roce sutil de labios, suficiente para dejarme claro que la historia ha llegado a su

fin y que, por muy necesario que sea, no resulta en absoluto indoloro.

Otra vez estoy sola.

Otra vez apartando de mi lado a las personas que me quieren.

Otra vez los restos de aquella niña rota ganándole la partida a la futura inspectora.

—Ava... —toma aire antes de continuar—. No quiero perder el contacto contigo. Me da igual la distancia; ya buscaríamos la forma de cuadrar.

—Rober, la distancia arruinó la relación con tu ex porque ella se negó a mudarse contigo y tú rehusaste regresar a Murcia. Las relaciones a distancia no salen bien. Y yo no sirvo para amar a nadie. Hay algo roto dentro de mí por mucho que aparente ser una persona normal.

—Joder, nena, deja de repetirte eso. Eres una chica normal, coño. Si supiera quién te hizo todo ese daño, removería cielo y tierra hasta dar con él y hacerle pagar por tanta mierda que te metieron en la cabeza. ¿Nunca me contarás qué pasó?

—Nada que importe ya —respondo en un murmullo.

La puerta se abre y la conversación queda suspendida en un silencio tenso y espeso, que ni mi vecina con su simpatía habitual, ni el alegre *cocker* que me busca las manos para que lo acaricie consiguen aligerar la tensión del ambiente.

—Buenas noches —nos saluda la chica, tirando de la correa para evitar que el perro se me abalance sobre las piernas.

—Buenas noches —contestamos los dos al unísono.

En cuanto la vecina se aleja y vuelvo a cruzar la mirada con Rober, sé que no va a soltar el tema.

—No digas que no importa cuando salta a la vista que te sigue afectando.

—Llevo años acudiendo a terapia; o he estado yendo, más bien. No me sirve de nada, Rob. Y me niego a destrozarte a ti también. Encontrarás a alguien en el futuro, pero esa persona no puedo ser yo.

—Lo tenías decidido desde hace tiempo, ¿verdad? Por eso marcaste distancias estos últimos meses —no le respondo; desvío

los ojos hacia la acera, incapaz de sostenerle la mirada y descubrir en su rostro el mismo dolor que vi años atrás en otros ojos—. De acuerdo, Ava. Me marcho. Ya lo has dicho todo. Que te vaya bien.

—Pero, Rob…

Se da la vuelta y entonces descubro en su rictus una mezcla de tristeza y resignación que me atraviesa el pecho.

—¿Rob qué, Ava? ¿Acaso no es la verdad? Tienes razón: lo más inteligente es cortar por lo sano aquí y ahora. Yo también estoy convencido de que terminarás encontrando a alguien por quien no te importe arriesgarte y que te haga sepultar toda esa mierda del pasado, pero está claro que ese papel no me corresponde a mí.

Sonrío sin pizca de humor, consciente de que esa predicción jamás se cumplirá. Mucho menos sabiendo que existe la posibilidad de que ni siquiera pueda engendrar hijos, un secreto que guardo bajo llave y que nadie conoce.

No añadimos nada más. Al cruzar el umbral del portal lo veo alejarse por la acera con los hombros caídos. Saca el teléfono del bolsillo y, al instante, el mío vibra dentro del bolso.

Te quiero, Ava. Siento no haber sido suficiente para ti.

La que no es suficiente para nadie soy yo.

Subo en el ascensor sintiendo cómo las lágrimas me queman en los ojos y un nudo me atenaza la garganta. Una vez más he vuelto a expulsar de mi vida lo único bueno que poseía, víctima de un pasado que no puede regresar pero que tampoco me permite avanzar.

13

LA INSPECTORA MARTÍN



«Blancanieves yació así en el ataúd durante mucho, mucho tiempo, sin descomponerse; parecía tan solo como si estuviera durmiendo».

— *BLANCANIEVES. JACOB GRIMM.*

El período de formación en la academia ha concluido. Mis calificaciones son las más elevadas de la promoción, lo que me otorga prioridad a la hora de elegir destino. Soy consciente de que no todos los compañeros han obtenido unos resultados tan brillantes; salta a la vista y resulta obvio que mi expediente no me convierte en la persona más popular del grupo, pero me da exactamente igual. He trabajado duro, no me he permitido una sola salida ni un momento de distracción desde que me mudé a Ávila y ahora recojo los frutos. Tras el desenlace con Rober decidí no volver a relacionarme con nadie a nivel sentimental. Me niego a causar más daño a las personas que se acercan a mí; no quiero añadir más peso a mi conciencia. De modo que he cumplido mi promesa a rajatabla.

Hoy me incorporo a la UFAM, la Unidad de Atención a la Familia y Mujer. Estuve tentada de solicitar plaza en la UDYCO, pero considerando mi expediente académico y mi formación previa, concluyo que seré de mayor utilidad en este departamento.

Me han acogido bien; imagino que el hecho de contar con una presencia mayoritariamente femenina favorece una sensibilidad distinta hacia determinados delitos.

Al incorporarme al cuerpo con el empleo de inspectora decidí ponerme en contacto con Mariana. No habíamos hablado en años. Le confesé el temor que me producía mi pasado, el miedo a que aquellos hechos condicionaran mi puesto o mis opciones futuras de ascenso. Cuarenta y ocho horas después de aquella llamada, el comisario me citó en su despacho. Junto a él me aguardaba una inspectora de la unidad.

La aprehensión que se me amontona en el estómago me impide articular palabra; dudo incluso de que mi «buenos días» haya resultado audible.

—Siéntate, Ava —me indica el comisario.

Escuchar mi nombre de pila en lugar de mi apellido o mi grado policial me descoloca. Obedezco y me acomodo en la silla frente a su mesa. El retrato del rey, la bandera nacional, una librería repleta de manuales jurídicos, varios marcos con fotografías personales, un equipo informático más moderno de lo habitual y una cafetera de diseño en un rincón componen el mobiliario de la estancia.

—¿Te apetece un café? Un buen amigo me ha regalado esa máquina y te aseguro que prepara un *espresso* excelente.

—No, gracias, comisario —respondo, manoseando la goma del pelo que llevo en la muñeca.

—Llámame Diego, por favor. Al menos en privado. Una excelente amiga me ha hablado muy bien de ti. He estado revisando tu expediente personal; lamento todo por lo que tuviste que pasar en tu infancia. Me pongo en tu lugar y...

Joder… ¿En serio?

—Yo… —ni sé que responder.

—No te preocupes: no es una información que nadie en esta plantilla vaya a conocer. Tu historial goza de la máxima confidencialidad, pero debo admitir que tu trayectoria resulta impresionante. Eres muy joven y brillante: cuentas con dos másteres y una carrera universitaria con notas sobresalientes. Sé que te has construido a ti misma desde abajo, y ahora comprendo tu elección

de incorporarte a la UFAM; vas a prestar un servicio inestimable aquí. Alanna —añade, señalando a la inspectora— te dará todo el apoyo que requieras. Puedes confiar en ella al cien por cien.

La inspectora me dedica una sonrisa tranquilizadora. Es joven; me sacará algunos años, pero dista mucho de la edad del comisario. Sin embargo, hay un matiz en el ambiente que me sugiere que entre ellos existe un estrecho vínculo personal.

—Nadie salvo Mariana conoce los pormenores de mi infancia —intervengo—. Además, existieron irregularidades a la hora de formalizar mi cambio de identidad y no querría perjudicar bajo ningún concepto a las personas que me auxiliaron en su momento.

—De este despacho no va a salir una sola palabra. —Esta vez es Alanna quien me habla; la mirada de afecto que le dirige Diego confirma mis sospechas sobre su relación—. No podemos eliminar tus antecedentes del registro sin meternos en un laberinto legal, y te confieso que alcanzar esta jefatura me ha costado sudor y lágrimas; pero te prometo que nadie en la plantilla sabrá nada de tu pasado. Solo de pensar en que a mis futuros hijos pudiera ocurrirles algo semejante... Mira que en esta unidad gestionamos miserias humanas a diario, pero la violencia intrafamiliar me altera la sangre. Supongo que cuando se es madre o padre estas realidades se experimentan con un impacto todavía mayor.

—No creo que ese vaya a ser mi caso —interrumpo. Me observa con extrañeza y, puesto que han sido francos conmigo, decido responder con la misma honestidad—. Los informes médicos señalaron en su día que las lesiones internas me impedirían ser madre. Solo tenía once años cuando empezaron a...

—Hijos de la gran puta —exclama el comisario, golpeando la mesa con el puño—. Te juro que en momentos como este desearía prescindir de la conciencia y utilizarlos como diana en las galerías de tiro.

—Ya.

—No te robo más tiempo, tendrás infinidad de expedientes que revisar. Pero, Ava —me detiene cuando ya me he puesto en pie y sostengo el pomo de la puerta—, cuenta con nosotros para lo que necesites. Siempre.

—Gracias.



El tiempo a veces transcurre a una velocidad vertiginosa; sin embargo, cuando te hallas volcada en investigaciones que te rozan los traumas personales, las horas se vuelven densas y plomizas. El caso que mantengo entre manos pertenece a ese grupo. Menores, malos tratos y un escenario donde el agresor no es él, sino ella. Una dinámica que dificulta todavía más la intervención policial.

Si a las víctimas de violencia doméstica les cuesta un abismo dar el paso de denunciar, cuando el afectado es un hombre la invisibilidad resulta abrumadora debido a los estigmas sociales.

Es un profesional del sector automovilístico, un directivo de una firma muy conocida. Tiene dos hijos pequeños que la mayor parte del tiempo permanecen al cuidado de la abuela, porque por fortuna el padre intenta evitar a toda costa que presencien el trato que la madre le dispensa. Hoy tengo señalada una entrevista con él. El hospital ha actuado de oficio al detectar lesiones compatibles con agresiones continuadas y me han llamado tras la emisión del informe del forense.

—Buenos días, Izan. Doctor.

—Buenos días —saludan ambos.

Joder... ¿Qué le han hecho a este chico? Debe de rondar los treinta y pocos años. Es bien parecido, o debe de serlo cuando su rostro recupere un aspecto normal; ahora, entre las suturas, las contusiones y los hematomas, con algún claro evidente en el cuero cabelludo, resulta imposible apreciarlo con nitidez.

—Inspectora, ¿puedo hablar con usted un minuto a solas? —me requiere el forense con un tono que no admite objeción.

—Un segundo, Izan. Regreso de inmediato.

Lo dejamos en la habitación asignada, con la vía intravenosa puesta y el monitor de constantes conectado, para salir al pasillo. Observo al médico, aguardando su valoración.

—No creo que te vaya a sacar nada en claro. No te importa que te tutee, ¿verdad? —inquiere el médico con una breve sonrisa.

—No, en absoluto. Sé que estos casos entrañan una enorme complejidad. ¿Qué has descubierto en el examen?

—Presenta lesiones de distintas épocas y soldaduras de fracturas óseas anteriores. Él las justifica con la práctica de deportes, caídas tontas y mil excusas más, pero lo de hoy no resulta compatible con nada que no sea un ensañamiento feroz con algún objeto que no logro precisar a simple vista. Diría que lo ha pateado en el suelo: contabilizo un par de costillas fracturadas, múltiples hematomas y, desde luego, arrancamiento de cabello en varias zonas. Además, la analítica revela restos de narcóticos en sangre.

—Joder. ¿Y continúa negándose a denunciarla?

—¿Continúa? —pregunta el médico, descolocado.

—No es la primera vez que coincido con él. Hace un tiempo se presentó en la comisaría acompañado por ella para denunciar un atraco. El compañero que los atendió no se creyó la versión y me derivó el expediente.

—Hostia, pues no tenía ni idea. Ignoro si hubo reconocimiento por parte de algún facultativo en aquella ocasión —responde—. Soy incapaz de comprender estas dinámicas, Ava.

—Cuéntamelo a mí.

Tras la conversación con la víctima no consigo arrancarle una versión distinta a la caída accidental que sostiene. Regreso a la Jefatura frustrada y con un enfado monumental. ¿Cómo es posible que siga habiendo gente así?

Como es viernes, decido salir a tomar un trago al terminar la jornada. Sí, de vez en cuando me permito salir sola y a veces regreso acompañada; al menos para despejar la cabeza unas horas.

Hoy es una de esas noches. Lo malo es que el chico con el que me he enrollado resulta ser un policía recién trasladado al que yo no conocía, y al que el lunes descubro integrado en mi propia comisaría.

Tengo un momento de «tierra, trágame» al descubrirlo en la reunión matinal del grupo. La sonrisa socarrona que me dedica me advierte de inmediato de que me va a traer problemas.

Al acercarme a la máquina de café lo noto a mi espalda.

—Buenos días, inspectora —el tono burlón me eriza la piel.

—Buenos días, Joel. Menuda casualidad —me giro lo justo y le susurro por lo bajo—. Y antes de que se te ocurra soltar alguna lindeza: lo del viernes fue un polvo y nada más.

—Uy, te pones en plan autoritario... Me gusta. Aunque el otro día no te importó dejarte hacer.

Me doy la vuelta echando chispas. Escudriño nuestro alrededor, pero nadie parece prestar atención a la pausa del café.

—Ni se te ocurra insinuar, comentar o musitar una sola palabra. De haber sabido quién eras jamás habría ocurrido nada, ¿te enteras? Además, soy tu superior jerárquica, así que no te pases.

—Me gustaba más cuando gemías debajo de mí —insiste con insolencia.

—¿Qué parte de que esto es un entorno laboral y de que entre tú y yo no va a volver a pasar nada no has alcanzado a procesar? —zanjo.

—¿Pues sabes qué? Me gusta esta Ava.

Y continúa el muy imbécil. En mala hora se me ocurrió salir de copas. Habría sido mejor echar mano de cualquiera de mis juguetes en casa en lugar de cruzarme con este anormal.

Recojo el vaso de café y me largo, dejándolo plantado. Una llamada del comisario me reclama de inmediato en su despacho.

—Buenos días, Alanna, jefe. —Estos dos siempre andan juntos.

—Siéntate, Ava —me indica Diego. Empezamos bien...—. Joel viene muy bien recomendado —menuda suerte la mía— y te va a tocar lidiar con él como buenamente puedas. Es un capullo arrogante y pagado de sí mismo. Ignoro qué méritos acumula o de qué influencias se sirve, pero nos lo tenemos que comer con patatas.

—No me jodas... Perdón.

—¿Qué nos tienes que contar? —interviene Alanna, demostrando su agudeza habitual.

—Me acosté con él el viernes. No sabía quien era.

—Me cago en la puta, Martín... ¿No quedan hombres en todo Madrid? A ver, que te entiendo: el chaval resulta atractivo y tú eres

una mujer libre, pero coño...

—Alanna … —le advierte el comisario.

—Diego, soy realista, coño —lo ataja ella sin miramientos. Hay que ver cómo se las gasta la inspectora jefe.

—Ya, ya... Donde tengas la olla...

—¡Qué olla ni qué cojones! Mírame a mí: Diego ya era comisario cuando empezamos a salir, pero este nene juega en una liga distinta. ¿Sabía él quién eras tú antes de acercarse?

—¿Y coincidió conmigo en el garito por puro azar? Resulta demasiado enrevesado, ¿no?

—No lo sé. En fin, a ver cómo lo toreas a partir de ahora.

—De acuerdo, jefa. ¿Algo más? ¿Qué opina, comisario? —me regodeo en el trato de respeto aunque sea de manera ficticia.

—Suerte.

—Menudo consejo —ironizo por lo bajo—. Ah, y un apunte: ignoro si la plantilla está al tanto de lo vuestro, pero yo lo detecté la primera vez que os vi juntos en la misma sala.

—Ava, si te soy sincero, me importa un huevo —admite Diego—. Considero que Alanna es lo bastante valiosa como para que su trabajo hable por sí solo; pero no, no es una relación oficial.

Y sí, necesito la suerte. El dichoso Joel se me pega como una lapa a lo largo de las jornadas y no cesa de soltar insinuaciones fuera de lugar. Me veo obligada a pararle los pies a todas horas y el ambiente en la unidad se enrarece y se vuelve insoportable.



Un par de meses después me encuentro apurando un expediente en la oficina cuando apenas resta nadie en la planta. Noto su presencia a mi espalda al encaminarme hacia el aseo.

—¿Se puede saber qué coño quieres? Vamos a ver: ¿no te ha quedado claro que no quiero nada contigo?

No debe de darse por aludido, porque me empuja al interior del baño, atranca la puerta tras de sí y me acorrala contra el marco para

intentar besarme por la fuerza.

Error nefasto por su parte.

Sé que existen técnicas más ortodoxas, pero la primera respuesta que le regalo es un rodillazo certero en los huevos. Acto seguido le provoco una luxación de hombro al inmovilizarlo en el suelo mientras se retuerce del dolor.

—Joder, tía... —gruñe entre dientes—. Solo pretendía que pasáramos un buen rato juntos, te noto demasiado estresada.

Lo suelto sin dar crédito a lo que escucho.

—Pero ¿tú eres gilipollas, sordo o te gusta que te muelan a palos? ¿Alcanzas a procesar que cuando una mujer dice que no, es un NO como una catedral?

—¿Y aquella noche qué? —reincide en su absurdo bucle.

—A ver, pedazo de analfabeto: han transcurrido más de dos meses. Me has propuesto salir a tomar algo ¿cuántas veces, un millón? ¿Y cuántas te he respondido que no? ¿Mil millones? Hostia, Joel, que me acosté contigo porque ignoraba quién eras; de haber sabido que eras de la plantilla jamás habría ocurrido. NO ME ACUESTO CON COMPAÑEROS —le grito al oído.

—Ni con nadie más, por eso te gastas ese carácter de mierda —suelta el muy imbécil.

—Lo que haga con mi vida privada no es asunto tuyo. Pero ten por seguro que tú te vas a pasar una temporada larga en blanco por tontopollas. Y por si no lo sabes, el pasillo cuenta con videovigilancia. Si me sale de los ovarios, puedo elevar un informe por acoso a Régimen Interior en este mismo instante.

Descubro cómo el color se le evapora del rostro. Se incorpora con torpeza para mirarme desde los quince centímetros de altura que me saca.

—No, Ava, yo... De verdad pensaba que solo te estabas haciendo la dura...

¿De verdad este tipo aprobó la oposición por méritos propios?

—Dime que no estás hablando en serio.

No añade una sola palabra. Abandono el aseo y lo dejo allí. Sé de sobra que las cámaras del pasillo son meramente disuasorias y no

graban el interior, pero él no lo sabe. Recojo mis pertenencias y me largo a casa. Ya he tenido bastante por hoy.

Cada vez que se publica el concurso general de méritos para solicitar traslado a mi ciudad natal reviso las plazas ofertadas. Sé que con mi escasa antigüedad va a resultar difícil, pero me niego a dejar de intentarlo. Sumo demasiados años en Madrid y necesito un entorno más tranquilo. Necesito regresar a mi tierra. O construir un espacio nuevo, cosechar nuevos recuerdos y asentar definitivamente la vida de Ava Martín donde falleció la pequeña Nicole López. Además, me he enterado de que Bosco ejerce en la capital en un bufete de enorme prestigio y me aterroriza la idea de cruzármelo en un juzgado, por la acera o en algún local nocturno. No podría afrontarlo.



Por fin, tras unos años de servicio en el cuerpo, consigo la plaza deseada, justo cuando el piso que he comprado está listo para su entrega. Me cojo todos los días de vacaciones acumulados que no he disfrutado durante el último año para cerrar asuntos pendientes y despedirme esta vez sí de mis compañeros, de Ivette, a la que he seguido viendo de vez en cuando, y de Rober, con quien coincidí tiempo atrás en el hospital por un caso judicial. Fue una situación extraña, pero me contó que estaba saliendo con una compañera de Psiquiatría y que les iba muy bien. Me alegré sinceramente por él; sabía que lograría algo bueno.

El último día mis compañeros me organizan una pequeña fiesta de despedida en la comisaría y Joel se acerca para pedirme perdón por lo que pasó tiempo atrás.

Después, la comisaria me invita a su casa a cenar con su marido. Sí, Alanna en estos años ha ascendido y se ha convertido en la comisaria más joven de su promoción. Ella y Diego formalizaron su relación y ahora están esperando su segundo bebé.

—Espero que te vaya muy bien en tu nueva andadura, Ava. Tu labor aquí ha sido impecable, van a tener mucha suerte contigo —me dice cuando ya estamos en la puerta—. Santaolalla es afortunado contando contigo en su unidad.

Santaolalla es mi nuevo jefe; ya he hablado un par de veces con él por teléfono y parece un tipo bastante accesible.

—Gracias por todo, Alanna. He aprendido mucho de ti.

—Y yo de ti, Martín. —La miro con cierto escepticismo y ella se adelanta para estrecharme en un cálido abrazo—. Lo digo en serio, eres una mujer alucinante. Ava.

Salgo con un nudo en la garganta y me encamino por el pasillo, cuando oigo a mi espalda la voz de Alanna.

—Ava, deja de luchar contra ti misma. Libérate y sé feliz. Date esa oportunidad, abre tu corazón; te lo mereces.

La última despedida resulta la más difícil, a pesar de que hace años que apenas mantenemos contacto. Rober también fue una pieza importante en mi vida y un adiós definitivo se siente muy doloroso.

Hemos quedado en el local de siempre, como tantas veces. Acabo de salir a la calle ataviada con un pantalón vaquero y una americana, una combinación a la que recurro bastante en los últimos tiempos; en otras ocasiones prefiero el pantalón de vestir, pues el traje me aporta un matiz más formal y maduro que mis facciones no terminan de transmitir. Al mirarme en el espejo del ascensor, la imagen de Bosco y su Blancanieves me asalta de golpe. Los labios pintados de un tono cereza y la mirada en un azul más vivo, no sé si por las lágrimas que llevo días reprimiendo, me lo han traído de vuelta. Esbozo una sonrisa amarga al reflejo justo cuando el ascensor alcanza el bajo y la puerta metálica se abre.

Recorro los pocos metros que me separan de la cita con los nervios burbujeando en la piel. Desde el encuentro en el hospital no hemos vuelto a cruzar palabra e ignoro si ha accedido a verse conmigo por pura amabilidad, si conserva cierto resquemor o si me ha perdonado del todo.

Al llegar ya está sentado a la mesa esperándome. Está guapo, demasiado, más que antes si es posible. Me regala una franca

sonrisa en cuanto me divisa, deja el teléfono sobre la madera, se pone en pie y, en lugar de plantarme dos besos protocolarios, me rodea con los brazos en un cálido abrazo.

—Hola, inspectora. Estás muy guapa.

—Hola, doctor. —A lo largo de estos años completó el doctorado y asumió la dirección del departamento de Salud Mental del hospital en el que ingresó desde el principio—. No te di la enhorabuena en su momento. Sabía que llegarías lejos.

—Tampoco exageres: solo he subido unas cuantas plantas —bromea.

—Idiota.

—Ja, ja, ja. ¿Nos sentamos o seguimos de pie volviendo locos a los camareros?

Sonrío antes de tomar asiento y colocar el bolso en el respaldo.

—Es que me alteras, chaval.

—Ya me habría gustado alterarte más en su día, nena.

Ahí está el dardo.

Prefiero no entrar al trapo. Hacemos un repaso a la carta y decidimos pedir casi lo mismo de siempre: croquetas caseras, calamares, patatas bravas y un par de cervezas bien frías antes de ponernos al día sobre los últimos años.

Me explica que la relación con su compañera marcha sobre ruedas. Le comento que podía haberla traído, pero me aclara que ha sido ella misma quien ha preferido que viniera solo, convencida de que nos correspondía cerrar esta etapa a solas. La postura me sorprende, para ser sincera; ignoro hasta qué punto le ha detallado lo nuestro.

—¿Nieves conoce lo que hubo entre nosotros?

—Sí. Tener problemas por ocultar cosas no entra en mis planes. Fuiste alguien importante en mi vida durante una fase complicada.

—Me habría gustado que las cosas hubieran tomado otro rumbo...

—No era el momento, siempre lo supimos. Pero oye: no me arrepiento ni de un solo segundo de lo que compartimos.

—Yo tampoco. Y no, no era nuestro momento. Pero sabes bien que te agradezco muchas cosas.

—Cosas que nunca me contarás —me tienta para ver si recojo el guante.

—No. Carecen de importancia ya.

—¿Has encontrado a alguien? ¿Tal vez en tu ciudad? —inquiere. No sabría decir si el tono esconde celos o mera curiosidad; yo, que presumo de descifrar a cualquiera con un golpe de vista y que he superado más de un lance gracias a los cursos de perfilación criminal y a la intuición policial, me descubro incapaz de leerlo a él.

—No. No hay nadie, ni aquí ni por supuesto allí. Solo he ido a supervisar el piso y encargar algunos muebles.

Tiende la mano sobre la mesa y enlaza sus dedos con los míos. No encajan de la misma forma en que lo hacían los de Bosco, pero la sensación de cercanía y calidez me reconfortan.

—Encontrarás a ese «alguien», estoy convencido.

—No me preocupa. Tengo veintiocho años; ¿crees que a estas alturas no tener pareja me va a quitar el sueño? Lo anhelaba tiempo atrás cuando observaba a otras parejas o a los niños... Ya no.

—Vamos, ni que tuvieras setenta años, chata. Y ni aun así.

Concluimos la cena y se obstina en acompañarme caminando hasta mi portal. La vivienda ya no guarda nada de mi vida, salvo la maleta que me acompañará mañana cuando eche la llave y le entregue las copias a Ivette tras casi una década de estancia en la capital, exceptuando los meses de la academia.

Nos fundimos en un abrazo prolongado, profundo; un adiós con todas las letras. Me susurra al oído que siempre estará ahí para mí y que solo debo llamarlo si necesito charlar. Sé que lo dice de corazón. También sé que jamás lo haré.

El sueño se vuelve agitado durante la noche. Las sábanas se me pegan a la piel y los fantasmas de la infancia me persiguen en bucle. Después, casi al borde del amanecer, unos ojos verdes que no alcanzo a identificar me transmiten una calma insospechada. Intento aferrarme a esa imagen para no despertar, pero el esfuerzo resulta inútil. El timbre de la alarma me sobresalta y la visión se diluye en mi mente.

Cierro la puerta del piso con la maleta en la mano y un poso de nostalgia apretándome el alma. Supongo que puedo afirmar que, a

mi manera y dadas mis circunstancias, he sido feliz aquí.

14

CÓRDOBA



«Pues regaládmelo, porque no podré vivir sin ver a Blancanieves; la honraré y la respetaré como al ser que más quiero».

— *BLANCANIEVES. JACOB GRIMM.*

Llevo un tiempo instalada de nuevo en mi ciudad natal. Al principio resultó extraño. El regreso al escenario que desencadenó el acontecimiento que ha condicionado mi vida desde que tengo uso de razón me provoca sentimientos encontrados.

Los compañeros de la comisaría son agradables y mantengo un trato cordial con ellos, pero tampoco me prodigo en socializar, a excepción del sargento Castaño —Rubén, con quien comparto casi todas las intervenciones de campo— y del comisario, Miguel, que es el único que conoce parte de mi historial personal. Sé que Alanna camufló no sé muy bien cómo el resto de mi expediente confidencial en el sistema. Tampoco quiero averiguar los detalles.

—Ava, ¿te tomas unas cervezas con nosotros esta noche? —me propone Rubén al concluir el turno una tarde.

Jamás me sumo a esos planes, ni siquiera cedí en las pasadas Navidades, pero me digo que ya va siendo hora de intentar trabar alguna amistad.

—Uf, me da una pereza enorme tener que volver luego a casa caminando o buscar un taxi; mejor lo dejamos para otro día en que no traiga el coche —me excuso.

—Ve a tu casa, aparcas y yo mismo me acerco a recogerte —la alternativa me atrae todavía menos.

—No, prefiero que me digas dónde vais a estar y, si me animo, ya me acerco por mi cuenta.

Al final no voy. Al llegar a casa me cambio de ropa y bajo al gimnasio acondicionado en la planta baja del edificio, situado junto a una pequeña muestra de ruinas arqueológicas halladas durante la cimentación; supongo que el yacimiento abarcaría mucho más, pero prefirieron pasar página, como ocurre con casi todo en esta ciudad. Son detalles que me encienden por dentro. Rumiando esa idea —como cada vez que desciendo al sótano y contemplo los restos—, accedo a la sala de entrenamiento, me subo a la elíptica, me ajusto los auriculares y comienzo a pedalear.

Un vecino cruza la puerta y me saluda con un gesto de cabeza; le devuelvo la cortesía y continúo a lo mío. No me agrada el marcaje visual al que me somete, pero intento sofocar la incomodidad que me produce. Se acomoda en la bicicleta estática contigua a la mía y lo descubro girándose hacia mí y moviendo los labios. Con desgana me retiro un auricular donde sonaba *Uptown Girl* y le miro.

—Digo que no te había visto nunca por aquí —hostia, que quiere charla.

—No habremos coincidido —la paciencia me empieza a flaquear en tres...

—Será eso, porque tampoco es que esto se llene nunca. ¿A qué hora sueles bajar? —dos...—. Podríamos ponernos de acuerdo y compartir rutina de entrenamiento —¡y uno!

—Uy, qué va, lo siento. Manejo unos horarios desquiciados y no hay forma de cuadrarme ni con mi chico; imagínate el panorama —miento sin pestañear y me vuelvo a encajar el auricular.

El tipo, de unos cuarenta años, insiste en buscar conversación, o algo más, a saber.

—Bueno, te puedo dar mi número y, cuando vayas a bajar, me avisas. Trabajo en casa desde la cuarentena, ya sabes.

«Sí, claro, seguro que te voy a avisar a ti, puto pesado».

—No, prefiero dejarlo así. Y lo siento, pero me tengo que ir —le espeto consultando la pantalla del teléfono—. Mi chico acaba de llegar y hace días que no nos vemos.

Ya me ha jodido el entrenamiento. A partir de ahora me tocará salir por el garaje si pretendo salir a correr sin cruzarme con nadie.

Subo al piso con un enfado monumental justo cuando la notificación de un mensaje de voz de Castaño parpadea en el terminal. El que me faltaba.

—*Ava, nena...* —qué manía le ha entrado a todo el mundo con el dichoso «nena»— *te estamos esperando aquí. No tardes.*

Decido ignorar el audio. Me meto en la ducha y dejo que las columnas de agua del hidromasaje me relajen la musculatura; me aplico una mascarilla capilar, me exfolio la piel y, para cuando salgo del baño, el mal humor se ha disipado en gran medida.

Los avisos continúan entrando en el teléfono, pero rehúso mirarlos. Voy a la cocina a preparar algo sencillo para cenar y termino improvisando una ensalada con lo que encuentro en la nevera y una tortilla de atún. Saco una tableta de chocolate del frigorífico para que pierda el frío y me instalo en el salón a buscar alguna serie en Netflix.

El lunes a primera hora, nada más pisar la comisaría, Castaño me sale al paso antes de que alcance mi mesa.

—Nos quedamos esperándote —reprocha con tono ofendido.

—No te aseguré en ningún momento que fuera a ir. Y si me disculpas, arrastro un volumen de trabajo considerable.

—Hay que ver lo borde que te pones, joder.

—Ah —me giro sobre mis talones porque el tono empieza a colmarme la medida—, como se te vuelva a ocurrir llamarme «nena» una sola vez más, me hago un llavero con tus cojones, ¿queda claro,

Castaño? Estoy valorando comprarme una moto y no tengo decidido qué adorno colgarle a la llave.

—Joder con el carácter... Lo que te hace falta a ti es...

—Si aprecias tu integridad, ni se te ocurra completar la frase. Y no, no estoy con la regla: basta ya de gilipolleces machistas que no tienen pase en pleno siglo XXI. Si te apetece soltar incorrecciones, te vuelves a la abadía y te la cascas allí con el resto de los monjes, sargento.

—Martín —la voz del comisario a mi espalda me sobresalta y me llevo la mano al pecho, provocando que mi compañero se descojone hasta que le clavo la mirada y comprende que es el peor momento para mofarse.

Sigo a Santaolalla hasta su despacho, donde me aguarda una chica de tez morena, guapísima, con el cabello castaño oscuro recogido en una coleta alta y las puntas aclaradas. Viste pantalón vaquero y una camiseta blanca básica que le sienta de maravilla. Junto a su silla descansan un casco de motocicleta y una cazadora de cuero.

—Dígame, comisario. —Me ha pedido en varias ocasiones que lo tutee, pero prefiero mantener el tratamiento formal en presencia de terceros.

—Te presento a tu nueva compañera, la inspectora Reyes. Saray, ella es Martín, Ava.

Vaya, una compañera en la unidad; la idea me gusta. Me dedica una sonrisa sincera mientras me tiende una mano que aprieta con firmeza. Sí, definitivamente nos vamos a entender.

—Encantada, Saray. Espero que te sientas a gusto entre nosotros. Ya irás conociendo al resto de la plantilla; ahora mismo te acompaño a conocer a algunos compañeros —le doy la bienvenida.

Antes de abandonar el despacho, el comisario me retiene con un gesto.

—Ava, ¿ha ocurrido algo con Castaño? Te he notado algo alterada fuera.

—Nada que no pueda resolver por mí misma, gracias, Santaolalla.

—Eso espero; no quiero problemas ni mamoneos, Martín —puntualiza antes de que salgamos.

De camino a nuestro despacho percibo que a Saray la devora la curiosidad por preguntar. La animo a dar el paso.

—Dispara, mujer, que parece que te van a salir subtítulos en la frente.

—Ja, ja, ja. Eres rápida, tía. ¿A qué ha venido ese intercambio de miradas con el comisario?

—Digamos que me tiene en alta estima y a veces olvida que soy una mujer adulta, que me he hecho a mí misma y que no requiero que nadie me tutele. Un roce sin importancia con el sargento Castaño. Es buena gente, pero en ocasiones se excede con las confianzas.



Saray se ha convertido en mi amiga, mucho más que una simple compañera de unidad. Ella arrastra también una infancia complicada: no sufrió abusos, pero procede de un barrio conflictivo y ese bagaje, sumado a su etnia gitana y a su orientación sexual, la llevó a mandar todo al carajo y abandonar a los suyos antes de que la obligaran a cumplir con el matrimonio pactado con un chico de una familia allegada.

En la actualidad la relación con sus padres es nula y está empeñada en evitar que a cualquier chica de su entorno le suceda lo mismo. Una causa noble, sin duda, pero una utopía difícil de materializar.

—Oye, nena, te recojo esta noche a las nueve: cenita y copas —me suelta al salir de la comisaría el viernes.

—Saray, no me camelas. Sabes de sobra que no suelo salir.

—Vale, pues sal poco, pero hoy no te me escapas. Ponte pibón, que nos vamos a comer la ciudad.

—Uf, eso me convence todavía menos. Salir contigo equivale a un resacón descomunal al día siguiente y ya no tengo edad para

estas batallas, chavala. Por no recordar aquella noche en que...

—Ehh, frena ahí, guapita, que la que se fue con aquel maromazo fuiste tú. Y bien que te diste una alegría al cuerpo, como para quejarte ahora. Al día siguiente tenías la mirada como fuegos artificiales y la piel radiante. Ya va siendo hora de repetir un polvo de esos, chica, que te van a salir telarañas.

—La que fue a hablar —le pincho.

Castaño reaparece a nuestra espalda y me rodea la cintura con el brazo. Le clavo la vista en la mano y la retira de inmediato.

—¿Es que tú no escarmientas nunca? —inquiero al sargento.

—Por Dios, si no te he hecho nada... Mira que eres malaje.

—A ver, Rubén: ¿que en la fiesta de Navidad te mandara a tomar por culo abiertamente no te dio ninguna pista?

—Que estaba borracho, coño. Jamás se me ocurriría intentar nada contigo, inspectora. Eres peligrosa.

—Vale, ahora empezamos a entendernos —respondo mientras mi amiga se descojona a mi costa.

—Bueno, niñas, pues me voy a picar a otro corral —añade.

Esta vez no logro contener la risa y le suelto:

—Anda con ojo, que entre la COVID y la gripe aviar la cosa está jodida.

—Eres buena, nena —me pica, sabiendo perfectamente lo mucho que me revienta esa palabra.

—¡Castañoooo...! —le advierto.

Al final los tres nos desternillamos de risa, despertando el desconcierto de otros compañeros que salen en ese instante y nos observan sin comprender el motivo de tanta guasa.

—Ahora en serio, chicas: pasadlo bien y nos vemos el lunes. Y sed buenas —concluye.

—Sí, papi —replica Saray muerta de risa.

Con las ganas situadas entre cero y nada regreso al piso. Almuerzo una ensalada de pasta que dejé preparada el día anterior y me tumbo en el sofá tras recoger la cocina. Me despierto sobresaltada a las seis y media sin ser consciente de haberme quedado traspuesta. Otra vez la misma pesadilla: unos ojos verdes que no logro identificar me persiguen y otros marrones, cargados de

una tristeza profunda, me dicen adiós. No conozco a nadie con ese tono de mirada. A menos que pertenezca a alguien de mi pasado y mi memoria lo haya sepultado.

Decido olvidarlo una vez más, aunque ese sueño se está convirtiendo en una constante en los últimos tiempos y ya no sé qué pensar. Niego con la cabeza camino de la cocina. Saco algo de chocolate de la despensa y, con mi botín en la mano, me encamino al dormitorio para decidir qué coño ponerme para la cena y las copas con mi alocada compañera.

Elijo un pantalón vaquero blanco y un top rojo de una sola manga transparente; no resulta muy llamativo, pero queda resultón. El tiempo todavía se mantiene apacible para hallarnos en pleno otoño. Más tarde me echaré encima una cazadora de piel; para salir de fiesta aborrezco las americanas, las llevo a diario al trabajo y no me apetece repetir atuendo.

Me miro al espejo al salir de la ducha y descubro unas ligeras ojeras. Hemos encadenado varios casos peliagudos en la unidad y no nos conceden tregua. Nunca imaginé que en una ciudad como Córdoba, aparentemente tranquila, pudieran concentrarse tantos sucesos... Aunque, considerando mi propio historial, cualquier atrocidad resulta posible.

Me maquillo para camuflarlas, aplicando unas sombras en tonos grises que prefiero antes que las gamas cálidas. Un trazo de delineador azul y un labial rojo. No me he percatado de lo mucho que recurro a ese tono. Tal vez saber que Bosco me lo descubrió en su día provoca que, cada vez que salgo a comprar ropa o complementos, me asalte el recuerdo de aquella etapa que intenté borrar de mi existencia.

Me decanto por unos zapatos destalonados, también rojos, con un tacón cómodo que eleva mi metro setenta y cinco un poco más sobre el suelo. Examino mi reflejo en el espejo y me agrada el resultado. Justo cuando recojo la cartera que voy a llevarme, el timbre del portero automático me sobresalta y casi provoco que se me escurra el frasco de perfume de las manos.

—Joder, con Saray…

Voy hasta el telefonillo y compruebo la pantalla: la veo sonriente, haciendo muecas a la cámara.

—Ya bajo, cansina.

—Venga, nena, que la noche es joven —grita desde el portal.

Está guapísima. Viste una falda de piel negra por debajo de la rodilla con una abertura lateral profunda que deja a la vista una de sus impresionantes piernas, botas altas, una blusa también negra con transparencias y sostiene en la mano una chaqueta de cuero en tono rojo.

—Vaya, inspectora, estás que te rompes —bromeo con ella en cuanto cruzo el umbral.

—Ehh, no te pases, Martín, a ver si te voy a tirar los trastos, ¿eh? Que estoy muy solita.

—Ja, ja, ja. Venga, deja de soltar tonterías. ¿Dónde vamos a cenar? Que tengo la ensalada en los tobillos ya.

—¿Sabes que das mucho asco? ¿Cómo te metes semejantes platos entre pecho y espalda y te mantienes así de flaca? Dios, qué mal repartido está el mundo.

Me explica que nos dirigimos a un local de tapeo cercano a mi piso para luego trasladarnos a tomar unas copas a otro pub que se ha puesto de moda en la zona y al que acude un público de lo más heterogéneo. También a ligar, aunque esa ya es otra historia.

Hablamos de muchas cosas: de nuestro pasado —ella tampoco lo ha tenido fácil—, de lo que le costó salir de su barrio y de cómo, al decidir hacerse policía, cortó el vínculo con casi toda su familia, a pesar de que el chico con el que la comprometieron todavía la buscaba de vez en cuando.

—¿Has pensado alguna vez en buscar a tu madre? —me pregunta mientras el camarero retira los platos para servir un postre compartido.

La miro a los ojos y compruebo que no hay en ellos rastro de pena ni de compasión; solo una determinación feroz como la que mueve cada faceta de su vida desde siempre, si le hago caso a lo que cuenta.

—¿Madre? ¿No crees que esa palabra le queda muy grande? ¿Una madre consiente lo que ella permitía? Saray, me drogaba,

joder, para que fuera complaciente con todos los que pasaban por su casa. Y mira, encima ha tenido suerte: la cabrona ha encontrado un príncipe que no destiñe.

—Ya... Al menos lo mío se puede justificar en cierto modo por nuestras costumbres —responde apretándome la mano por encima del mantel—. ¿Y con los demás?

Se refiere a Bosco y a su familia. Ella es la única persona que conoce esa parte de mí; ni siquiera el comisario, que es lo más parecido a un padre que tengo.

—No. Ellos tienen su vida y yo... pues la mía.

—Pero ya no eres esa niña indefensa; tal vez lo vuestro sí funcionaría ahora.

—Qué va. Sale con alguien, lleva tiempo con una abogada o algo así. Tampoco lo sé con certeza. Solo sé lo que me contó la comisaria la última vez que hablamos. Pero, eh, que yo no ando preguntando por él, no te vayas a creer. Eso forma parte del pasado, como todo lo demás. Ahora me limito a vivir al día.

—Pues yo espero encontrar a alguien algún día —confiesa con voz soñadora—. Alguien que entienda nuestra profesión y me ame tal como soy.

Solo nos llevamos dos años de diferencia, pero, a pesar de las dificultades que ha atravesado, a ella la quisieron en su hogar. No como a mí.

—Estoy segura de ello. Te lo mereces.

—Tú también —responde, soltándome la mano cuando el camarero regresa con una tarta que tiene una pinta de chuparse los dedos.

Intento sonreír sin lograrlo del todo, imaginando un hipotético futuro al lado de alguien, una estampa que se desdibuja con la misma velocidad con la que aparece.

Tras el postre y la conversación se me quitan las ganas de salir de copas e intento disuadir a mi amiga. Por supuesto, no lo consigo y terminamos en el pub de moda con la música a todo volumen y la promesa de que en un rato actuará un grupo en directo.

«*Yuju*».

—Joder, Ava, de haberlo sabido ni te saco el tema. Venga, olvídalo, que nos espera un fin de semana libre tras la mierda de las últimas semanas.

—No es culpa tuya, sé que no lo haces con mala intención.

Nos pedimos una primera ronda y, cuando ella hace además de ir a la barra a por la siguiente, me ofrezco a ir yo.

—¿Otro Jameson? No entiendo cómo te puedes tomar ese matarratas.

—A ver, esas mierdas cursis que pides tú no van conmigo.

El ambiente ha mejorado a estas horas: hay más gente de nuestra franja de edad y, si me paro a observar, se descubren algunos ejemplares bastante interesantes.

—Hola —le digo al camarero, alzando la voz por encima de la música. Me dedica una sonrisa amable. ¿Es que en estos sitios todos los empleados parecen sacados de una agencia de modelos?—. Un Jameson con hielo y un Puerto de Indias de melón con tónica, por favor.

—Marchando, preciosidad.

Pago con la aplicación del teléfono, recojo los vasos y, al darme la vuelta, casi se los estampo en el pecho a un tipo que se ha situado demasiado cerca. De haberme dejado espacio me habría girado sin rozarlo.

—Joooder... —acierto a articular, deteniendo el cristal a un milímetro de su camisa blanca. Alzo la vista para mirarlo y descubro a un chico de una belleza impresionante. Posee unos ojos deslumbrantes... ¿Verdes? ¿En serio?—. Podrías no pegarte tanto a la gente; he estado a punto de darte una ducha de alcohol.

—No esperaba tanta efusividad. Ya sé que soy resultón, pero de ahí a que te me eches encima… —será capullo.

—¿Has oído hablar del espacio vital? Es un concepto que no has respetado. Ya sé que mi culo llama la atención, pero oye, si te tiño la camisa de licor la culpa es tuya.

—Ja, ja, ja. Eres rápida, chica. Por cierto, soy Lucas. Y tienes razón en lo de tu culo; de hecho, me he puesto detrás de ti a propósito.

—¿Siempre ligas con esa falta de tacto? Soy Ava —se aproxima y me planta dos besos en las mejillas, dejando una ráfaga de su perfume sobre mi piel.

—No sé… ¿Funciona?

—Ja, ja, ja. Tú tampoco te quedas corto, chaval. Si no te importa, mi amiga está a un segundo de venir a quitarme la copa de las manos, así que o se la llevo o presenciarás algo parecido a la transformación de un Gremlin. Nos vemos si sigues por aquí más tarde.

—Mi amigo es el que está detrás de tu amiga.

—O sea, que es verdad que llevas un rato pendiente de nosotras —le espeto, alucinada.

—A ver, es que no sé si no te has observado en un espejo, pero eres para mirarte y para mucho más...

Lo miro fijamente con intención de responderle, pero se encamina hacia la barra y me deja sin réplica. Vaya con Lucas. No me percato de en qué momento ha vuelto a aproximarse hasta que su perfume se adelanta a su susurro al oído:

—No busco un ligue. Y sí, llevo un buen rato pendiente de ti.

Mierda. Esas simples palabras consiguen lo que nadie lograba en mucho tiempo: que se me erice la piel y desee que continúe.

No se detiene; prosigue su camino hacia su mesa mientras yo deposito las copas en la nuestra. Saray me observa, señalándolo con un gesto de cabeza. Me encamino hacia su posición, me aproximo a su oreja de la misma forma en que él lo ha hecho, le apoyo la mano sobre el hombro y le murmuro:

—Tampoco es un ligue lo que busco yo. Así que déjame que sopese si me apetece ser tu presa o no.

Doy la vuelta sobre mis tacones y me acomodo de nuevo junto a mi amiga, que no comprende nada de lo que acaba de presenciar.

—¿Me puedes explicar qué me estoy perdiendo? —inquiere tras verme dar un trago a mi copa.

—Ni idea. Supongo que tiene ganas de echar un polvo. Porque si asegura que no busca un ligue casual, es la única opción que queda.

—O igual el otro chico es su pareja y no busca chicas —sugiere ella, planteando una posibilidad que ni se me había pasado por la

cabeza; aunque dudo que van por ahí los tiros si recuerdo la dilatación de sus pupilas al desafiarme cuando nos hemos cruzado.

15

LUCAS



«Te quiero más que a nada en el mundo; ven conmigo al palacio de mi padre, serás mi esposa».

— BLANCANIEVES. JACOB GRIMM.

—¿En serio te ha dicho eso? Ja, ja, ja... Me gusta ese tío. ¿Y dices que tiene los ojos verdes? Joder, Ava.

Comienza a sonar un tema que a Saray le chifla. Sin pedir permiso, me agarra de la muñeca y me arrastra hacia el centro de la pista. Pero ¿esta chica no descansa nunca? Es *Baby Don't Hurt Me*. Al final la música me arrastra a mí también y termino cantando a pleno pulmón a su lado como si no hubiera un mañana. Y no, no estoy borracha; un *gin-tonic* aguado no da para tanto.

De pronto, el perfume de Lucas vuelve a alcanzarme. Siento su presencia a mi espalda, el calor de su pecho a un milímetro de mi nuca, cantando una letra que no puede ser más explícita. ¿Y qué hace la Ava que ha decidido salir esta noche? Me doy la vuelta, le rodeo el cuello con los brazos y me pongo a cantar con él. Bailamos pegados al ritmo de esa dichosa canción, demasiado juntos para tratarse de un desconocido que acaba de dejarme claras sus intenciones.

—¿Has decidido ya qué quieres ser esta noche, Ava?

Menuda preguntita. No tengo la menor idea de qué me pasa con él, pero el tiempo que llevo en sequía me está pasando una enorme factura. En otra situación lo arrastraría al baño, aunque no tiene pinta de ser de esos. La forma en que pronuncia mi nombre, con esa voz grave rozándome la piel, me revuelve entera por dentro.

—No tengo nada que decidir, Lucas —dejo caer su nombre marcando cada sílaba.

—¿Quieres jugar?

Esa propuesta me descoloca. Debe de notarlo en la mirada, porque se apresura a añadir:

—No hablo de consolas ni de cartas.

La música ha cambiado de ritmo, pero nosotros seguimos igual. Sus manos permanecen firmes en mi cintura desde hace rato y las mías continúan enlazadas a su cuello.

—¿Al dominó?

Sé lo que busca, o al menos lo intuyo, pero quiero oírlo de su boca.

—A algo mucho más excitante, puedes estar segura. Si eres capaz de ceder el control un rato, claro. Estoy convencido de que es lo que más te cuesta en tu día a día.

Me quedo helada. ¿Pero qué...? ¿Cómo coño sabe...?

—No entiendo por qué deduces eso.

—Porque te observo desde que cruzaste la puerta —se acerca un poco más, rozando su barbilla con mi sien—. Estoy seguro de que perteneces a algún cuerpo de seguridad. Además, no pareces precisamente una novata. Así será más divertido.

—¿Y tú? —inquiero, intentando recobrar la iniciativa—. ¿Por qué necesitas llevar el mando?

—Porque por desgracia en mi trabajo no puedo.

—Aclarado entonces. Vamos. Pero espera que aviso a mi amiga... —me giro sobre mis talones y descubro a Saray acomodada en nuestra mesa, hablando con una chica monísima. Las dos están demasiado cerca la una de la otra—. ¿Y tu amigo?

—Se marchó hace rato.

Lucas guarda una distancia prudencial a mi espalda mientras me acerco a mi compañera. Tras preguntarle un par de veces si le

importa que me vaya, me da un empujón para que la deje a lo suyo. No acostumbro a abandonar a quien sale conmigo, pero esta noche es diferente.

—¿Vamos a mi casa? —le pregunto al volver a su lado—. ¿O tienes alguna preferencia?

—Ahora mismo tú eres mi única preferencia. Aunque follar en un baño mugriento nunca fue una opción para mí.

—Vas directo al grano, ¿eh?

—Como si tú te anduvieras con rodeos, nena.

Importunada, me detengo en seco y me cruzo de brazos.

—Como sigas por ahí te vuelves a casa a entenderte con la mano.

No soporto que me llamen «nena», y menos sin tener confianza. Que sí, que voy a echar un polvo, pero nada más. Es solo sexo. ¿No?

—Perdón, perdón. No volverá a pasar —junta las palmas de las manos en un gesto de súplica que me arranca una carcajada. Este chico tiene su punto.

—Vale, te lo paso. Pero te noto un poco ansioso. Igual tendría que haberme hecho de rogar.

—Podrías haberlo intentado, pero tus pupilas hablan por ti.

—A ver, listillo —me planto a unos metros de la puerta del garito y lo miro a los ojos—. Es de noche. ¿Cómo quieres que las tenga? Pues igual que tú.

Sonríe despacio, con ese gesto con el que seguro que se mete en el bolsillo a quien se le ponga por delante.

—Te aseguro que las mías no están así por la falta de luz —responde muy cerca de mi oído.

Un escalofrío me eriza el vello del cuello. Joder con este tío. Y ni siquiera sé cómo se apellida ni a qué se dedica. Ava, vas mal. Muy mal.

—Anda, vamos. No vivo muy lejos.

Caminamos muy pegados; su proximidad, lejos de incomodarme, me resulta... ¿Familiar? Joder, Ava, estás para que te ingresen.

—¿Me vas a confirmar si acerté con tu profesión? —sondea.

—¿Es importante? Se supone que esto es un polvo ¿no? ¿O es que has cambiado de parecer respecto a lo de no buscar un ligue?

—No, Ava. Yo no tengo ligues, ni novias, y jamás repito.

Esa afirmación tan rotunda casi me escuece un poco, e ignoro el motivo. Lo acabo de conocer. Es un chico guapo, está muy bien y transmite un aura interesante, pero nada más.

—¿Siempre sales de caza por los mismos locales? —sigo indagando, porque el silencio amenaza con volverse incómodo. Apenas se ven transeúntes por la acera y solo se escucha el taconear de mis zapatos sobre el pavimento junto al eco amortiguado de sus deportivas.

—Tampoco es que en esta ciudad sobren las opciones. Y antes de que lo preguntes: no, no me prodigo por clubes de intercambio. Lo que menos me apetecería sería cruzarme con gente conocida en según qué actitudes.

—Estaríais en igualdad de condiciones —le rebato, buscándole la mirada. Sus ojos se cruzan con los míos al instante.

—Ya. Pero prefiero evitarlo. Te sorprendería la clase de perfiles que frecuentan esos garitos, a menos que tú seas asidua.

Me lanza el anzuelo y lo recojo sin dudar para calmar su curiosidad.

—No van conmigo esos ambientes. Me disgusta observar a desconocidos practicando sexo, que me escudriñen y, sobre todo, compartir nada con nadie. Si es lo que te atrae, puedes volverte al pub ahora mismo.

—¿Acaso ves a alguien más que a ti y a mí aquí fuera? No, Ava —otra vez esa forma de pronunciar mi nombre, cálida, envolvente...—, no me gusta compartir. Que te haya preguntado si querías jugar no implica a terceras personas. Ah, y puedes negarte en cualquier momento. Y cuando digo cualquier momento, es cualquiera.

—Ya. ¿Algún detalle más que deba considerar? —pregunto, pues la intriga me puede, para qué negarlo; pero también me descubro ansiosa, excitada a niveles que no recordaba y con los nervios a flor de piel. No acostumbro a meter a desconocidos en mi casa, pero esta sensación de conocerlo de antes no me abandona.

Me rodea la cintura con el brazo y por un instante me tenso. El pasado me juega una mala pasada y él lo percibe de inmediato.

—Perdón —se excusa, retirando el contacto.

—No es culpa tuya, no te preocupes. Supongo que ibas a comentarme algo.

—¿Puedo? —esta vez me pide permiso antes de apoyar la palma en mi costado. Asiento y el calor de su mano atraviesa la tela de la blusa, situada bajo la cazadora. Me aproxima a su cuerpo—. ¿Has probado a jugar con ataduras y restricción de oxígeno?

Joder... ¿Dónde me voy a meter? Lo peor —o lo mejor— es que de solo imaginarlo el cuerpo responde al estímulo y las bragas se me humedecen al instante.

Durante años he odiado sentirme atrapada dentro de mi propio cuerpo. Tal vez ha llegado el momento de descubrir qué se siente cuando soy yo quien decide hasta dónde puede llegar alguien. Porque esta vez la decisión es mía. Nadie me obliga, nadie decide por mí y, si en algún momento quiero detenerme, puedo hacerlo.

Necesito experimentar esa sensación.

—No, pero he leído sobre el tema —respondo tras un incómodo silencio—. Y sé que entraña cierto peligro a la par que resulta estimulante. Dime al menos, y trata de resultar convincente, que no tengo a un asesino en serie a mi lado.

—Ja, ja, ja. No, me parecería un esfuerzo excesivo; con mi trabajo ya tengo suficiente para terminar agotado mentalmente la mayoría de los días. Soy médico, por cierto. Sé que entraña riesgos, pero conozco la técnica para ejecutarlo con seguridad. Y sí, resulta enormemente excitante.

Se podría pensar que una conversación así sacada de contexto enfriaría el ambiente, pero nada más lejos de la realidad. O es que ha transcurrido tanto tiempo desde mi último polvo con un ser humano que ya ni lo recuerdo, y mis juguetes se me quedan cortos. Está claro: basta el calor de su palma y el tono de su voz para ponerme a cien.

Casi sin percatarme alcanzamos la entrada de mi edificio. Me detengo ante el portal para buscar la llave en el bolso.

—Vaya, vives en una buena zona, chica. No debe de resultar barato instalarse aquí —comenta con un silbido de admiración.

—No me puedo quejar. Además, mi piso está orientado hacia la parte posterior del patio, así que apenas se percibe el tráfico. Tengo

gimnasio en el bajo y hasta vestigios arqueológicos, mira. —Se aproxima con curiosidad al espacio ajardinado e integrado en la estructura del inmueble y me coloco a su lado—. Son restos de un arrabal tardoislámico. En fin, nada fuera de lo común en esta ciudad, pero me agrada que los integraran en la obra. Le aporta valor añadido; en parte lo compré por eso. Aunque no creo que hayas venido hasta aquí a recibir una lección de historia, ¿verdad?

—No. Más bien de anatomía, a ser posible de la tuya —responde, inclinándose para besarme el cuello mientras me aparta el pelo para despejarse el camino.

Un suspiro ahogado se me escapa de la garganta. Me giro sobre mis tacones y le busco la boca; no me rechaza el beso, aunque por un segundo temí que pudiera hacerlo. Besa increíblemente bien, demasiado para mi salud mental y para ese rollo de *no repetir*. «*Ava, no buscas una relación, solo es un polvo*», me repito a modo de mantra.

—O subimos ya o estas ruinas van a ser testigos de algo más —musita con la respiración alterada.

Vaya, de modo que el doctorcito también tiene prisa...

En el interior del ascensor los besos se vuelven más intensos. Sus manos acarician mi cuerpo por encima de la ropa y mis pezones luchan por salir disparados a su encuentro. Para cuando el indicador luminoso nos avisa de que hemos alcanzado la planta y la voz robótica anuncia la llegada, su camisa está casi desabrochada y mi blusa ha salido del pantalón.

—Joder, pues sí que vas a por todas, doctor.

—Llevo toda la noche deseando este momento, Ava.

Dios, cómo me altera que pronuncie mi nombre con esa cadencia. Cruzamos el umbral de mi casa y cierro la puerta justo antes de que me empuje contra la madera y me sujete las muñecas por encima de la cabeza. No sabría decir si me agrada o no la postura: quiero tocarlo y resulta evidente que así me resulta imposible. Gruño contra sus labios y él se aparta unos centímetros.

—Joder, consigues que pierda el control, y yo no soy así. No voy a follarte contra la puerta de entrada. ¿Me guías, por favor?

Tiro de su mano para adentrarnos en mi dormitorio. Al descubrir la estructura del cabecero de la cama se le dibuja una sonrisa socarrona.

Nos despojamos de la ropa sin interrumpir los besos ni las caricias. Ahora sí me permite explorar su anatomía; me recreo en un tatuaje fino que le adorna la piel con el símbolo de Libra. Supongo que será su signo del zodiaco.

Antes de dejar el pantalón en el suelo, extrae del bolsillo posterior un pañuelo de seda con un estampado singular —una reproducción de *La noche estrellada* de Van Gogh— y un preservativo. Me toma de la mano hasta conducirme a la cama, me empuja sobre la colcha con suavidad y me pide que alce los brazos.

—Ava, te recuerdo que puedes negarte en cualquier momento. ¿Tienes a mano algún objeto metálico que no sea muy grande? —Lo observo con extrañeza—. Vas a sostenerlo en el puño y, si en algún instante en que no puedas articular palabra deseas que detenga el juego, solo debes dejarlo caer al suelo.

—No voy a pedirte que pares —le aseguro.

—Quiero que lo conserves en la mano de todos modos.

Sobre la mesilla reposa una esfera metálica sobre una peana de madera, un adorno que adquirí tiempo atrás y que siempre me acompaña en los traslados. La tomo entre los dedos y solo entonces me junta las muñecas y las alinea para sujetarlas al cabecero, una estructura que combina forja y madera. Se distancia unos centímetros para contemplarme: en sus ojos solo hay fuego, deseo en estado puro, supongo que igual que en los míos. Percibo cómo mi sexo se contrae y se moja todavía más. Junto las piernas de forma instintiva, pero él sonríe mientras me los separa con lentitud.

—No te va a hacer falta juntar las piernas; vas a disfrutar como jamás lo has hecho, estoy convencido.

Desliza una mano por debajo de mi culo y me despoja de la braguita, arrastrando a su paso los restos de mi excitación. Me mira y vuelve a sonreír. Dios, quiero que me folle ya.

—Lucas…

—Lo sé, pero esto apenas acaba de comenzar —y soy consciente de que no miente.

No interrumpe la conexión visual en ningún instante. Asciende el recorrido hasta mis pechos, que lame, mordisquea y sopla para continuar su descenso hacia mi sexo. Mi primera reacción es amagar con cerrar los muslos; no me siento cómoda con la desnudez en esa zona, o al menos no lo he estado hasta la fecha. Solo con Rober me permití explorar esas sensaciones y no... Joder, pero ¿esto qué es? No se trata únicamente de su lengua: la destreza de sus dedos en mi interior me está desquiciando y lo peor es que dudo entre querer que prosiga o pedirle que se detenga para no alcanzar el colapso. Me conduce al límite en un par de ocasiones antes de parar para colocarse el condón y penetrarme sin ofrecer la menor resistencia. Estoy tan mojada que, a pesar de su volumen considerable, no me genera molestia ni tensión; me limito a disfrutarlo.

—¿Ves cómo la experiencia mejora, Ava? Estás al borde del abismo, ahora llega lo mejor, ¿de acuerdo? Recuerda: si deseas que me detenga, suelta la esfera, ¿entendido? —pregunta sin pausar las embestidas ni dejar de acariciarme.

—Sí...

Justo en el instante en que voy a correrme, me restringe el paso del aire con una presión en el cuello y el orgasmo se prolonga hasta el infinito. Ignoro cuánto tiempo transcurre o cómo sucede, solo sé que representa la experiencia más intensa que he experimentado jamás. Prosigue moviéndose sobre mí y noto cómo afloja la presión justo cuando su propio orgasmo lo alcanza, arrastrándolo con una fuerza similar a la mía. Intento recobrar el aliento despacio sin lograrlo del todo y termino tosiendo.

—Despacio, cariño. Así, muy bien. —Me acaricia el rostro y deposita un beso suave en mis labios. Sale de mí y me examina la garganta—. Lo has hecho muy bien. ¿Dime qué te ha parecido? ¿Tienes crema para los golpes?

—Ha sido descomunal. Y sí, tengo un tubo en el baño.

Desata la seda de mis muñecas y me las masajea con delicadeza. Se incorpora de la cama y deshecha el preservativo tras anudarlo.

—Dime dónde se encuentra, si no te importa que la busque yo mismo.

—En el cajón central del mueble.

Me aplica la pomada en las muñecas tras comprobar que la articulación de los hombros no ha sufrido. Extiende también una capa ligera sobre el cuello, en la zona donde ejerció la presión.

—Puedes darte una ducha antes de irte; no tienes por qué salir huyendo como si hubieras cometido un delito —le comento al descubrirlo recogiendo sus prendas del suelo.

—Solo si te duchas conmigo. Por eso de ahorrar agua... Luego te vuelvo a aplicar la crema.

Y, por supuesto, no desaprovecho la oportunidad de meterme en la cabina de ducha a su lado, donde el segundo polvo no tiene nada que envidiarle al primero. Resulta un encuentro más convencional, más *vainilla*, a pesar de que me susurró al oído, mientras me tatuaba el relieve de los azulejos en la espalda, que no le atrae el sexo descafeinado.

Me aplica de nuevo la crema en las zonas sensibilizadas y se viste con parsimonia. Lo acompaño hasta el recibidor y, para mi sorpresa, me deposita un pico en los labios antes de despedirse con un guiño:

—Ha sido un auténtico placer, Ava.

16

PERO ¿QUÉ HA SIDO ESTO?



«Pero a la fiesta fue invitada también la malvada madrastra. Como se había engalanado con hermosos vestidos, se colocó frente al espejo y dijo: —Espejito, espejito de la pared, la más hermosa de todo el reino, ¿quién es?»

— BLANCANIEVES. JACOB GRIMM.

LUCAS

¿En serio? Lucas, joder: «¿Si te duchas conmigo?». ¿Pero a ti qué coño te pasa? Me reprendo sobre la marcha mientras abandono su portal y salgo a recibir el frescor de la noche. Mi piso se ubica a escasos diez minutos del suyo, en pleno centro de la ciudad, una zona de arquitectura más antigua que no cambiaría por nada; ni por la pesada de mi vecina, que parece tener registrados hasta los horarios en los que acudo al baño.

Ni siquiera los escasos quince grados que marca el termómetro me sirven para despejar la cabeza. ¿De verdad lo hemos hecho en dos ocasiones, me he duchado con ella, le he estampado un beso al despedirme y, durante un breve instante, mi mente ha volado más lejos de lo debido?

Es muy guapa, eso es indiscutible, y lo hemos disfrutado. No ha dudado ni un segundo, y eso no es lo habitual en este tipo de encuentros con desconocidas. Solo con Oliv existe esa confianza, pero Ava la ha depositado en mí sin planteárselo ni un momento. Aun así, solo ha sido sexo y no volveremos a vernos.

La parte chunga de mí sigue hostigándome: *«Solo te ha faltado pedirle el número, capullo».*

Llego a casa después de las cinco de la mañana, alterado, nervioso, sin ganas de meterme en la cama. Mi mente sigue a su bola y me imagina en un escenario alternativo donde, por una vez, me hubiera quedado a pasar el resto de la noche con ella, y tal vez hasta a desayunar. ¿Pero qué cojones, Lucas?

Trato de despejar los pensamientos, me preparo un café —total, no voy a dormir— y cuando saco el móvil del bolsillo para dejarlo en la base de carga, veo un mensaje de Mario, mi mejor amigo.

Ya en casa. No ha sido gran cosa. Siento haberte dejado tirado, prometía más de lo que ha sido. ¿Desayunamos?

Pásate por casa cuando quieras. Acabo de llegar pero no tengo mucho sueño.

Lo envió hace un par de horas, así que imagino que estará dormido.

Salgo a la terraza y, a pesar del frío, cojo una manta y me siento en una de las sillas. La calma de estas horas me relaja. Creo que me quedo dormido porque el estruendo de la taza al caerse me sobresalta.

—¡Joder! —Me levanto tras desperezarme y darme cuenta de que tengo la mano izquierda dormida. La sacudo un par de veces y recojo los pedazos del suelo. Menos mal que mi taza favorita, la de *La noche estrellada* de Van Gogh, estaba en el lavavajillas; si no, ahora sería otra víctima de mi despiste. Está amaneciendo cuando entro con los trozos en la mano. Era una taza vieja y desportillada, pero le tenía cariño. Me la regaló mi hermana cuando aprobé la oposición. En fin, renovarse o morir.

Miro el móvil y un mensaje de Mario parpadea en la pantalla:

Te espero abajo, en la cafetería, a las diez.

Son las ocho. Todavía tengo tiempo de dar una cabezada. La imagen de Ava vuelve a mí en cuanto entro en el dormitorio y veo el cabecero, tan parecido al suyo, en el que la amarré hace apenas unas horas. Y si…

Dejo de darle vueltas. Soy de los que piensan que, si el destino quiere, será él quien decida; y si no, es inútil enredarse en pensamientos que no llevan a ninguna parte. Mi profesión me ha vuelto escéptico en muchas cosas, y creyente en otras. Soy médico, como le dije, sí, pero médico forense. Con esos pensamientos erráticos rondándome, me tumbo en la cama y vuelvo a quedarme dormido navegando en unos ojos azules que, no sé por qué, no me resultan del todo desconocidos.

El interfono me despierta. Son las diez y media. Camino arrastrando los pies, tropiezo con uno de los libros que siguen en el suelo sin colocar y le abro a mi amigo.

—Joder, Luc, ¿todavía llevas la ropa de anoche? —pregunta al entrar y verme recoger algunas de las cosas que forman parte de mi pequeño caos organizado. Sí, para mí lo es.

—Para, para. No tengo la culpa de que tu polvo no saliera como esperabas. Yo llegué cuando te respondí. En diez minutos me cambio. Prepárate un café si quieres, o espera sin más.

—¿Cambiarte de ropa? ¿No te duchas?

No le respondo. Le dejo que se coma el coco y piense lo que le dé la gana, que lo va a hacer de todas formas. Entro en el dormitorio y cojo lo primero que encuentro: un vaquero gastado, una camiseta y una sudadera. No hace tanto frío y solo vamos al bar de abajo. Después ya me cambiaré y me iré a rutear con la moto un rato. El lunes tengo guardia y prefiero estar descansado para cualquier cosa.

Salimos al rellano y, oh, sorpresa, mi vecina Sofía también abre su puerta. No puedo evitar poner los ojos en blanco.

—Buenos días, chicos. ¡Feliz domingo! —Hoy se ha tragado un arcoíris, o ha follado. Una de dos.

—Buenos días, Sofía —respondemos al unísono, y bajamos la escalera a toda prisa antes de que pueda añadir nada más.

La cafetería está a veinte metros de casa. Entramos, nos acomodamos en la mesa de siempre y el chico que suele atendernos se acerca con la libreta.

—Buenos días. Tostada de jamón con tomate y café con leche en taza grande, azúcar moreno, por favor —pido.

—Lo mismo, el azúcar me da igual —añade Mario.

Me mira esperando que le cuente algo, lo cual no pienso hacer a menos que mi vida corra peligro. Le conozco demasiado y no tengo ganas de aguantar sus chorradas.

—¿No me lo vas a contar? —Me encojo de hombros y miro hacia la calle.

—Ni idea de qué hablas. ¿Y tú? La chica parecía muy dispuesta.

—No te digo que no, pero después fui yo el que no tenía ganas —dice, y parece agobiado. Aun así, no pienso darle tregua; él tampoco me la da a mí.

—Para, para. ¿Que tuviste un gatillazo? —me burlo en voz alta. Los chicos de la mesa de al lado nos miran asombrados.

—Eres un capullo. Claro que no. Pero no me puso tanto como creía, estaba loco por largarme y encima quería mi teléfono y quedar hoy y…

Me acerco un poco más y sonrío antes de hablar.

—Por eso yo les dejo claro desde el principio que no repito. Que solo es sexo. Lo digo desde que empezamos a tontear.

—Pues ayer te vi muy cómodo con la morena.

Nos traen las tostadas. Me entretengo en ponerle el aceite, el tomate, los trozos de jamón, y le doy un mordisco antes de echar el azúcar al café. Mario no ha tocado nada, y decido pincharlo.

—Mi niño, ¿quieres que te lo prepare papi?

—Gilipollas. —Ufff. Cuando Mario suelta insultos seguidos, mejor cubrirse.

—Uy, qué boca más sucia. Y sí, los polvos con la morena han sido la hostia. Lo siento por ti.

—¿Perdona? ¿Has dicho polvos? Joder, Luc, eso es nuevo.

—Mira, y a riesgo de que me lo tires cuando te dé la gana: sí, uno como ya sabes que me pone, y otro cuando nos hemos duchado. Y además le he dado un beso al despedirme.

—¿Quéééé? Hostia puta. —Gesticula de tal forma que, si no sujeto la aceitera, la hubiera tirado al suelo.

—Ja, ja, ja. Ya, pero nada más. No sé nada de ella, salvo dónde vive. Y eso lo sé de todas.

—Yaaaa. Hablaremos de esto más adelante. ¿Qué piensas hacer hoy?

—No, no, no me planees nada, que ya tengo planes con mi chica. —Abre mucho los ojos y va a replicar, pero no le dejo—. Mi moto, capullo. Mi moto.

Se lleva la mano al pecho de forma teatral y suelta un suspiro ruidoso.

—Me habías acojonado.

Terminamos el desayuno y, a pesar de su insistencia, no me dejo convencer. Subo a casa, me pongo el mono, cojo el casco, bajo al garaje y monto en mi Ducati Panigale V4. No tengo rumbo definido, pero durante unos segundos que trato de arrancarme de la cabeza, Ava regresa y la imagino a lomos de mi chica, disfrutándola tanto como yo. No sé si le gustan las motos, pero esa imagen se instala sola y creo que sí, que es del tipo de mujer a la que le gustan tanto de piloto como de paquete.



Los meses siguientes son una sucesión de días sin mucho sentido. Necropsias de accidentes laborales, uno brutal de autobús que trato de borrar sin conseguirlo del todo, ni con ayuda. Y ella, que vuelve a mí una y otra vez.

Después de una noche movida con una chica con la que no lo he pasado mal, pero…, en el IMLCF y mi compañera me informa que hay una salida.

—Lucas. —Uf. Cuando Inma pronuncia mi nombre con esa suavidad, sé que algo grave se avecina—. Tu siguiente paciente es un chico. Muy joven. Tienes que ir al hospital. Si quieres, puedo ir yo.

—¿Y que el jefe ponga el grito en el cielo? No, iré yo. ¿Qué edad tiene?

—Doce.

—Dime que no lo… —La interrumpo, pero su cabeza asiente despacio.

Un puñetazo estalla contra la mesa. Joder, joder, joder. ¿Qué mierda de mundo es este?

—Cuando llegues, probablemente ya se habrá despertado. También lo han drogado. Deja la moto, toma mis llaves —me ofrece, sacando las suyas del bolsillo.

—No.

17

BROMAS DEL DESTINO



«Pero en el fuego estaban preparadas ya unas zapatillas de hierro; las cogieron con unas tenazas y las colocaron delante de ella. Entonces tuvo que ponerse los zapatos, que estaban al rojo vivo, y bailar con ellos hasta que cayó muerta al suelo».

— BLANCANIEVES. JACOB GRIMM.

—Buenas noches. Soy el doctor Caronte, el forense.

Joder. ¿Lucas es el puto forense? Me giro despacio con el corazón en un puño y el pulso martilleándome en la garganta.

—Buenas noches, doctor. Soy el agente Ledesma, y ella es... —lo saluda el novato que me acompaña en la guardia.

Le tiendo la mano simulando que nos cruzamos por primera vez.

—La inspectora Martín.

Un destello de sorpresa cruza sus ojos durante un segundo; a mí me cuesta bastante más recomponer la máscara de frialdad.

—Si no les importa dejarme hacer mi trabajo, se lo agradecería. Y, hasta donde sé, este chico debería estar acompañado de sus padres o tutores legales —me recuerda, girándose hacia la madre,

que se frota las manos presa de la angustia desde el marco de la puerta.

No retiro la mano hasta que por fin decide «premiarme» con su saludo. Mantengo la compostura y la profesionalidad; lo analizo con la misma frialdad con la que él me escruta a mí, aunque por dentro mi corazón late desbocado. El silencio en el box se vuelve denso, casi puede sentirse en la piel. Me da que haber hecho salir a los padres me va a pasar factura con el doctor. Lo que él no alcanza a comprender es que existen heridas que jamás se cicatrizan del todo y que no siempre las apariencias reflejan la realidad. Necesitaba cerciorarme de que la hipótesis del asalto respondía a la verdad y no a una maniobra para encubrir un panorama todavía más sórdido en el entorno familiar.

—Hola —revisa el informe preliminar y, con un tono pausado, se dirige al muchacho—. Maxi, ¿verdad?

El niño asiente. No solo ha sufrido una agresión sexual y lo han drogado: le han propinado una paliza considerable. Un hematoma violáceo comienza a deformarle la mejilla y varios raspones en los antebrazos y las rodillas evidencian que lo estamparon contra una superficie rugosa. Probablemente asfalto.

—Voy a hacerte unas preguntas. Si no recuerdas algo, no pasa nada, ¿de acuerdo? Pero es importante que me cuentes lo que sepas. —Maxi asiente de nuevo, con los ojos vidriosos—. ¿Dónde estabas cuando ocurrió?

—Iba camino de casa… Me bajé del bus y, al pasar por una calle, unos chicos se acercaron… Me empujaron contra el suelo… —Su voz se rompe y trata de recomponerse tragando saliva.

Su madre, de espaldas, solloza en silencio. Lucas le hace un gesto imperceptible con la cabeza para que se aproxime y le sostenga la mano al chaval. Posee una empatía instintiva; salta a la vista que el dolor de la víctima le toca una fibra sensible.

—Venía de un partido —continúa el chaval—, llevaba la bolsa… me la quitaron, la vaciaron… Al agacharme para recoger mis cosas me empujaron de nuevo… me tiraron, me dieron una patada… Creo que ahí me rompí el brazo. Después… solo recuerdo un pinchazo…

Detrás de él, la enfermera asiente, confirmando la vía de administración del sedante en el registro médico.

—¿Recuerdas en qué zona te pincharon? —prosigue con sus pesquisas manteniendo ese tono suave y pausado.

El chico se señala el cuello. Veo a Lucas inclinarse hacia donde el chico le indica para examinar la marca.

—¿Recuerdas algún detalle más?

—Nada… Solo… mi ropa rota… sangre… y mucho dolor… —Un gemido le sacude el pecho y su madre lo envuelve en un abrazo, hundiéndole la cara en su blusa.

Incapaz de continuar escuchando el relato, salgo al pasillo a aguardar a que el forense concluya la exploración. Unos minutos más tarde cruza el umbral acompañado por la enfermera. Lo espero apoyada contra la pared, con los brazos cruzados.

—Decidme que habéis tomado muestras de todo —pregunta, no de muy buen humor—. Porque no entiendo para qué coño me habéis llamado si ya lo habíais limpiado todo.

—Lucas, ¿cómo iban a mantener a la criatura cubierta de sangre? —replico, incapaz de sostenerle la mirada durante más de dos segundos.

—Inspectora Martín, la próxima vez que quieran que haga mi trabajo déjenme hacerlo, si no, ahórrense la llamada —recurre al tratamiento formal que yo he omitido—. Es de sentido común, y me sorprende que usted no lo tenga presente. Le haré llegar mis conclusiones, aunque poco he podido averiguar: el chaval apenas recuerda nada, lo cual, sinceramente, es un alivio. Si no necesitan nada más…

—Doctor… —La voz trémula de la madre lo detiene en seco cuando ya enfilaba el pasillo. Se gira para atenderla con deferencia —. ¿Cree que… que recordará algo más?

—Dependerá de la droga que le hayan administrado. Lo más probable es que tenga flashes, fragmentos… o quizá nada. Mi consejo es que busquen un buen terapeuta. Y denle mucho amor. Es lo único que va a salvarle de esto.

—Gracias. Gracias por dejarme estar con él mientras lo examinaba. Siempre ha sido un niño tan bueno… No sé cómo va a

superarlo —su voz se quiebra del todo y se limpia las lágrimas con rabia—. No entiendo cómo puede haber gente tan… tan…

—Yo tampoco —responde Lucas con pesar—. Necesitará toda su ayuda y mucha comprensión. Vaya con él.

La mujer asiente y vuelve al interior de la habitación. No le permito que se marche solo; me cuelo a su lado en el ascensor justo antes de que las puertas se cierren.

—¿Tenías que ser tan borde?

—¿Cuántas normas has violado dejando a los padres fuera, inspectora? Dime, ¿al menos habéis pedido grabaciones de seguridad para pillar a esos hijos de puta?

—¿Cámaras? —suelto sin ápice de humor, cargada de amargura —. Claro… no te han dicho dónde ha sido, ¿verdad? Olvidaba que tú solo convives con tus «pacientes». Déjame recordarte algo, doctor: fuera de esas neveras tuyas existe vida. Y pasan cosas. Por si no lo sabías.

—¿Ah, sí? Pues mis «neveras», como tú las llamas, están llenas de jamón ibérico y queso manchego. Cuando quieras, te invito a una tapa.

—Que te jodan, Lucas.

—Ya te gustaría. —Sonríe mientras las puertas del ascensor se cierran, dejando al otro lado mi impotencia y un pellizco en el estómago que rehúso catalogar.

NOTA DE LA AUTORA

Como os comenté en el prólogo, esto en principio solo iba a ser unas cuantas páginas, un regalito para mis lectores que reclamaban saber más de Ava. Al final no he podido dejarlo en menos palabras, porque la historia de mi inspectora, hasta llegar al punto en que la conocéis, pasó por muchas etapas, y ella necesitaba que supierais que parte de su forma de ser —o toda, ni yo lo tengo claro— se debe a todo lo que le ocurrió en su pasado.

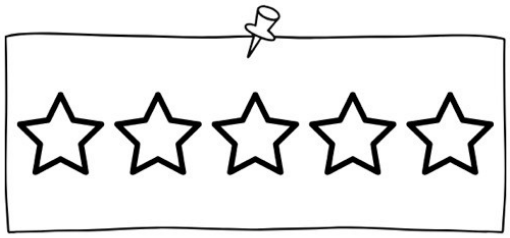
Es posible que algunos de vosotros, si no habéis leído *El dolor de la culpa*, os sintáis decepcionados. Os pido disculpas si es así, y os sugiero que le deis una oportunidad, porque la historia que sigue a estas páginas merece la pena. No porque la haya escrito yo, sino porque tanto Ava como Lucas son personajes que necesitan que los conozcáis en todas sus facetas. De mi inspectora favorita ya sabéis mucho, pero de Lucas apenas conocéis algo de sus «costumbres» y de su peculiar sentido del humor. Y nuestro forense es mucho más.

Eso tendréis que descubrirlo si os apetece.

He de contaros también que, detrás de *El dolor de la culpa* —que es autoconclusiva, aunque Ava haya querido contarnos un pedazo de su pasado—, habrá una segunda entrega que no afecta en nada la lectura de ninguna de las dos historias.

Deseo que os haya gustado esta y que tengáis las mismas ganas que yo de saber qué siguen contándonos estos dos.

GRACIAS POR ACOMPAÑARME HASTA EL FINAL DE ESTA HISTORIA.



Tu opinión tiene un valor enorme para mí. Si has disfrutado de la lectura, te animo a dejar una reseña en Amazon. No te llevará más de un par de minutos, pero para quienes escribimos significa muchísimo: nos ayuda a seguir creando y permite que otros lectores descubran esta novela.

Además, me encantará saber qué te ha parecido, leer tus impresiones y seguir en contacto contigo. Puedes encontrarme en Instagram como @evam_saladrigas, escribirme a **evam.saladrigas@gmail.com** o visitar mi página web: https://eva-m-saladrigas.jimdosite.com

Saladrigas

AGRADECIMIENTOS

Y aquí estamos otra vez, en esa parte que tan mal se me da y que, sin embargo, para mí es casi obligatoria. Porque, sin vosotr@s, ni de lejos estaría hoy aquí.

Esta historia ha sido dura. Cortita para lo que acostumbráis, pero intensa, muy intensa, a nivel emocional. Espero que la hayáis disfrutado tanto como yo he disfrutado —y sufrido— escribiéndola.

Así que, **gracias**. Millones de gracias.

Como siempre, **Raquel Attard**, por tu ayuda, por tu opinión y por estar ahí. Hay personas que, de una forma u otra, terminan formando parte de cada historia, y tú eres una de ellas.

Susana Vandellós, siempre en la cabeza de todas nosotras y, sobre todo, en nuestros corazones.

Pris, después de la tormenta siempre llega la calma. Ya lo sabes. Y, cuando llega, hay que saber disfrutarla.

A **María José** y a **Ana**, porque digo yo que algún día llegará el momento de desvirtualizarnos, ¿no? Y a ti, **Ratita**, espero que este bebé te traiga todavía más felicidad de la que ya tienes.

A **Ana Abadía**, porque espero que volvamos a vernos muy pronto.

A **Amparo Sánchez**, a ver si la próxima vez conseguimos hablar en inglés de Oxford como mínimo. Aunque sea con un poco de ayuda. 😉

A mi querida **Lucía (@luciaanddogs)**, te debo una taza para tu nuevo piso. Y ya sabes que las deudas hay que pagarlas.

A mi querida **Loli (@mirincondelecturas67)**, no tengo palabras para agradecerte todo lo que me aportas. Hay personas que llegan a través de una pantalla y terminan quedándose un poquito más cerca de lo que jamás imaginaste.

Paola, ya sabes lo mucho que disfruto de tus *reels*. ¡A por muchos más!

Mode y Caro, ¡a por todas, como siempre! Un pasito más… como dice la canción. Y otro. Y otro.

Nerea, no me mates.

A **Silvia (@SylviLF)**, porque vamos cerrando puertas. Algunas cuestan más que otras, pero todas terminan cerrándose.

Siena, ya tengo la música irlandesa en la cabeza, esperando a la otra hermana.

A mi **Sario (Rosario Martín)**, dale a la tecla, que lo quiero para ayer.

Yolanda y Eve, un poco desaparecidas esta vez, ¿ehhh? Pero aquí seguimos.

A todas esas **bookstagramers** que compartís, recomendáis y republicáis de manera desinteresada. Puede parecer un gesto pequeño, pero detrás de cada publicación hay una historia que consigue llegar un poquito más lejos gracias a vosotras. No sabéis lo importante que es eso para quienes escribimos.

A **Volvoreta Tximeleta**, gracias por formar parte de este camino.

Pilarica, deseando que llegue el Huelva Romántica de este año y que me envíes aquello que tú y yo sabemos: **«No dejes de soñar»**.

Noe, María, el grupo que empezó con los motores, pero que, sin darnos cuenta, ya se queda para todo. Chicas, me encantáis.

Y a las chicas y chicos de nuestro proyecto de la Ñ. **Ñ, ¿que no hay libros con Ñ? Sujétame el cubata:**

@**m.h.rarezas**
@**teresaperezlanda**
@**celiaesgar_escritora**
@**isacat7**
@**lalokadeloslibros_84**
@**elicortesbarrera.escritora**
@**jessicawalshescritora**

@**contigocvlescribe**
@**Yennis.molina.alfonso**
@**gorak_larp**
@**eduardo_d_allen**

Marta (@_Calfer), me pensaré lo de la manicura para próximas entregas. ;)

Eli20022020, gracias por estar ahí. Y, por favor, no leas tan rápido, que no me da la vida, ¡leñe!

Y a todas esas personas que, a través de las redes sociales, os quedáis un poquito en mí. Gracias por cada comentario, por cada mensaje, por cada vez que me hacéis saber que una de mis historias os ha hecho sentir algo. Eso, para alguien que escribe, es difícil de explicar.

Es algo mágico.

Porque una historia empieza siendo solo tuya. Nace en tu cabeza, crece en silencio y, durante meses, la compartes únicamente contigo misma. Hasta que un día la dejas marchar y cae en manos de un lector.

Y entonces ocurre el milagro.

Deja de pertenecerte.

Pasa a formar parte de alguien más.

No imagináis lo maravilloso que es saber que mis palabras han conseguido emocionaros, haceros reír, enfadaros, enamoraros o, simplemente, acompañaros durante unas horas.

Por eso estaré agradecida toda la vida.

Y para terminar, a mi familia, como siempre, a mis hijos y a mis padres.

Por estar.

Por creer.

Por ser hogar.

Y, por último, a ti, mi marido. Pocas cosas puedo decirte que no sepas ya. Has vivido conmigo cada página, cada duda, cada noche demasiado larga y cada momento en el que pensé que no sería capaz de encontrar un diseño para la portada.

Así que solo puedo decirte una cosa.
GRACIAS.

ACERCA DE LA AUTORA



Eva M. Saladrigas nació en Tarragona, pero encontró su hogar en la histórica ciudad de Córdoba, donde reside desde hace años. Licenciada en Historia del Arte por la Universidad de Córdoba, combina su formación académica con una pasión innata por contar historias que atrapan al lector desde la primera línea.

Ha publicado varias novelas en Amazon y ha colaborado con relatos en antologías colectivas, consiguiendo una legión de seguidores fieles gracias a su narrativa emocional y cercana. En cada una de sus novelas, demuestra una facilidad para desarrollar tramas aderezadas con suspense e intriga, que mantienen la tensión narrativa hasta el final. Pero lo que realmente distingue a Eva M. Saladrigas es su apuesta por una experiencia de lectura inmersiva: muchos de sus libros ofrecen listas de reproducción en Spotify sincronizadas con los capítulos, creando así una banda sonora emocional que acompaña al lector en cada escena.

Con cada publicación, Eva M. Saladrigas consolida su estilo único: una mezcla de sensibilidad romántica y fuerza emocional, capaz de transportar al lector al corazón de sus personajes y despertar emociones con una melodía de fondo.

https://eva-m-saladrigas.jimdosite.com/

OTRAS OBRAS DE EVA M. SALADRIGAS

Para conocer toda la obra de Eva M. Saladrigas, escanea los siguientes códigos QR:



